
PALABRAS AL VIENTO

(ANTOLOGÍA)



CCIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC

298

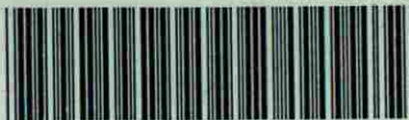


Dora González Cortina

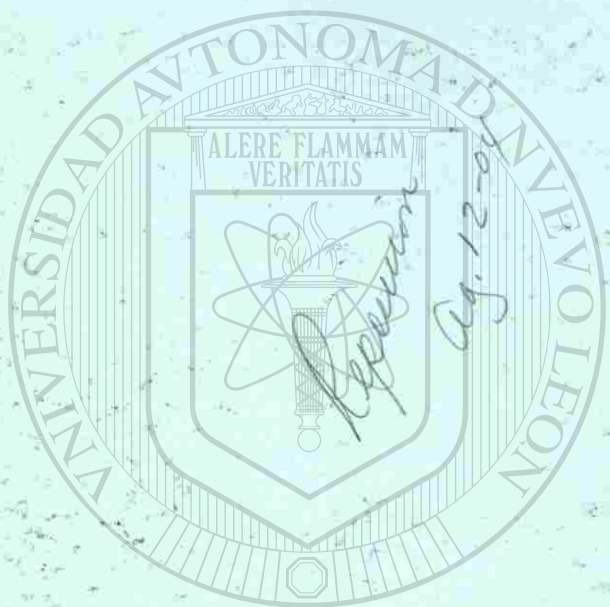
16

100

PA7
.17
.05
A6
2004
c 2



1020121399



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

976270

INDICE

INTRODUCCIÓN	7
"Si la espera y	PQ7298.17 de cultura No.19 1994)
Antes de...	.05 13
Por eso	AG 16
Y si nunca me v	2004 18
Y así da silencio	20
Así fue	c.2 25
Escenas y Narraciones I (Cuadernos de cultura No. 28 1995)	
El árbol	37
Amistad	38
Imaginación	40
El árbol de la vida	43
El árbol de la vida	49
El árbol de la vida	53
El árbol de la vida	60
El árbol de la vida	64
El árbol de la vida	68
Relatos y otros poemas (1996)	
El árbol de la vida	77
El árbol de la vida	78
El árbol de la vida	79
El árbol de la vida	80
El árbol de la vida	81
El árbol de la vida	82
El árbol de la vida	84
El árbol de la vida	85
El árbol de la vida	86
El árbol de la vida	87
El árbol de la vida	88



FONDO UNIVERSITARIO

m



Decisión

*Tus cartas nunca llegaron
ni tampoco tus postales
la espera tediosa y larga
calmó la copa servida.*

*No se cumple tu promesa del regreso
heme aquí en espera del cartero
a lo lejos se divisa el horizonte
tan distante como incierto.*

*Ya no viene la paloma mensajera
cambió su vuelo por otros lares
hoy decido retomar la vida
en suspenso desde tu partida.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

976270

INDICE

PQ7298.17 de cultura No.19 1994)

.05 13

A6 16

2004 18

C.2 20

y Narraciones I (Cuadernos de cultura No. 28 1995)

37

38

40

45

49

53

60

64

68

y otros poemas (1996)

77

78

79

80

82

84

85

86

87

88



FONDO UNIVERSITARIO

m

Decisión

EL PASADO

Las cosas nunca llegan
al tiempo que las palabras

La ciencia intenta explicar
cómo la ciencia

Una vez que se ha escrito
la ciencia intenta explicar

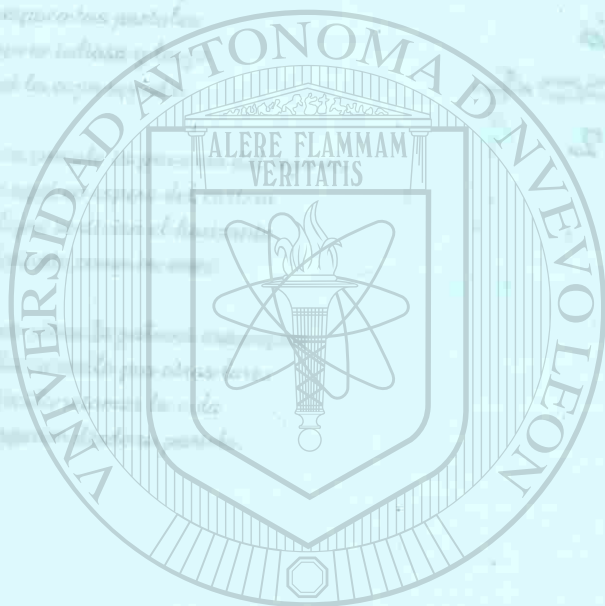
una vez que se ha escrito
la ciencia intenta explicar

Una vez que se ha escrito
la ciencia intenta explicar

Una vez que se ha escrito
la ciencia intenta explicar

Una vez que se ha escrito
la ciencia intenta explicar

Una vez que se ha escrito
la ciencia intenta explicar



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	7
"Sin espera y otros cuentos" (Cuadernos de cultura No.19 1994)	
Antes de...	13
Por eso	16
Las musas me visitan	18
Voto de silencio	20
Así fue	25
Poemas y Narraciones I (Cuadernos de cultura No. 28 1995)	
El árbol	37
Amistad	38
Incineración	40
Reto al destino	45
La Kermesse	49
El monje loco	53
No, pos sí	60
¿Recuerdas?	64
Irving	68
Recompensa y otros poemas (1996)	
Recompensa	77
Recuérdame	78
Si las flores hablaran...	79
Soledad	80
La lucha	81
Los inocentes	82
Adiós	84
Olvido	85
Tómalo o déjalo	86
Un crimen intrascendente	87
Será...	88



FONDO
UNIVERSITARIO

Nuestro México
Naturaleza
Oscilación
Fiesta

Poemas y Narraciones II (Cuadernos de cultura No.39 1997)

Tu voz	99
Poco y mucho	100
¿Sabes por qué sonríe un niño?	101
La ciudad	102
Abecedario	103
Historia de un saco gris	107
El mexicano	112
Con los pies limpios	117
Peregrina	121

Poemas y Narraciones III (Cuadernos de cultura No. 43 1998)

Desvivir	131
La calle	132
Belén	134
Desafío	135
Días robados	136
Vacante	137
La pedrada	138
Si no volvieras	139
Mi tesoro	140
La amistad	141
¡Me porto bien!	142
A la luna	143
La mujer	144
Recordatorio	145
Al maestro	146
No, pos sí (contraparte)	149
Tres vidas: Tres roles	152

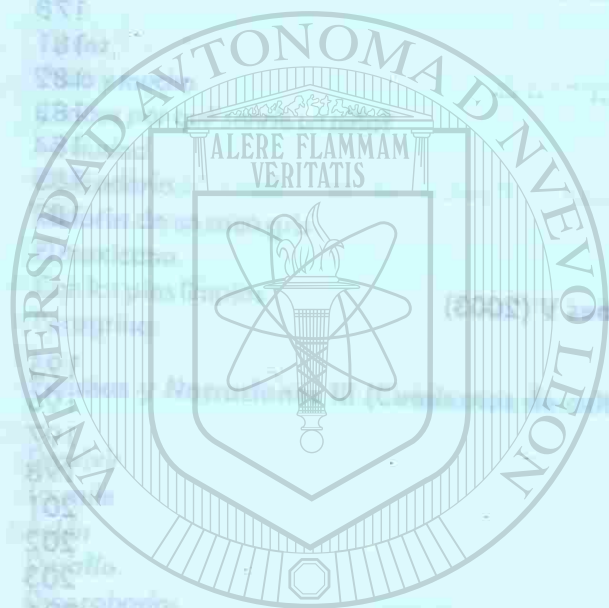
Poemas y Narraciones IV (Cuadernos de cultura No. 48 2000)

Invitación	173
A mi madre	174
In memoriam	175
Ovillejos I-II	176
Ovillejos III-IV	177
Impaciencia	178
Desasosiego	181
Un camino	182
Un instante	183
El intruso	184
La fiesta	185
No lo sé	187

Poemas y Narraciones V (2003)

Metamorfosis	195
Ingrato amor	196
Señora mía	197
De cuatro en cuatro	198
Nuestros nombres	201
Te extraño madre	202
Encuentro	203
Abrázame	204
Hablando de amor*	205
La confesión	209
El río	214
Sábado de maldad	217
El ángel sufriente*	220

* Novedad



DIRECCIÓN GENERAL

INTRODUCCIÓN

Hace cerca de una década que apareció el primer libro de cuentos de creación propia titulado "Sin espera y otros cuentos" con el No. 19 de la serie Cuadernos de cultura que tiene a bien editar nuestra querida institución. Preparatoria No. 7. Fue en 1995 cuando se publica la primera obra poética intitulada "Poemas y narraciones I", con el No. 28 de la misma serie, el cual me despertó el interés de seguir escribiendo ya que tuvo muy buena acogida.

Los comentarios de que tal o cual poema había complacido a algunos de nuestros lectores, o bien equis narraciones habían conmovido a otros, dio pie a acariciar la idea de que en un futuro se pudiera editar una antología que reuniera las mejores creaciones en ambos géneros poético y narrativo- para el buen disfrute de la lectura literaria y propiciar la reflexión en ese diálogo que se da entre quien escribe y el que lee.

No obstante, para la presente obra, habrían de pasar años de lecturas, experiencias y vivencias, para encontrarnos en el momento apropiado, después de haber realizado otras creaciones como "Recompensa y otros poemas" (1996), y la sucesión de "Poemas y narraciones II", III, IV y V.

Siempre hemos de insistir que detrás de un asiduo lector existe un abanico de posibilidades para que se convierta en escritor; claro que mucho dependerá de su inclinación por las letras o la comunicación colectiva; pero ser observadores e imaginativos es propio del ser humano, y estas dos cualidades conducen a la creación literaria, si bien hemos de admitir que algunos las desarrollan más que otros.

El conocimiento de la lengua materna nos da pautas para comunicarnos oralmente y por escrito, mas no podemos negar que es el amor por el arte, sea música, arquitectura, pintura, escultura o lo literario, como en nuestro caso, el que nos obliga jubilosamente a querer sentarnos frente a una hoja en blanco para hilvanar historias que pudieron ser o quisiéramos que pasaran, porque como sabemos la literatura corrige la vida.

Como algunos escritores han afirmado, y nosotros queremos destacarlo, después de leer un texto literario comprender su contenido, podrá pasar que no coincidamos con la postura del narrador o que discrepamos de su manera de plantear las cosas, pero las impresiones que nos produce no llevará a reconocer que ya no somos los mismos.

Para esta antología hemos seleccionado preferentemente aquellas composiciones que por diversos comentarios se han dado a conocer como las más gustadas. Por supuesto que también se han incluido algunas de las que, en personal, nos han parecido mejor logradas ya sea por su forma o por el tema que tratan.

La tarea selectiva habíamos pensado dejarla en manos de algunos lectores de confianza, pero en virtud de que su opinión era un poco subjetiva, hubo de prescindirse de su ayuda, para evitar que este libro pecara de una mayúscula extensión.

Esperamos que la gente que tenga acceso a la lectura de esta obra, disfrute de algunas de las composiciones seleccionadas por primera o segunda vez, ya que nuestro deseo es que cada día se abra más el paso a lo literario, por ser el arte más humano, universal y eterno.

Atentamente
La autora

“SIN ESPERA” Y OTROS CUENTOS 1994

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS



El conocimiento de la lengua materna nos da pautas para comunicarnos oralmente y por escrito, mas no podemos negar que es el amor por el arte, sea música, arquitectura, pintura, escultura o lo literario, como en nuestro caso, el que nos obliga jubilosamente a querer sentarnos frente a una hoja en blanco para hilvanar historias que pudieron ser o quisiéramos que pasaran, porque como sabemos la literatura corrige la vida.

Como algunos escritores han afirmado, y nosotros queremos destacarlo, después de leer un texto literario comprender su contenido, podrá pasar que no coincidamos con la postura del narrador o que discrepamos de su manera de plantear las cosas, pero las impresiones que nos produce no llevará a reconocer que ya no somos los mismos.

Para esta antología hemos seleccionado preferentemente aquellas composiciones que por diversos comentarios se han dado a conocer como las más gustadas. Por supuesto que también se han incluido algunas de las que, en personal, nos han parecido mejor logradas ya sea por su forma o por el tema que tratan.

La tarea selectiva habíamos pensado dejarla en manos de algunos lectores de confianza, pero en virtud de que su opinión era un poco subjetiva, hubo de prescindirse de su ayuda, para evitar que este libro pecara de una mayúscula extensión.

Esperamos que la gente que tenga acceso a la lectura de esta obra, disfrute de algunas de las composiciones seleccionadas por primera o segunda vez, ya que nuestro deseo es que cada día se abra más el paso a lo literario, por ser el arte más humano, universal y eterno.

Atentamente
La autora

“SIN ESPERA” Y OTROS CUENTOS 1994

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DE BIBLIOTECAS

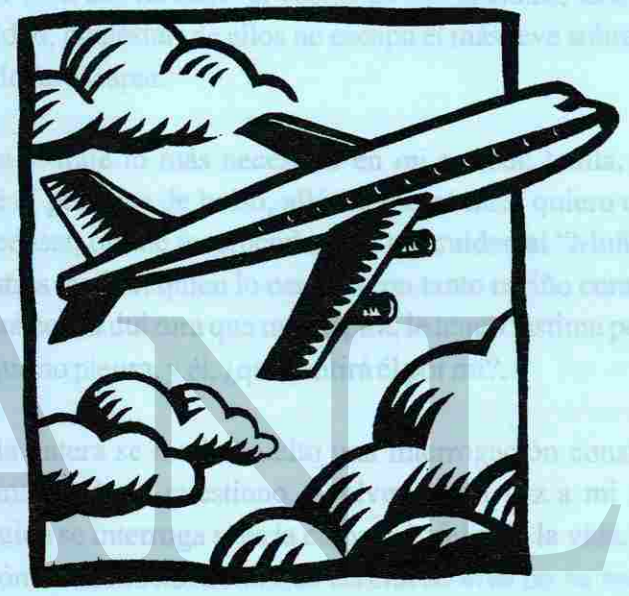




UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Atentamente
La autora





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

ANTES DE...

a Elvia

con gratitud

Ya me he puesto el cinturón y espero el sonido que señala el viso de NO FUMAR. Recorro el rostro de las azafatas, muestran alegría, seguridad, bienestar; de ellos no escapa el más leve sobresalto quizá, no lo dejan escapar.

Repaso si traje lo más necesario en mi maleta: toalla, bata, cepillo; olvidé el perfume de bolso, allá compraré otro, quiero cerrar los ojos y no pensar, olvidé recomendar que me cuiden al "Muñeco", que hará mientras vuelvo, quien lo cargará con tanto cariño como yo, quien le hablará con la dulzura que me inspira, le tengo lástima porque no habla, porque no piensa, y él, ¿qué sentirá él por mí?

La vida entera se me ha vuelto una interrogación constante, todo lo pregunto, todo lo cuestiono. ¿Volvería otra vez a mi veloz infancia? Alguien se interroga si es la etapa más feliz de la vida, y yo, cuestiono: ¡Cómo! Si mucho de lo que en ella se vive no se viste de libertad, entonces hacemos lo que los adultos desean; de pronto, siento una sombra que a veces como la del padre de Hamlet toma voz y manda acción, cambio, movimiento: ¿Acaso en la adultez no hacemos lo que los demás nos piden, exigen o desean?

Una azafata sostiene un micrófono y otra, como en el cine mudo, señala cómo bajar y colocar la mascarilla de oxígeno en caso necesario.

Los oídos me zumban, siento la angustia del despegue, una mosca ha rozado el meñique de mi mano izquierda y me recuerda que ella también le gusta volar con alas ajenas, pienso en Ícaro, Leonardo, en cómo un insecto viaja sin pasaporte, sin boleto, sin permiso y sin dinero y en cómo los humanos, sufrimos tantos atropellos será cierto lo que dice Breton, sólo hay tres caminos para ver la luz de la rebelión: la poesía, la libertad y el amor.

Ya todo está cerrado, todos sentados y debidamente impedidos el artefacto empieza su carrera inicial para elevarse, en mi mente atropellan las palabras, la pastilla comienza a surtir sus efectos y yo espero mejor suerte a mi regreso, aunque Sartre considere que todos somos responsables, pero aquí y ahora, ya no creo en Sartre y me someto a un destino desconocido, escrito por una creatura mayor que yo, que me conoce mejor que yo misma, y sobre todo, de la cual recibimos el amor y el perdón.

La voz parlante me molesta, ha cambiado de sonido pero no de significado: Debajo de cada asiento hay un cojín que hace las veces de salvavidas ¡Qué bien deben sentirse ante estas precauciones! Me confieso ante mí, y también ante tí lector joven o viejo, hombre o mujer blanco o negro, creyente o ateo y demás clases en que nos encasillan que en mi caso cambian mi falsa calma, porque sin querer me recuerda las posibilidades de riesgo, error, peligro y siento una ola de temor que me invade y contra mi voluntad me hace temblar, sólo falta que salga la superficie sin que yo pueda impedirlo.

Mis ojos se cierran, pero yo sigo pensando, como si en vez de que la esperanza nunca muere, fuese el pensamiento, el que pretendiera no morir y abrazar la eternidad antes de que el hombre se pierda en el orden desorden de un mundo creado por una mano que no es la suya.

Abril 1993

MA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

POR ESO

a Francis
 - Mire, Compadre, yo sé que usted estará pensando que mi Lencho su compadre, no debiera estar corrido de mi casa, que es la suya. Pero, óigame bien, Compadre, usted sabe todas las cosas que yo le conté en el pasado a su compadre; primero fue la Lucha, esa del cuarto... No, Compadre, pa que me haga esa cara, yo sé que él se lo contó en la Navidad pasada, apoco no, siendo tan cuates; luego, pues vino lo de la hija de la tendera, la Güereja... No, no abra así los ojos, también usted sabía, o es que ya no se recuerda; yo nomás le llevaba la cuenta clara que por su chamba de travesti, yo estaba contenta, de que todos vieran que mi Lencho era muy hombre, güeno, aunque por obligación se ponía trapos de mujer. No está usted pa' saberlo, Compadre, pero mi Lencho a mí me cumplía en todos los órdenes como luego dicen, él me daba la raya, los sábados él iba conmigo al mercado y me comparaba algo de lo que me gustaba, ya los aretitos ya las diademas y a veces, hasta de esas medias transparentes que usan las mujeres finas en las películas de color. Ora que los domingos no iba conmigo a misa, pues es cierto, pa' que lo niego pero es que pobre, se desvelaba en la función de la noche y como todos los días se iba muy de madrugada pa' llegar a tiempo a los ensayos, pues, como luego dicen, el séptimo hasta el Señor descansó. Los otros días sí que madrugaba, ni los dos escuincles que tenemos, le ganaban. Ora que yo le he perdonado muchas cosas, no me diga ai quien lo niegue, usted sabe Compadre, que hasta le pasé que a veces llegara tomado, porque los hombres deben tomar y fumar pa' que se distingan de las mujeres, y no se figure que él gastaba su dinero, ése era pa' nosotros, yo y su prole; sus amigos lo invitaban, él no iba a ser capaz de dejarnos sin comer.

no, Compadre, luego fue lo de la señora... ésa que vino a contratarlo a mi Lencho imitaba muy bien a una que canta en la capital, ya veo que se recuerda porque hasta se está riendo, la que hablaba todo pocho y me le iba a pagar con dólares; su compadre se creyó y hasta se fue con él en el tren, fueron tres semanas sin saber de él y luego vino hasta más por que no gustó y ni le pagaron; y yo que pensaba correrlo, pues no nomás de verlo tan amarillento me dio harta lástima. Ora que por el tiempo ya no supe que anduviera con otra resbalosa, pero por si las casualidades, yo me dejaba llegar a la salida de los ensayos y en otras veces, lo miraba en la puerta de la vencindá, así me daba cuenta si volvía a las tardadas. Hubo un día, Compadre, Dios está de testigo, que le pedí que se fuera por la calle con su ropa de trabajo, nomás que él se negó y pues yo tuve que aguantar. No sé pa' qué le cuento todo esto, Compadre, ni pa' lo que está oyendo; si lo mandó mi Lencho, dígame que no lo perdono, que siga diciendo que mi Lencho porque cuando nos casaron, el Señor me dijo que él era mi hombre y yo su mujer pa' toda la vida, pero cuando me casé con él ya no seré su mujer y entonces dejaré de decir mi Lencho... Compadre, no se me vaya, a lo mejor sólo vino pa' saber por qué corrí con el compadre, yo se lo voy a decir, porque de todos modos usted lo va a saber, aquí la gente es muy chismosa, ora, que se lo confío, porque me contó todo lo que hemos estado platicando, yo sé que usted me va a dar la opinión y hasta pueda que me comprenda, así pues, que ai le va Compadre, me re bien la oreja, como luego se dice, mi Lencho andaba con un compañero de trabajo, sí, Compadre, le dijo adiós a su hombría, por eso lo rri.

LAS MUSAS ME VISITAN

Esta tarde salí temprano del trabajo, me detuve a comprar una revista y me senté en la banca de una plaza para hojearla. Leía con avidez los encabezados cuando al pasar a la letra más pequeña invadió tal somnolencia que no sé si por hambre o por cansancio, de haber dormitado por algún rato. Abrí los ojos, o eso creí, y me encuentro de buenas a primeras con Terpsícore, alta, tenue, ágil, bella, alegre y jovial, que estira de mi mano para sacarme a bailar, me rehúsa mi cuerpo pesa más de lo habitual, entonces, Euterpe suspende la música que tocaba dulcemente; el silencio me rodea nuevamente, y el ensueño hace cargo de mí, escucho una voz, es la de Clío, me narra sucesos prósperos y adversos de los griegos; Atenea cobra vida por desmentir a Herodoto y me aclara que Homero no es de Chios ni este ciego, la confusión la origina la semántica del nombre.

Entreabro los ojos y observo que el sol desaparece en el poniente, diviso a Urania que dialoga con Selene; alguien me ha tocado el hombro, volteo con asombro y me encuentro con Calíope, quien me da darme lecciones de elocuencia, yo me niego, no quiero parecer un político de moda; de pronto, algo se mueve detrás de un árbol, se trata de Talía, quien me mira y se acerca, trémula y sonriente, desea contarme un chiste de Aristófanes, pero Melpómene se lo impide colocándole la máscara de Antígona; yo recuerdo la tragedia de su padre y ella me inspira una gran ternura.

Creo despertar en un salón grande y vacío, al final se divisan dos figuras, detrás de sus respaldos se elevan dos sombras tenues, me aproximo y las reconozco; una, la de la izquierda es Erato, un poco encorvada, de rostro enjuto, parece que llora, me recuerda las coplas de Manrique; la otra es Polimnia, con sus manos sostiene las odas de Safo y Alceo, no las lanza a leer totalmente, me acerco un poco más y como los fantasmas de los cuentos, se esfuman sutilmente. Quiero salir del salón pero mis pies permanecen donde mismo, hacia ellos dirijo mi mirada y me entero que una descansa sobre otro, yo estoy sentada, la revista que leía está en el suelo, la plaza se ha quedado casi sola y yo emprendo el camino de mi casa, un perro amigo me saluda con el rabo y yo, orgullosa, le comento las cosas tan hermosas que he soñado.

JUANIL

BIBLIOTECA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

VOTO DE SILENCIO

Gertrudis, como cada año en vísperas de la Semana Mayor, preguntaba qué sacrificio realizar para mortificarse en honor al sufrimiento del Señor, estaba batallando porque los que bullían en la calle ya los había realizado. Un momento más tarde, escuchó las campanadas llamando a misa de seis y pensó que durante el trayecto habría de encontrar la solución.

Al llegar al templo se formó para la confesión, había sólo cuatro personas: las hermanitas Muñoz- Delia y Dolores- que eran admiradas por su discreción y amor a los niños, se habían quedado para vestir santos, pero eso no las mortificaba, eran alegres y virtuosas; después seguía la viuda del tendero- doña Josefa- alta, serena y aún joven cuando murió su esposo, todos pensaron que pronto se volvería a casa ya que aparte de hermosa, contaba en su haber con la tienda y una buena cuenta de ahorros, en el único Banco, de ese poblado; detrás de ella había un hombre muy alto, bien vestido; Gertrudis dijo para sí: - Haber ser el forastero, ¿qué estará haciendo aquí? dicen que no es católico ¿sabrá Dios! Ella dejó eso para volver a cavilar sobre qué promesa debería hacer, quería algo nuevo; repentinamente recordó el sermón del padre Timoteo que dio el domingo anterior, él habló sobre lenguas viperinas que hacen más daño que un puñal o una pistola, que cuentan mentiras disfrazadas de verdad o ésta, pero exagerada, para atemorizar, ofender, insultar y pecar. Gertrudis se sintió aludida, muchas veces ella había contado hechos que no le constaban como si los hubiera visto, lo hacía por maldad- reconoció- lo hacía para que se dijera que ella estaba actualizada, que sabía todo lo del pueblo, ser respetada, eso quería que todo; aquí se paró de pensar, sus ojos le comunicaban que seguía en el voto de confesión.

Cuando Gertrudis terminó de confesarse escuchó con alegría la noticia que otras tantas ocasiones le había encomendado el padre Timoteo: diez Avemarías y tres Padrenuestros. Después de su tarea, Gertrudis se sintió reconfortada y enseguida se aclaró su pensamiento; el peso de su conciencia estaba dado, por esta vez ella guardaría silencio, durante la Semana Mayor no hablaría con nadie ni de nadie; se sintió contenta con esta resolución y marchó a su casa, iba agachada y con los labios cerrados, nada ni nadie rompería su silencio, se demostraría a sí misma sobre todo a los demás, la fuerza de su voluntad.

Los días corrieron y llegó la Semana Mayor; el Lunes Santo, Gertrudis estuvo en la misa de seis como de costumbre y se retiró sin saludar a nadie; el Martes, acudió al templo y como era aún muy temprano, encontró la fila de penitentes, otra vez estaba doña Josefa, pero ahora en primer lugar, después seguía el forastero, la niña de los Cordero, dueña de la panadería del mismo nombre, era muy hermosa y ya mero cumplía quince abriles, luego las hermanitas Muñoz y terminaba la hilera Hortensia, la de las flores.

Gertrudis comenzó a pensar en todo lo que se contaba en el pueblo acerca de Hortensia, no eran pocos los que decían que se acercaba a la taberna para interceptar a los parroquianos y pedirles dinero a cambio de sus favores muy personales; ella no lo dudaba, porque siempre había criticado su provocativa forma de vestirse y de pintarse.

Encerrada en sus pensamientos, no advirtió que el sacerdote había terminado de confesar y se fue a preparar la misa: en eso escuchó un golpe seco y rotundo, levantó la vista y al no ver nada se acercó al asillo de donde le pareció provenir el ruido; ahí estaba la niña de los Cordero, su ropa a un lado, divisó al forastero que corrió a la salida al darse descubierto; el joven acólito que ayudaba al padre Timoteo, llegó y se envolvió con la ropa a la niña; el padre Timoteo se asomó en esos instantes y le gritó:- ¿Qué has hecho, insensato? Los ojos de Gertrudis no

dejaban de llorar, se acercaron las hermanitas Muñoz, Hortensia y otros, que acudieron al oír los gritos del padre Timoteo, estos tomaron de los brazos al joven y lo llevaron a la comisaría; Gertrudis se debatía entre hablar o callar; en unos segundos llegaron otros vecinos, los Cordero llegaron al último, ya lo sabían, entraron llorosos y apesadumbrados; Gertrudis salió corriendo.

En su casa, Gertrudis, jadeante y cansada, sintió que sobre sus espaldas, cargaba un costal de piedras que la obligaba a respirar con dificultad, pensó en cuánto le hacía falta saber escribir, deseó haber aprendido pero sus padres le habían inculcado aquello de que: suerte te dé Dios y el saber poco te importe; se sentía obligada a hacer algo pero ignoraba cómo; no se confesaba por no hablar, no iba a la tienda por lo mismo, estaba guardando ayunos, mas sabía que esto no bastaba para purificarla y menos ahora, ella tenía que decir quién fue para evitar que se cometiera una injusticia, por que si no, Dios no iba a perdonar que por su silencio se castigase a un inocente.

La noche del Martes Santo Gertrudis no durmió; como monje cobrando sus pensamientos pecaminosos se autocastigó con una reata, las marcas en su espalda causarían lástima al ser más despiadado. Por la mañana del Miércoles, no quiso ir a misa, cómo iba a postrarse ante el Señor con el peso que llevaba en su conciencia

Llegaron los días de la Pasión del Señor y por el templo no se apareció Gertrudis; el Sábado de Gloria una vecina de Gertrudis, llegó a su casa a preguntar por su salud; la encontró muy débil y desconocida, no contestó a sus preguntas y comentarios, la vecina se retiró asustada y corrió la voz en el pueblo: Gertrudis está enferma y misteriosa, guarda un secreto y no quiere contarlo.

Mientras tanto, el comandante en turno, había consignado al joven acólito y el juez dictaría sentencia hasta el primer lunes después de la Semana Mayor. La población estaba indignada, pidiendo la pena máxima para el perverso que cortó la vida a una

inocente jovencita dentro de un recinto sagrado; en sus declaraciones previas el juez anunció que sobre el causante de: homicidio y violación, caería todo el rigor de la ley.

Conocido lo anterior por Gertrudis, a través de su vecina, su corazón empezó a latir exageradamente, había jurado ante Dios que nada ni nadie la haría hablar, pero ahora como un reto a su voluntad se presentaba este hecho que exigía su rompimiento. No, ella no rompería el silencio, se iría a la tumba con el secreto de su culpa, porque la magnitud de su ignorancia no era tanta para no advertir que ella también era culpable; si hubiera observado más a ese forastero, tal vez, hubiera adivinado su maldad y hubiese evitado el crimen, si pudiese romper el silencio se buscaría al verdadero malhechor para hacerle pagar su sacrilegio.

No, dijo para sí Gertrudis, no romperé mi juramento, debo guardar silencio, después diré lo que vi, habrá tiempo, al fin que eso de la justicia se lleva su tiempo, a veces se tarda tanto en llegar, seguro que el juez no dictará sentencia hasta después de la Semana Mayor.

Gertrudis no volvió al templo sino hasta el Domingo de Resurrección; se sentía mucho mejor, luego de resolver que el lunes se presentaría en el juzgado a primera hora, a ofrecerse como testigo visual, todos dirían que poseía gran valor al contribuir para salvar a un inocente.

El sermón del padre Timoteo fue de alegría por la Resurrección del Señor pero no dejó de pedir por la paz del pueblo y el perdón de los pecadores. Hizo una leve alusión a la muerte de la niña de los Cordero y a las tristes acontecimientos sucedidos; Gertrudis pensó en la pena que le causó al padre Timoteo, que haya sido un servidor del templo el ejecutor del crimen y de lo contento que se pondría al día siguiente, al conocer la verdad de los hechos.

Otro día, lunes por la mañana, Gertrudis acudió al juzgado a rendir su declaración, a medida que hablaba notó, que tanto el secretario como el juez que la escuchaban, la veían con enojo y al mismo tiempo parecían a punto de llorar; cuando terminó de hablar tuvo que preguntar dos veces que si eso era todo porque ambos receptores permanecían callados; ella tomó su monedero y quiso retirarse, pero el juez la impulsó a sentarse nuevamente y le increpó que ella era la que merecía un castigo, mas la ley no lo tenía contemplado, por eso la dejaban libre.

Gertrudis se mostró sorprendida y el juez siguió diciéndole que ella, como mucha gente mala e irresponsable, obstruía la justicia; el joven acólito se había ahorcado en su celda porque no pudo soportar que lo acusaran de un crimen que no cometió, ni tampoco el repudio del padre Timoteo.

El joven no llegó al Viernes Santo, terminó diciendo el juez mientras que Gertrudis soltó un grito de dolor que retumbó no sólo en la oficina del juzgado sino que entró por todas las casas del pueblo para ir a encerrarse en el pasillo del templo donde la sangre lavada de la niña seguía pidiendo justicia.

ASÍ FUE

Lo único que sé respondió Saturnino al jefe policiaco en turno- es que al momento de entrar en el edificio, alcancé a oír unos disparos que no supe bien si venían del 204 o del 206, quise ir a ver qué pasaba pero mejor me metí detrás de la puerta para no meterme en dificultades con ustedes. Se limpió la boca con su pañuelo y tosió como para llamar la atención; ¿y después?, preguntó el viejo policía que ya estaba cansado de las poses de Saturnino que a leguas se veía que quería cobrar fama como testigo de un suicidio o un crimen que no presenció pero, que estuvo muy cerca de hacerlo.

Saturnino sacó un cigarro y preguntó: ¿puedo? El policía asintió con la cabeza y Saturnino, después de encenderlo comenzó a narrar lo poco que sabía de lo mucho que hubiera querido conocer. Sandra la occisa- tenía pocos meses de habitar el 204; había llegado con su esposo que era agente de seguros y con quien discutía cada mañana y cada noche; el resto del día ambos marchaban a sus trabajos y no se veían, los demás inquilinos ya murmuraban que la pareja iba a acabar mal, por lo que el desenlace no fue tan sorprendente. Saturnino sacudía su memoria porque quería recordar exactamente las veces y situaciones en que tropezó con Sandra o con su esposo; era un esfuerzo inútil porque al fin hubo de reconocer ante la autoridad que él casi no había cruzado palabra con ellos y sólo sabía lo que los demás decían, porque como trabajaba en la segunda línea del Metro, a veces doblaba turnos y no iba ni a dormir, menos a comer.

El jefe policiaco llamó a otro testigo y le dijo a Saturnino que si lo necesitaban lo llamarían después; ahora estaba interrogando a la portera doña Isabel-, era una mujer entre los treinta y cinco y cuarenta años, alta, robusta y de voz gruesa, hablaba despacio pero con seguridad; también mencionó lo de los pleitos de la pareja por las mañanas y las noches, se aventuró a decir que quizá Sandra

engañaba a su esposo y por eso él la mató; el policía frunció el entrecejo y se alegró de saber que la justicia no dependía de esa mujer, que lo que no sabía, lo inventaba.

Terminó pronto con doña Isabel y decidió tomarse un descanso fue al baño, lavó su rostro con agua y lo secó con un trozo de papel para las manos; se miró en el espejo y se encontró viejo y cansado; el Coordinador le había dado tres días para esclarecer las causas, encontrar al culpable de la muerte de Sandra y él llevaba cuarenta y ocho horas interrogando a todos los inquilinos del edificio A-200 sin encontrar al autor del homicidio; el informe del forense fue muy claro, la mujer murió de dos balazos, el primero le atravesó el hombro y se incrustó en la pared junto a la ventana, el otro lo recibió en la cabeza y fue el que cortó su joven vida, esto descartaba el suicidio; la carta en que se declaraba autora del corte de su vida por falta de felicidad no tenía ningún peso; el policía pensó: ¡Cómo si todos los que no somos felices nos fuéramos a dar un balazo! Entonces no habría cajones ni panteones para todos- y sonrió irónicamente.

Después de tomarse el café con un lonche que había esperado ser comido desde el mediodía, el jefe Urrutia volvió a su escritorio llamó a su segundo, para indicarle que pasara a José Felipe, éste sería el último inquilino que sometería a interrogatorio por ese día; a su esposo lo dejaría para la mañana, ya no soportaba ni el sueño tantas veces ahuyentado, ni tampoco los zapatos nuevos que le apretaban tanto.

José Felipe llegó y se sentó fastidiado y malhumorado, había esperado varias horas -afuera y de pie- para ser interrogado, al principio pensó que eso era bueno porque así, prepararía una buena coartada, pero luego se percató que se le había ocurrido tantas ideas que no hallaba por cual decidirse.

El jefe Urrutia tenía fama de inteligente e intuitivo, sabía llegar a los criminales como sabueso que a distancia huele el aroma buscado; José Felipe sintió miedo al percibir su mirada escrutadora pero se tranquilizó porque recordó que había estudiado artes

escénicas, esto le permitía burlar al jefe policiaco; él era un buen actor ahora que estaba en juego su libertad, con mayor razón lo demostraría.

El jefe Urrutia comenzó como en todos los casos preguntando por sus generales, mas de pronto, la corazonada de que estaba frente al asesino lo obligó a exclamar directa y bruscamente la cuestión que por lo regular ponía al final, no de que dónde se encontraba a la hora del crimen, ésta era muy trillada y un asesino inteligente, de antemano tenía preparada su respuesta, sino de golpe soltó la otra: - Desde cuándo conocía a la suicida? José Felipe que había calculado contestar todo rápido para no dar la impresión de que preparaba falsas respuestas, hubo de quedarse pensativo; el jefe Urrutia hablaba de la suicida, entonces se creyeron lo de la carta, caviló acerca de qué debería contestar; para un experimentado policía como lo era Urrutia, esto no pasó desapercibido y confirmó su corazonada. José Felipe contestó, al fin, no recordaba si fue al poco tiempo de que llegara el matrimonio al edificio, él la trató poco porque se decía que el esposo era celoso, claro que no de mí, agregó con coquetería para despistar al policía. Urrutia frunció el entrecejo, no le gustaba hablar con los del otro bando, aunque en su oficina, era común, así se lo dio a entender cuando le ordenó: -sólo conteste lo que se le pregunte y no linja moditos; José Felipe se sintió mal, por un lado el comentario del jefe Urrutia evidenciaba que su actuación fue descubierta y por otro, que era un hueso difícil de roer.

Después de un prolongado silencio que fue interrumpido por un policía que entregó a Urrutia una nota y le pasó un telegrama, el jefe Urrutia preguntó: ¿Verdad que Sandra no era mala? José Felipe pensó en la pobre Sandra, no fue mala con él, lo que pasó es que ella quiso dejar a su esposo, pero éste la había amenazado con matarla a ella y a su amante; José Felipe no quería morir y pensó en la forma de quitarse esa pasión peligrosa, pensó matarla y planeó, según él,

el crimen perfecto; después de asegurarle que ambos se suicidarían, preparó la escena, él era actor, llenó su nota y ella hizo la suya, brindaron, se acariciaron como tantas veces y se despidieron sintiéndose Romeo y Julieta -nomás que aquí sólo ella moriría y no por su propia mano. Nadie pensó que José Felipe, podría conocer la verdad, él salió después de los disparos y como convenía, se mostró sorprendido e impactado. La policía llegó al mismo tiempo que el médico forense y la ambulancia pedida; todo fue rápido y como en película él informó que se estaba bañando cuando sonaron los disparos, efectivamente su cabello empapado así lo demostraba, sólo que él se había mojado en el mismo departamento de Sandra.

El esposo llegaba hasta las diez de la noche, claro que fue localizado y llegó a las nueve y diez minutos, el crimen fue cometido, según los peritos, a las ocho menos cuarto, pero había muchas dudas aún por aclarar.

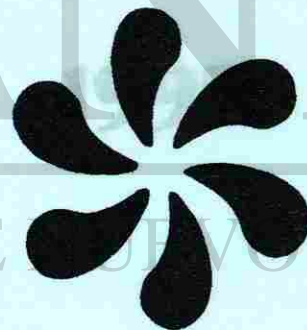
El jefe Urrutia repitió la pregunta, José Felipe declaró que no podía responder por que la trató superficialmente y desconocía los motivos que la indujeron al suicidio. Urrutia sonrió complacido, la treta estaba dando resultado, mientras que todos habían aceptado que se trataba de un crimen, este sujeto aceptaba que no hubo tal. ¿Qué tan superficialmente? -agregó Urrutia; José Felipe empezó a sudar frío estaba seguro que sus entrevistas fueron muy reservadas y discretas nadie podría calcular que él tenía relaciones con ella y menos cuando con frecuencia y más delante del esposo, él adoptaba moditos femeninos.

Fingiendo aplomo, José Felipe respondió que su trato fue casual, sólo las saludes, ya sabe usted; Urrutia contestó agrio: No, yo no sé nada, usted está aquí para "cantar" y quiero que lo haga ya antes de mandarlo con los otros, porque yo lo dejo hablar bien, buenamente, pero hay otros que después de sus métodos, usted va a confesar no sólo lo de este crimen, sino hasta otros que usted no ha cometido.

José Felipe se levantó gritando: No tolero amenazas, quiero un abogado, el que nada teme, nada debe; calló al darse cuenta de su error, pero ya Urrutia llamaba a su segundo para darle instrucciones y se ponía su saco, ya podía retirarse tranquilamente a su casa, sólo faltaba buscar el motivo aunque ya lo intuía, lo importante es que ya tenía al ejecutor y eso representaba más del cincuenta por ciento del caso resuelto.

Ya en la puerta, gritó al guardia: -llama a mi señora y dile que voy para allá, que vaya calentando mi cena; nos vemos mañana; miró el reloj y corrigió; al rato; faltaban diez minutos para las cuatro de la mañana.

Abril 1994



GUARDIAS Y JUEGO
FOOT CHUTE

JUNIO 1995
COTIVIA LA CASITA

el crimen perfecto, después de argumentar que ambos se suicidaron
meoim, exasperado, no tolero más. Los Felipe se levantó gritando:
y espasmo el que nada tiene nada sobre la...
y reconoció que había cometido un error. U...
sólo...
debe juzgar el motivo y la forma de la...
los otros por el delito cometido y...
caso...

medico fue... dar, como fue rápido y...
Y...
y...
roche, claro que...
erimen fue con...
no había motivos du...
Felipe declaró que...
y desconfianza...
Luisa cogió complacido...
que todos habían aceptado...
no hubo tal. Que...
empezó a...
y...
reservadas y...
femeninos.

yo no sé nada, usted está aquí para "cantar" y quiero que lo haga
antes de mandarlo con los curos, porque yo lo dejo ha...
briamente, pero hay otros que después de sus métodos, usted
confesar no sólo lo de este crimen, sino hasta otros que usted no
cometido



POEMAS Y

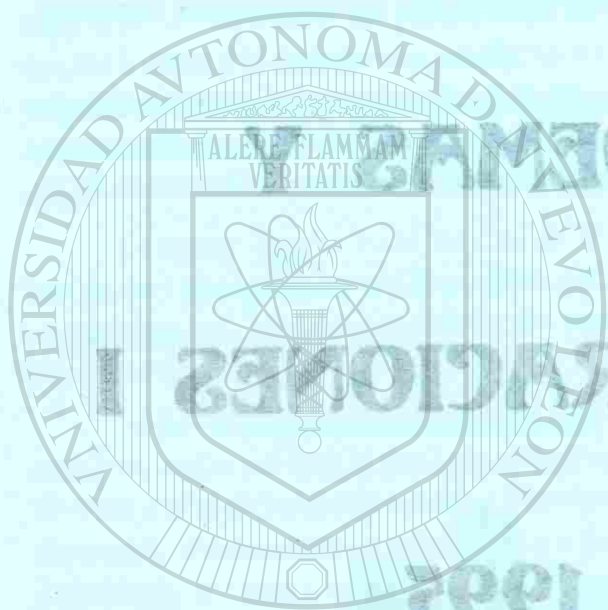
NARRACIONES I

1995

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

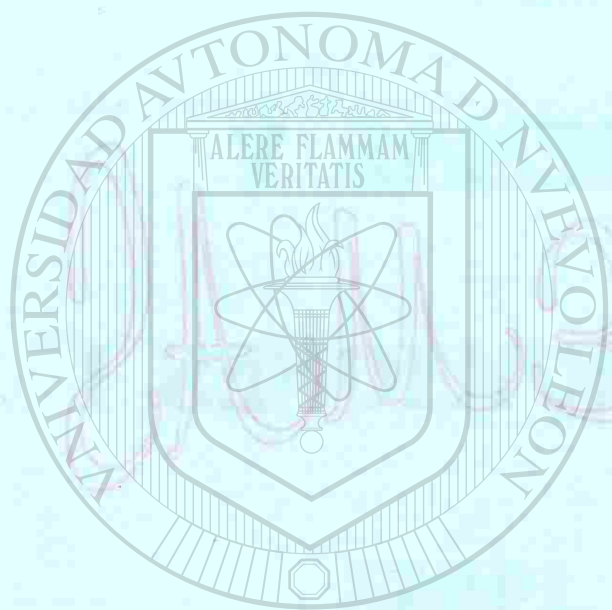




POEMAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®

Invierno/04

-37-

-33-

CAPILLA ALFONSO

El árbol

Amigo silencioso que me guardas del sol
 recibe ahora un trozo de mi corazón
 te regalo mi palabra, escucha mi voz
 mi voz que te canta, para darte las gracias
 por todos tus dones, por todo tu amor.

Con tus cambios anuncias la nueva estación
 eres el primero que el otoño recibe
 y el último golpeado por el cruel invierno,
 para luego alegre, mostrar tus retoños
 y darnos con gozo toda tu frescura.

Tus tesoros ofreces al primero que pasa
 para ti no hay distingos de credos ni clases
 tus brazos acogen al tímido pájaro
 con el mismo amparo y dócil abrigo
 que al infante alegre que roba tus frutos.

De muchos recibes cruel indiferencia
 pese a que tu cuerpo noblemente ofreces
 de ti recibimos sólo gran clemencia

pero son muy pocos los que la agradecen
 al vez, por servir tanto y costar tan poco.

Yo por mi parte, rompo mi silencio
 quiero que conozcan de mi admiración
 más que una amigo, eres casi hermano
 sostienes la vida, por tantas funciones
 que en silencio cumples, para que otros vivan.

Invierno/94



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Amistad

A la Profa. Eva Molina Tosca

Marzo me recuerda una fecha triste
Ausencia de amiga, adiós no descrito
Ruptura de lazos, afectos gozosos
Zozobra en el pecho por la mano ida
O tal vez, sólo llanto, por el bien perdido.

Felicidad

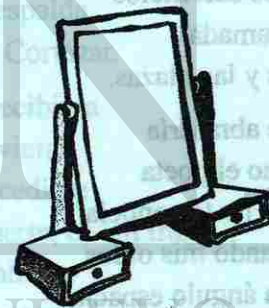
Te vi pasar y tu fulgor me deslumbró
pasaste rauda y ligera como tren en marcha
sin conocer tu nombre, rogué que te quedaras
pero era tarde, desapareciste como veloz quimera.

Desde entonces te busco como el sediento al agua
no te puedo apartar del pensamiento mío
te quiero cerca y no sé dónde buscarte
dudo si mi visión fue cierta o un fugaz sueño.

19/03/2004

Necedad

Si una parte de mi cuerpo
por estar un baño de agua
entonces, en ese instante, mis
desfilan fuertemente ante mis ojos
los antiguos canchales fusilados
volvieron las antiguas pesadillas
el honor de la guerra y la revuelta
y mis ojos desearían ser homéricos
Vendrían hacia mí, frescas y puras
las escenas de los muertos en la
por bodar clamaban los héroes
en busca de verdad y de justicia
el frenesí me llevaría prontamente
a recordar los antiguos sacrificios
y verla la sangre derramada
en las piedras, alar y la
El porvenir dolor me abría
y no podría decir cómo
tan callado vientos que
año sus voces testamos
me barían ver en cada ángulo
la danza del viento del
que pide con la lengua de sus
que no sabe la lluvia tan
19/03/2004



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Incineración

Si una parte de mi cuerpo recibiera
 por azar un baño de agua hirviente
 entonces, en ese instante, miraría
 desfilar fugazmente ante mis ojos
 los antiguos caudillos fusilados
 volverían las antiguas pesadillas
 el horror de la guerra y la revuelta
 y mis ojos desearían ser homéricos.
 Vendrían hacia mí, frescas y puras
 las escenas de los muertos en la hoguera
 por doquier clamarían los herejes
 en busca de verdad y de justicia;
 el frenesí me llevaría prontamente
 a recordar los antiguos sacrificios
 y vería la sangre derramada
 en las piedras, altares y las plazas.
 El punzante dolor me abrasaría
 y no podría decir como el poeta
 tan callado vienes que no te conocía
 sino sus voces lastimando mis oídos
 me harían ver en cada ángulo espacial
 la danza suplicante del indígena
 en que pide con la lengua de sus pies
 que no tarde la lluvia tan preciada.

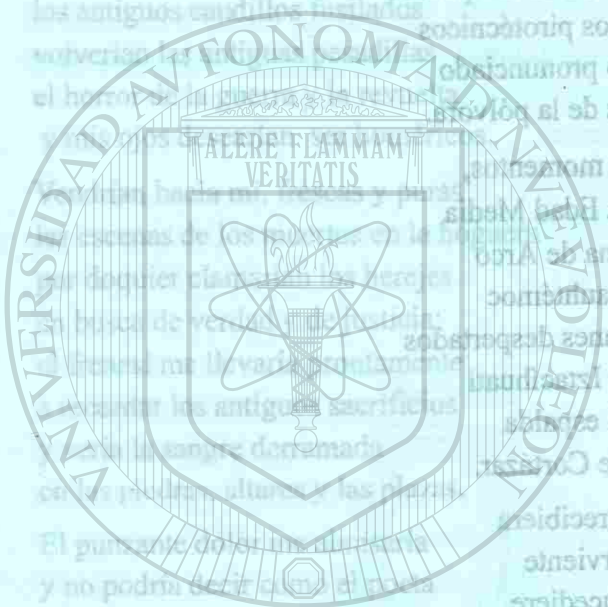
El ardor agrietando cada poro de mi piel
 me haría conocer el choque de los átomos,
 las cadenas del orgullo reventadas
 la patria y los nombres olvidados,
 y los lamentos angustiosos de los pobres
 que mueren en los juegos pirotécnicos
 con un callado adiós no pronunciado
 por ignorar la venganza de la pólvora.

Mi mente abarcaría por momentos,
 el duelo por honor de la Edad Media
 la dulce valentía de Juana de Arco
 el lecho ardoroso de Cuauhtémoc
 la ardiente lava de volcanes despertados
 la historia legendaria de Iztacihuatl
 la sombra de Pípila a mi espalda
 la noche boca arriba de Cortázar.
 Si una parte de mi alma recibiera
 una sola gota de agua hirviente
 o me preguntéis, que sucediere
 porque el alma, siendo fuerte, es tan frágil
 me aseguraría, que casi sin aliento
 borrará toda huella de su paso
 sintiendo, no enmendar viejos errores
 volvería a volar para perderse en lo infinito.

Otoño/1994

Incieneración

Si una parte de mi cuerpo resiste por azar un baño de agua hirviente entonces, en ese instante, miraría desfilir fugazmente ante mis ojos los antiguos castillos fortificados...



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Rede al destino

Como siempre, no pudo sentirse, hasta que ya merecía llegar donde debía bajarse; el viento a esas horas iba casi benigno, empujando a las dos fábricas vecinas. Sin darse cuenta, comenzó a andar en lo que ya hasta entonces le venía inquietando. Desde que su hijo se casó de eso ya habían pasado diez años...

Primero lo había pasado por alto, porque las visitas de Tomás eran una relativa frecuencia; luego, cuando estas se volvieron escasas, fue imposible dejar de notarla.

La conversación entre Tomás Grande - como lo llamaba su esposa - y Regina, se fueron haciendo monótonas en que ella se iba de todo al clima, los bajos recursos, la ausencia de Tomás...

Tomás permanecía en silencio, observando cómo el ambiente se iba llenando de gente. El ruido de su propia casa, el ruido, a otro, gesticulador y gesticulante que terminaba cuando mareas tan severas y grotescas que llegaban a causar algo...

CAPILLA ALFONSO

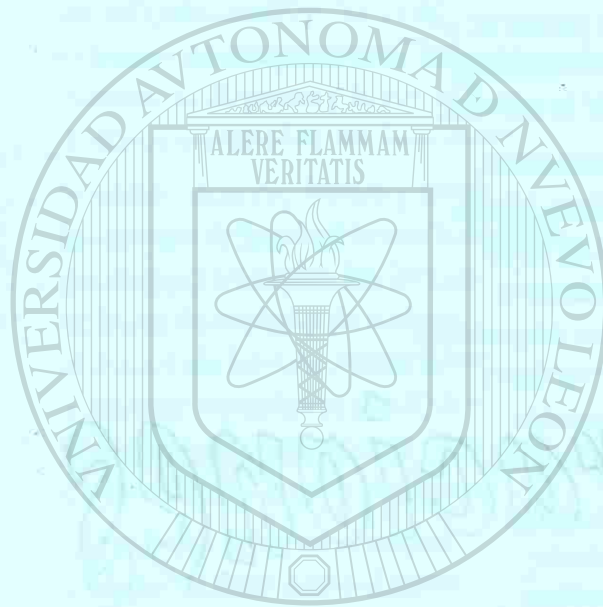
Reto al destino

Como siempre, no pudo sentarse, hasta que ya mero llegaba a un lugar donde debía bajarse; el Metro a esas horas iba casi lleno, era una mezcla de las dos fábricas vecinas. Sin darse cuenta, comenzó a hablar en lo que ya hacía meses lo venía inquietando. Desde que su hijo se casó- de eso ya habían pasado diez años- su vida al lado de Regina se había vuelto tormentosa.

Primero lo había pasado por alto, porque las visitas de Tomás eran una relativa frecuencia; luego, cuando éstas se volvieron esporádicas, fue imposible dejar de notarlo.

Las conversaciones entre Tomás Grande- como lo llamaba su esposa- y Regina, se fueron haciendo monólogos en que ella se lamentaba de todo: el clima, los bajos recursos, la ausencia de Tomás Chico, la humedad del sótano en que vivían, la falta de televisión no cableada, la irrecuperación de los gastos provocados por la celebración de bodas de Tomás Chico, el salario estancado de Tomás Grande, el incumplimiento de la manda a la Virgen de Zapopan- de la de San Juan- de la carencia de patio para tender la ropa, la falta de carne que sólo podían comer un sábado sí y otro no, de que él no la acompañaba a la misa, y de tantas otras cosas, que formaban una retahíla totalmente conocida.

Tomás permanecía en silencio, observaba cómo el semblante de su hijo, se iba transformando- lentamente- de un rostro casi infantil, a otro, gesticulador y gesticulante que terminaba haciendo muecas tan severas y grotescas que llegaban a causarle algo parecido al miedo. Luego Regina se calmaba, recogía los platos de la mesa y los metía en una tina de agua jabonosa, para después pasarlos a una tina de agua limpia; en el rincón del ángulo destinado para la lavadora, permanecía tirado en el suelo, un fregadero que por falta de mantenimiento no se había puesto a funcionar.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL

Al paso del tiempo, sin saber el motivo, sería por la tristeza de su hijo ausente, o tal vez, esa rutina que hoy le ahogaba a él mismo. Regina dejó de hablar; al principio lo tomó como un alivio, realmente favorecía la relación; pero luego, día tras día, ese mismo silencio prolongado, se fue convirtiendo en un rey que imperaba en su hogar. Los transformaba en dos perfectos desconocidos, cuya única coincidencia era que habitaban la misma casa.

Sí, ahora Tomás se daba cuenta, ese silencio era más angustioso, humillante e insoportable que aquellos largos monólogos de Regina con que cada noche lo recibía al llegar del trabajo. Ese silencio había llegado a constituir un puente por el cual ninguno de los dos cruzaría, el único soporte que podría salvarlos sería Tomás, más él, jamás volvería con ellos.

Tomó asiento maquinalmente, ya mucha gente había bajado en otras paradas, se limpió bruscamente el sudor de la frente con un pañuelo desechable, y, repentinamente sintió el vehemente deseo de que esa noche, sólo esa noche, las cosas cambiaran, que no tuviera que llegar a una casa donde el fantasma de una mujer lo esperaba, le serviría la cena y se acostaba sin articular palabra; no quería comenzar otra mañana en la que se arreglaba para irse a la fábrica y ella le entregaba el lonche envuelto en una servilleta dentro de una bolsa siempre idéntica a la de los días anteriores. No quería volver a empezar ese trabajo agotador de revisar una y otra vez los tornos y luego sentarse a revisar cada pieza elaborada para separar las defectuosas.

No; por primera vez se sintió seguro de una cosa: hoy debería sucederle algo nuevo, algo que rompiera la monotonía acumulada año tras año, durante más de un lustro, y, como si alguien, en respuesta, a su ansiedad le enviara una novedad, un hombre se acercó a él y le pidió un fósforo. En ese momento se arrepintió de no fumar, pero ni ese lujo podía darse por lo que con pena confesó al desconocido que no traía fósforos. El hombre le sonrió y le dijo: -Dichoso usted que no lo esclaviza el vicio. Tomás era de pocas palabras, pero en esta ocasión vio la oportunidad que esperaba para que esta noche fuese especial y se atrevió a murmurar: -Se equivoca, yo soy esclavo de la rutina.

No volvieron a cruzar palabra, mas cuando bajó Tomás del Metro, el desconocido lo hizo también y lo siguió de cerca hasta su casa. Tomás sacó la llave de la puerta del pasillo que conducía al sótano donde vivían él y su esposa; antes de subir, volteó hacia atrás y le preguntó: -Gusta entrar, un café nos caerá bien, comienza a enfriar. El desconocido no contestó, se acercó con cierta confianza y le regaló otra sonrisa.

Regina se estremeció al escuchar dos pares de pasos bajando la escalera y más, cuando vio a su marido acompañado de un desconocido. Se levantó sobresaltada, su esposo no era amigüero, eran cerca de las once de la noche; sin mencionar palabra se encaminó hacia la estufa y colocó sobre la hornilla, el agua para el café instantáneo, en la otra, el jarro de los frijoles.

El extraño se sentó en una de las dos únicas sillas situadas junto a la mesa y preguntó a Tomás: -¿Es tu esposa? Tomás asintió con la cabeza.

Después de tomar el café, Tomás esperaba inútilmente que el visitante se fuera, pero éste no se iba. Regina lavaba los platos con evidente nerviosismo.

Tomás dijo como para sí mismo: -Mañana hay que levantarse temprano, la fábrica queda lejos y hay que caminar cuatro cuadras para tomar el Metro, y luego diez más, de donde nos veja. Esta fa- se ha hecho mi eterna compañera.

El extraño permanecía en silencio sin dejar de mirarla; soslayo a Regina; ésta parecía perturbada, metía mecánicamente tazas a la tina de agua jabonosa, las enjuagaba en la de agua limpia y volvía a meterlas en jabón con un ritmo que fue aumentando de velocidad y ruido; Tomás observó al desconocido y siguió el rumbode su mirada para topar con los movimientos robotizados de Regina; sintió una angustia opresora al descubrir su intimidad a un extraño tomando un machete que colgaba de un gancho pegado a la pared; propina un golpe que lo deja inerte, instantáneamente.

Al escuchar el golpe, Regina volteo y sonrió a su marido, se da cuenta que acaban de liberarse de su silencio ancestral, ella abraza y le dice: -Yo iré a verte a la cárcel, cuando no pueda te envío cartas, siempre estaré contigo, saldrás pronto, Tomás Chico ayúdame ya lo verás,- y le besa la frente, los ojos, las manos. Tomás comprende que también ella estaba harta de la rutina y, respondiendo a caricias, le susurra: -Sí, Regina, ya todo será diferente, desde ahora nada será igual.

En efecto, Tomás ya no tuvo que asistir cotidianamente a la fábrica, ni volver a casa cansado, donde lo esperaba la silenciosa Regina; ahora en la celda presidiaria hacía intentos de comunicación y se pasaba el tiempo hablando de su familia y contestando las cartas de Regina. Ésta le llamaba al crimen, "aquello" y, sin lugar a dudas, había partido aguas, porque le contaba muchas cosas de antes y muchas otras de después, de "aquello".

La pareja se había reencontrado y ahora sabían que, como habían dicho al casarse, sólo la muerte podría separarlos.

La Kermesse

De eso hace ya varios años, pero podría contarlo como si hubiese acontecido hoy; Leticia tenía un rostro difícil de olvidar y además, una sensibilidad que cautivaba a quienes la conocíamos.

Recuerdo que llegamos juntos a la kermesse, ella por ver si se encontraba con Mario; yo, con la intención de tropezar con Sofía. Pasé por Lety a la hora que habíamos quedado, ambos queríamos darles celos a los que nos traían de un ala.

Primero jugamos a la tómbola, ella se sacó un moño rojo y yo, una cajetilla de cigarros; luego nos subimos a la rueda de la fortuna, precisamente, cuando bajábamos de la góndola, ella divisó a Mario que venía con otros dos amigos. Lety festejó que estaba sólo, es decir, sin otra chica. Nos acercamos a ellos y los saludamos; uno de ellos dijo que Mario buscaba a Sofía para casarse con ella, Lety palideció, y yo salí al desquite: ¡Qué coincidencia! Nosotros también vamos hacerlo; Lety comprendió mi apoyo, sonrió y me tomó del brazo como para que no quedara duda alguna. Mario sabía cuánto le admiraba Lety, y groseramente, propuso: Si no encuentro a Sofía, quiero hacerlo contigo, no te me pierdas, porque parece que el puesto de los casamientos ya lo van a cerrar. Lety ni siquiera se mostró ofendida, por el contrario, contestó: -Lo que tú digas, Mario. Yo me molesté mucho, ellos se alejaron como si nada y Lety, soltándome del brazo, exclamó: Que no la encuentre, José, que no la encuentre.

Caminamos sin rumbo, los dos guardando silencio; ella, seguramente, orando para que se cumpliera su deseo; yo iba pensando en cómo Sofía no me quería así, pero comprendí que el vivir parece constante inconformismo, y que sólo podemos pretender alejarnos un poco de la inconformidad.

Sin darnos cuenta nos aproximamos al puesto de casamientos; en efecto, la joven que vendía los falsos anillos, estaba recogiendo sus cosas; Lety se acercó gritándole: No cierre un momento viene mi novio para que nos casen; lo dijo con seriedad, yo pensé que estaba fingiendo. A los pocos minutos Mario con sus dos amigos. Lety se veía feliz; por lo visto, había encontrado a Sofía, quizás por lo grande del lugar y la cantidad de gente que se movía entre juegos, puestos y fritan. Mario compró los anillos y tomando de la mano a Lety la llevó a un joven que fungía como juez civil. Éste, leyó la epístola de Ocampo al final les dijo: -Quedan unidos hasta que la muerte los separe.

Después nos fuimos a comprar refrescos y con conocidos tropezamos, Lety les mostraba su anillo de comentándoles que Mario y ella se habían casado; éste no hablaba al parecer, todavía buscaba a Sofía; en varias ocasiones observé mientras Lety intentaba tomarlo del brazo, él procuraba mantener un poco apartado.

En el momento en que rodeábamos el círculo de mesas se jugaba la lotería, en sentido contrario, venía Sofía acompañada Luisa, su prima, y, en cuanto Mario la vio, le gritó: Ven Sofía, divorciar me de Lety para casarme contigo; Sofía le respondió: Bueno, Mario, pero antes tráenos unos refrescos que tenemos calor.

El semblante de Lety se había descompuesto, siquiera lo notó. La tomó del brazo y la condujo al puesto de divorcios.

Aquí todo era alegría, enfrente estaba el de los casamientos y algunos muchachos llevaban a fuerza a otro que no quería casarse con alguna joven, otros tarareaban, entre risas, la marcha nupcial reconstruída: Ya se casó, ya se amoló; a lavar trastos y a cuidar bebés; algunas parejas pasaban de ese puesto, directamente, al de los divorcios; todo era divertido además se trataba de pasarla bien y a la vez, conseguir fondos para la ampliación que requería el templo de la colonia.

Repentinamente sobresalió la voz de Lety, quien entre sollozos le decía a Mario: -No, Mario, tú y yo no podemos divorciarnos, el juez dijo que quedamos unidos hasta que la muerte nos separe; Mario la jaloneó y le explicó -algo alterado- que todo era broma; entonces, enseñándole el anillo, ella le dijo: -Tú lo compraste y me lo regalaste, éste es el símbolo de nuestra unión, estamos unidos para siempre.

Luego Mario, soltando una hiriente carcajada, exclamó: -Te has vuelto loca, ni con Sofía quiero casarme en serio, menos contigo. Lety se fue con el rostro bañado en lágrimas y yo le reclamé a Mario su proceder; él me respondió un poco sorprendido: -Acaso tú también te has vuelto loco, cástate con ella, así, formarán la pareja perfecta.

Apenas lo escuché y me lancé a la calle a buscar a Lety, pero no la hallé; me fui a mi casa, de aquí la llamé por teléfono, no me contestaron; me puse nervioso, recordaba sus palabras, su seriedad, sus lágrimas; un escalofrío recorría mi cuerpo al pensar que podría cometer una locura. Regresé a la kermesse, la mayor parte de los puesteros ya estaban cerrando o terminando sus ventas; me dirigí rumbo a la lotería, ahí estaba Mario platicando con Sofía; les pedí que me ayudaran a buscar a Lety, ellos no quisieron, cuando les confesé mi presentimiento, Mario opinó que ella era un niña caprichosa y que tendría que comprender que lo del casorio fue ficticio.

Me alejé aún más nervioso, decidí ir a su casa y permanecer cerca por ver si llegaba. Estuve recargado en un arbotante por más una hora, ella no aparecía; en el instante que me moví para volverla llamarla por teléfono, ahora de uno público por más cercano, cuando escuché la detonación. Espantado corrí hacia su puerta timbré alucinado, no podía separar mi dedo del botón que presionaba. Comencé a gritar por doquier, algunos vecinos, temerosos, asomados sus rostros con cautela, seguramente también habían escuchado el disparo, uno de ellos debió avisar a la policía porque está llegando detrás de ellos, como que los hubieran llamado, llegaron los papás de Lety, volvían de una cena del club al que pertenecían. Se bajaron presurosos del carro y me preguntaron qué pasaba, creían que se trataba de un ladrón; la madre de Lety me preguntó por ella y reflejó angustia en su rostro. Yo le explicaba lo de la Kermesse, cuando la policía le contaba al padre de Lety que habían venido porque un vecino les llamó para informarles que de su casa habían disparado, el señor abrió la puerta y subió a la recámara de su hija, él la encontró muerta sobre la cama, la bala había atravesado su cabeza, esa cabeza que no pudo separar el juego de la realidad. Cerca de su cuerpo quedaba una nota que decía: Adiós, Mario querido, me voy para divorciarnos. Tu esposa, Lety.

Hubo quién opinó que lo hizo porque sus padres no le habían cumplido algún capricho; que éstos la habían regañado porque no tenía sus calificaciones en la escuela, opinaron otros; incluso, alguno comentó que tenía una enfermedad incurable, pero yo sé, que como la niña de Martí, ella se murió de amor.

El monje loco

La noticia de que mi amigo Félix se fue de franciscano, me tomó de sorpresa. Félix era un joven despreocupado, alegre, duro para los estudios y un gran maestro para mentir. En alguna ocasión en son de broma, le había preguntado el porqué de sus mentiras y él me respondió que lo hacía para hacer felices a los demás y, a veces, para evitar problemas mayores o largas explicaciones. Recuerdo, que como yo le llevaba cuatro años y lo consideraba un hermano menor, le solté una retahíla de reconvenciones acerca de su actitud deshonesta. Por su parte, Félix no dejó de sonreír con esa sonrisa que cautivaba a las compañeras de la escuela, y que a mí, me resultaba tan difícil de imitar.

Lo más sorprendente de la noticia, era que a mí no me lo había contado; cierto que en los últimos meses nos veíamos poco, yo pasaba la mayor parte del día en la imprenta que mi padre había instalado en la cochera de la casa; además, Félix llevaba asesorías de las materias que no había aprobado en los exámenes ordinarios; así que quizá ésta fue la razón, o tal vez el conocimiento de que yo no creería en la certeza de su decisión.

Cuando lo escuché de labios de Carmina, no pude menos que disimular mi sorpresa, fingí saberlo y me dolió, porque al hacerlo, caía en la negativa afición de mi amigo que tanto criticaba; acaso lo hice, para evitar explicaciones porqué no lo sabía, o bien, pensando que los demás no podrían creer que yo lo ignoraba.

Pasaron varios años y nunca supe más de Félix, mi carácter se volvió más sobrio al perder el amigo que lograba embromarme.

Al terminar la carrera de medicina, quise especializarme en Psicología, al concluir este estudio, me casé con E'sa, quien era trabajadora social y a quien conocí, primero como médico, después como hombre.

Algunos años más tarde, quise instalar mi consultorio en casa, ésta permanecía casi siempre sola debido a que los dos trabajábamos; para ello fue necesario mudarnos ya que necesitábamos de mayor espacio. Encontramos una cómoda casa según nuestros requerimientos en una de las colonias del sureste de la ciudad. En esa nueva colonia, al menos para nosotros, Elisa hizo mucha amistad con algunas de sus vecinas y por ellas se enteró de la existencia del monje loco. Cuando Elisa me contó sobre el vagabundo que vestido de monje hacía reír a chicos y a grandes pero que también a veces, hacía llorar por su semblante patético al caminar vacilante, sentí una gran pena.

Elisa fue la primera que lo vio, le llamó mucho la atención, hecho de que pese a sus ropas raídas y sucias, su rostro se mostraba limpio y sus manos también. Me lo descubrió como un hombre de edad incierta, algo encorvado, esto confundía la medida de su altura, su semblante evocaba los rostros altivos, pero tristes, de los antiguos patriarcas. El interés de mi mujer para conocer su pasado, me incitó a querer conocerlo, para en él aplicar mis análisis y llegar a corroborar mi teoría de las causas y efectos.

Fue un domingo, cuando lo vi por vez primera, se encontraba al pie de los escalones que conducían al atrio de la iglesia a la que acudía Elisa a la misa de once; en esa ocasión yo la acompañé al profeso. El pobre monje estiraba la mano para pedir una limosna, mayoría lo ignoraba; algunos niños de los cuales recibía burlas e insultos cuando venían en parvada, hoy lo miraban con indiferencia y desgano para evitarse la reprimenda de sus padres.

No sé porqué al verlo, sentí la extraña sensación de que algo inexplicable me unía a aquel individuo y sin quererlo me estremecí; Elisa advirtió mi estado de ánimo y se atrevió a preguntarme: -¿Por qué tiembblas? Tan sólo es un pobre hombre... y, por primera vez, no pude contestarle nada, yo, que siempre tenía la palabra correcta y la respuesta indicada- o al menos, así pensábamos muchos de los que estudiamos Psicología- en ese momento no tuve ninguna.

Elisa abrió su monedero en busca de una moneda, pero yo, apretándole el brazo, la obligué a entrar rápidamente al templo. Cuando salimos, al término de la misa, ya no estaba; ahora, una sensación de alivio, duplicó mi extrañeza. En la casa, Elisa puso en orden unos papeles de su trabajo, mientras, yo me senté a pensar en el monje loco. Primero se me figuraba verlo como paciente: tirado en el diván, contándome su vida, y yo, tratando de escudriñar su pasado, para explicar su presente; luego, lo empecé a ver como un fantasma que aparecía y desaparecía con una rapidez vertiginosa y comencé a toparme con sus ojos tristes pero hermosos, que me recordaban algo o a alguien, indefinidos.

Por la mañana, Elisa avisó que se quedaría a comer con una compañera que cumplía años, entonces, salí a la calle para caminar un poco y comer cualquier cosa en algún restaurante. Más tarde, sin saber cómo me hallé sentado en el primer escalón del atrio de la iglesia, me disponía a encender un cigarrillo, de vez en cuando lo hacía por distracción, cuando sentí pasos detrás de mí y escuché una voz que me decía: -Ése es mi lugar. Volví el rostro para saber de quién se trataba y vi junto a mí al monje loco; me levanté y sin haberlo meditado, me atreví a proponerle: -No sé porqué, pero me gustaría

ayudarlo, soy psicólogo, quizá podría hacer algo por usted. Me llamo... callé porque al mirar sus ojos, los vi nublados y a punto de llorar; en esos momentos me sentí desarmado, pronuncié un olvido con la mayor dulzura con que me he expresado en mi vida, y cuando caminé hacia la calle, escuché que con voz segura y serena me dijo: No hace falta conocer su nombre, yo conozco el corazón de muchos hombres y el suyo no puede ser tan diferente; sé de las alegrías y los sinsabores, de las ilusiones hilvanadas y rotas, de los gozados nacidos y muertos, de los bienes tenidos y perdidos... Se interrumpió para secar sus ojos con un pañuelo, inesperadamente, limpio; como devolví, y como que fuera otro y no yo, me vi sentarme junto a él y escuché decirle cosas que antes nunca había pronunciado. Después se despídome explicándome que era la hora de la oración con la rompía su ayuno, pero que si quería encontrarlo, todas las tardes acudía a ese lugar, salvo los lunes.

Cuando regresé a la casa, Elisa aún no volvía; me sentí extrañamente reconfortado, era como si al querer consolarme, el consuelo hubiese regresado a su lugar de origen. Hablar con ese hombre me había hecho bien, claro que hube de dar la razón a Elisa, pero cuanto al contraste que existía entre la limpieza de su rostro y de sus manos, y el desaseo de sus ropas raídas e incoloras. Dejé volar mi imaginación y lo veía con un traje civil, bien peinado, despidiendo una fragancia grata y fresca, sonriente y sin perder ese aire compasivo de su rostro, perceptible sólo por aquéllos que osaban acercarse bastante a su persona; de lejos, era fácil que despertara en algunos cierta compasión, y en los más, un frío desprecio por considerarlo un fracasado y un inútil. Luego, lo veía sentarse en una silla "de fiscal" como la llamaba Elisa, y era yo el que aparecía recostado en el diván, hablando en voz alta como mis pacientes, mientras escuchaba con atención y respetuosamente; entonces, su rostro reflejaba un poder de comprensión que jamás supuse que alguien fuera capaz de poseer, menos de mostrar.

En ese momento, oí sonar el timbre de la casa, sonido que cortó el hilo de mis visiones ficticias para volverme bruscamente a la realidad. Caminé a la puerta principal y cuál sería mi sorpresa, al mirar que quien tocaba era el monje. Abrí y le invité a pasar, ahora pienso, que si no lo hubiera hecho, la vida se me hubiera hecho corta para arrepentirme. Él pasó y se sentó en un taburete que teníamos en el recibidor. La sorpresa aún anidaba en mi rostro; después de un largo silencio, comenzó a decir: -Se preguntará cómo he sabido la dirección de su casa y qué me ha impulsado a realizar esta visita. No respondí, como buen psicólogo, siempre dejo que los demás hablen para conocerlos mejor. El prosiguió: Pues bien, lo he seguido; y he venido a verle porque padezco de un mal incurable que pronto me llevará a la tumba. Hizo una pausa que no supe si fue para dar margen a que yo lo interrogara, mas continué callado; entonces, él comenzó su historia empleando un timbre de voz que parecía venir de más lejos y de otro tiempo: -Hace años yo fui un joven alegre e irresponsable como muchos hoy en día, de todo hacía broma y de todo me burlaba, hasta que llegó un día en que muerto me soñé y me encontré totalmente vacío, sin nada que ofrecer ni qué explicar a Aquél que todo lo sabe y todo está bajo su dominio, entonces cambié el rumbo de mis pasos y me fui de franciscano; hizo una pausa que yo aproveché para respirar, estaba frente a Félix, aquel amigo con quien tanto compartí y del que tantos años no tuve noticia alguna; él comprendió que lo había reconocido, y me sonrió con aquella sonrisa de antaño que tanto admiraban las compañeras.

La emoción me impedía hablar y él continuó con su relato: -Sí, soy Félix, ahora lo sabes y te pido que lo calles, hay muchos pecadores que se han vuelto santos, mi camino ha sido inverso, yo quise hacerme santo y después he olvidado la pureza y las virtudes que nos acercan a Dios: fe, esperanza y caridad; ahora he caído en vicios y blasfemias, mi enfermedad es un pequeño castigo para lo que merezco; ¿Sabes?

Yo he querido competir con Dios, llegó un día en que por haber guardado el ayuno por un mes, me sentí superhombre, héroe, semidiós, superior a toda criatura humana; me veía fuerte e inmortal, mi arrogancia no tuvo límites y destrocé a seres que quería, sólo por el placer de mirar el sufrimiento en ellos; una tarde en que nadaba, en un río que cruza el municipio aledaño al nuestro, sentí un calambre que endurecía mi pierna derecha y la inutilizaba, no podía alcanzar la orilla, entonces oré, me vi misero y frágil, prometí dejar atrás las vanidades y buscar la santidad en lo sencillo. Desde entonces sólo, realizo varios oficios para mi pan diario, reparto las limosnas que recibo entre otros que padecen estrechez y cada noche ofrezco a Dios los dolores que me aquejan como pago de lo mucho que le debo.

Mi consternación era profunda, Félix había recuperado aplomo; él pedía para ayudar a otros, sufría los menosprecios, la indiferencia y el repudio con el fin de socorrer las necesidades ajenas, sin saberlo estaba en el camino que creía perdido. Le ofrecí ayuda pero se negó; se levantó, me extendió su mano y yo la estreché en júbilo y con llanto, éste aumentó al advertir la aspereza de sus manos y callosidades.

Cuando divisaba su silueta perderse en lontananza llegaba a la puerta y se asombró de verme parado en la puerta; mi primer impulso fue explicarle que el monje no era otro que mi amigo Félix, pero recordando su ruego, pretexté que la esperaba para la cena; entonces comprendí cuán fácil es mentir para evitarse mayores explicaciones.

Muchos meses han pasado desde la tarde en que hablamos en mi casa, cada domingo no he faltado a misa por ver si lo encuentro pero no ha aparecido. Uno de tantos escuché que alguien comentaba que quizá mudó de templo porque muchos buscan la manera de mendigar para no trabajar; me dolió ese comentario pero me quedé callado, Félix quería purificarse y si se supieran su verdad, más de lo que le estorbaría.

Hace poco crucé un parque que está frente a una escuela, de ella salían algunos niños cargando sus mochilas repletas de libros y libretas - me pregunto si los usan todos o si sólo los hacen cargar para que desde pequeños sepan que el estudio es pesado y cuesta mucho; uno de ellos le gritó a otro: -Y, tú, ¿no lo has visto? El otro, acercándose, respondió: -No, pero se me hace que ya murió, cuando hablé con él, me dijo que el mal ya no lo dejaba comer, ni dormir; en Navidad lo sabremos, tú sabes que siempre viene por los regalos que da el padre Segura.

Me supuse que podrían estar hablando de Félix y para cerciorarme les pregunté: -¿De quién hablan? Ellos se voltearon a verme con sorpresa, y el más grande respondió: -Del monje loco, ya no viene y lo extrañamos, nos hacía bromas y nos hablaba de Dios, pero a otros niños les daba miedo y corrían a decirles a sus papás que era malo, nosotros sabemos que no.

Yo también lo sé- les dije con una sonrisa y creo que les gustó porque se despidieron contentos. Ahora es Navidad, estoy en las puertas del templo, su lugar, aquel escalón que yo ocupé un día, está vacío. Comprendo que Félix ha muerto, me pregunto si ahora es feliz, o si, como temo, la felicidad no existe en ninguna parte.

No, pos sí.

Para: Hilda y Adrián
-Sí, compadre, yo creía que mi mujer me iba a aguantar siempre, pero no, ya ve usted, la cabra tira al monte. Ahora que yo había regalado un rebozo de seda, que no será importado, pero a caballo dado no se le ve lado. Ella se molestaba por mi dedicación a labor, más usted sabe, que al ojo del amo engorda el caballo.

-No, pos sí.

-Y, no crea compadre, que me duele sólo por mí, la cosa también por los niños; ellos son como yo, de tal palo tan astilla, hijo de tigre, pintito, somos muy sensibles. Cuando nos casamos, abuelo me dijo escoge bien Fulgencio, escoge bien, y como yo te ingenuo, me dejé llevar por su belleza. De trabajar nada sabía; usted y yo sabemos que al que madruga Dios lo ayuda, pero ella nos compadre, y me resongaba que no por mucho madrugar amaneció más temprano; con el tiempo se hizo retobona y un día me respondió que la mula no era arisca, sino que la hicieron.

-No, pos sí.

-Vaya usted a saber de dónde sacaba tanto dicho, nada para contestarme, nomás para eso. Figúrese usted, compadre, cuando fuimos al rancho de Las Isabeles, para el quinceañero de Conchita, me dijo que le comprara un vestido nuevo de seda, señor, y cuando le respondí que la mona que se viste de seda mona queda, no va a creer que se me enojó y yo, para reafirmar mi aseguré que el hábito no hace al monje, y entonces, ella replicó como dicen los anuncios de la radio: pero forma parte de él.

-No, pos sí.

-Ahora, que como no sólo lo negativo se debe de decir, tengo que reconocer sus cualidades para la limpieza de la cocina, a usted le consta. A ella sí que no se le iba un tomate estero, y la ropa sucia siempre la lavó en casa, porque nunca fue amiga de chismes, otra cosa a su favor; no sé la mera verdad, compadre, si la culpa de su cambio fue la llegada de esos señores que dizque del cine, que andaban buscando el rostro de la década y por supuesto, la Tomasa, que le comenzó a calentar la cabeza con eso de que ella era muy bonita y que la gente bonita no tenía porqué estar trabaje y trabaje, Sí, entre éstos y otra, me la pusieron como un pavo real y yo pagué los platos rotos, porque ya no me ayudó en nada y hasta empezó a pedir prestado perfumes, ropa y aretes, que dizque para enmarcar más su belleza. Yo le hice ver lo que usted y yo sabemos, compadre: el que de ajeno se viste en la calle lo desvisten, cuideme Diosito de mis amigos que de los enemigos yo me cuido, más vale pájaro en mano que ciento volando, camarón que se duerme se lo lleva la corriente y agua que no las de beber déjala correr.

-No, pos sí.

-Pero ella no entendía razones, compadre, como Gabino marrera, se montó en su silla y nadie podía bajarla; desatendió a los niños y allí fue cuando intervine yo; le dije todito te lo consiento, pero que no atiendas a tus hijos, mujer; te he pasado algunas cosas porque comprendo que deseas algún cambio, la rutina cansa, pero más vale paso que dure y no trote que canse. Y yo la hubiera perdonado compadre, mas ella tenía que ganarse ese perdón, de perdido pedirlo, compadre. Pero no, ella se hizo orgullosa, creyó que la belleza es para siempre, porque como se dice que genio y figura hasta la sepultura, y no, compadre, aquí no funcionó, la belleza se pierde, como la juventud, con los años; a veces, creo que es cierto eso que que árbol que nace torcido, nunca su rama endereza.

-No, pos sí.

-Y pensar que yo creía que la Tomasa era buena amiga, pero ya ve, dime con quién andas y te diré quién eres; quien con lobos anda, a aullar se enseña y, no todo lo que brilla es oro. Por un tiempo llegué a pensar que mejor me hubiera casado con ella, no es tan buena como mi Renata, pero eso sí, es organizada y cumplida en sus obligaciones.

-No, pos sí.

-Lo que me disgustó, fue que me lo dijera a boca de jarro, nomás que hay que bailar al son que toquen y cuando vino el fuefue soporté que entrara como Pedro por su casa, y como cada uno sabe donde le aprieta el zapato, le dije: a buenas horas mangas verdes; pero él no entendió, compadre, porque ellos no hablan, ni piensan como nosotros. Pues sí, compadre, dejé de llevar la voz cantante y me orgullo, ya que no por riqueza, les dije que Dios aprieta pero ahoga; que al principio del matrimonio todo era miel sobre hojuelas, jarrito nuevo dónde te pondré, no me cabía el corazón sobre el pecho, mas después tuve que comprender que a veces, en ciertos asuntos uno no tiene arte ni parte, y que no todo el monte es orégano.

-No, pos sí.

-El día que me dijo: -Fulgencio, tengo que salir; yo pregunté ¿Adónde? Y ella respondió: No me interrumpas, te tienes derecho a probar que puedo ser actriz. Yo solté la carcajada y le dije: Pero sí para esos se estudia y tú, qué estudios tienes, créida. Ella me mostró serena, compadre, a mí me llevaban patas de cabra, me se me un león enjaulado; sin embargo, tuve que oírla, porque el discurso tenía preparado, sí compadre, ese discurso lo preparó desde antes. Que sí yo no la había valorado, que en tantos años de casados apañados sí le había regalado un rebozo de seda, que nunca la llevaba de pas-

que no sólo de pan vive el hombre, que yo creía que panza llena corazón contento; me dijo que se iba con una amiga a la capital, yo le advertí que el muerto y el arrimado al tercer día apestan; nomás que no me oyó, su discurso lo traía de memoria, y lo que sea, tiene buena memoria, hasta me sacó lo de la luna de miel que sólo fue platicada para poder comprar algunos muebles, y que ella se sentía como capilla que nunca tuvo su fiestecita.

-No, pos sí. Pero, ¿Y si vuelve?

-No ponga el dedo en la llaga, compadre, que mi gozo se fue al pozo, además, usted sabe la ola de rumores que han levantado las malas lenguas: Que si se fue con otro, que si no era buena madre, bueno, hasta mi paternidad anduvo de boca en boca, y eso que todos saben que he llevado la sartén por el mango. Le cuento esto para que no se me quede en ayunas y sepa, como la cuchara, lo que contiene la cazuela.

-No, pos sí.

-Por eso la dejé partir, compadre, porque sentí que ella tenía derecho a probar suerte en otra cosa, más cuando está segura que a sus hijos, conmigo no les faltará nada. Ahora, que si le va mal, pues ella sabe que puede volver, sólo que tendrá que pasar mucho tiempo para que las cosas vuelvan a ser como antes, porque se perdona la falta, pero no se olvida.

-No, pos sí.

Otoño/94

¿Recuerdas?

¿Recuerdas?

Entonces íbamos a la función de los miércoles, tres películas por un peso, a ese cine que luego al correr del tiempo se quemó y después lo inauguraron con otro nombre. Una semana, eran las tres de miedo, y otra, las tres de risa. ¡Cómo nos divertíamos! Bueno, tú y las primeras por partida doble, porque te gustaba mirar la angustia pintada en mi rostro, y escuchar mis gritos; yo, en cambio, prefería las segundas, esas sí me hacían olvidar el reglamento paterno y la pobreza que reinaba en nuestra casa. Alguna vez, nos alcanzaba para las palomitas, pero no para los refrescos; en otras, sobre todo en las tardes calurosas, sólo comprábamos las bebidas.

¿Recuerdas?

Cuántas veces recorrimos la Alameda, tres veces seguidas porque queríamos demostrarnos que teníamos coraje para hacer muchos retos. Y, luego, nuestras idas al Obispado, eso sí era susto claro que ascendíamos en sábado, no podíamos faltar a clase el día siguiente. Y después cómo reponíamos el tiempo; luego era todo un domingo de tarea, entonces no salíamos ni a misa, primero por obligación, había que quedar bien con los maestros, participar en clase para que no enviaran reporte a casa por nuestras faltas.

¿Recuerdas?

Cundo fuiste a pedir permiso para vernos en la casa, por eso se le caen las pestañas a mi padre; mi madre se tuvo que sentar porque le faltaba el aire, y luego lo callado que te quedaste, porque mi padre quiso saber en qué trabajabas, y tú apenas si ayudabas a tu madre en la venta de los quesos que recibían de Oaxaca, gracias a las agencias de tío Felipe.

tu silencio fue significativo y delator; la respuesta de mi padre no se hizo esperar: -Mire, jovencito, aquí somos pobres, pero comemos del bolsillo de nuestra frente, y usted, si no gana un salario ahora, vuelva a buscarlo cuando lo gane. Y te cerró la puerta, mientras yo me quedaba enojada, con él, sino contigo, porque no le dijiste que estabas juntando unos cuantos pesos para cuando fuésemos más grandes, porque no le contestaste que tu mamá ya me conocía y me quería, que donde comen dos, comen tres: pero no, tú tuviste temor de la ira de mi padre y te fuiste escondiendo, y yo comencé a odiar la pobreza.

¿Recuerdas?

Yo terminé enfermería y comencé a trabajar en el Seguro Social, pagaban bien, pero era mucho el trabajo; casi ya no nos quedábamos, quería ahorrar para los dos y doblaba turnos. Todo inútil, la cuenta del Banco apenas crecía, en cambio, el cansancio se multiplicaba y la ausencia fue dando sus frutos; tú fuiste el primero que notó mi transformación; yo creía que me arreglaba por mi trabajo, pero no, tú siempre fuiste el más sagaz que yo, y el día que te atreviste a decirme que ya no era la misma Julia de antes, yo me reí y no te creí, de veras, no te creí.

¿Recuerdas?

Aquella tarde en que fuiste por mí al Hospital de Zona sin avisarme, yo había firmado en el Diario mi salida y, César uno de los paramédicos que auxiliaban en la ambulancia, me dijo: -Ahora, por qué se va tan temprano, Julia; sólo sonreí, desde que en una ocasión le escuché silbar el vals que lleva mi nombre y una de las compañeras -Marilita- me comentó que yo le gustaba, comencé a guardarle distancia, ya que sólo tenía ojos para ti, Miguel, por eso me limité a sonreír. Al llegar a la puerta, me alcanzó en mala hora, me tomó del

brazo y me invitó un café en El Fénix; le contesté que no podía insistir, sin soltarme del brazo; tú llegaste y tus palabras se quedaron grabadas no en los oídos, sino en el corazón: -Conque mucho trabajo. ¿Eh? La sorpresa me dejó anonadada, y tú no esperaste a que repusiera, te fuiste sin escucharme, sin comprenderme. Era la segunda vez que te veía partir como un soberano sin trono y la decepción lanzó a los requerimientos de César.

¿Recuerdas?

Tú te casaste con Licha, tu vecina, no era muy guapa pero muy dejadita, todo aceptaba, se iba derechito por donde tú querías hablar y todo soportaba. Era a la medida de tus deseos, sólo hubiera superado una sordomuda. Yo me casé con César, al principio todo marchó muy bien, pero poco a poco, la amargura que guardo por no ser un médico titulado, fue agotando -sorbo a sorbo- mi alegría.

¿Recuerdas?

Después de cinco años de casados nos volvimos a ver por que tu esposa chocó y vino a dar al hospital donde trabajo. En seguida reconocí y me esmeré en atenderla; ella iba muy mal, y por desgracia para cuando te avisaron y llegaste a verla, Licha ya había fallecido. Todo fue rápido, te vi llorarla, mas en cuanto me viste, corríste hacia mí, me tomaste de las manos y no las soltaste, hasta que yo tuve que dejarte por que me hablaban de la recepción. Cuando volví ya no estabas, mas tú habías vuelto a llenar mi existencia. Me enamoré conmigo misma, pedí retirarme porque me sentía indispuesta, te dejé seis meses separada de César; su creciente irritabilidad me hizo obligado a dejarlo, para ir en busca de la tranquilidad para mí y Julieta mi hijita.

¿Recuerdas?

Al año de la muerte de Licha, me buscaste y como si ya hubiéramos acordado volver, volvimos. Yo empecé a preparar a Julieta para que te aceptara como nuevo papá, ella era de tan corta edad que no vio mal eso. Y ahora, ya ves, me volviste a fallar, estás aquí, sin hablar, sin moverte, con tu profundo silencio de siempre y para siempre, y yo te pregunto por enésima vez: -¿Recuerdas? Decías que me querías, que yo era tu adoración; Dios debe haberte castigado, porque sólo a Él debe adorársele. Y, ahora, qué le digo a la niña que ya no tendrá papá nuevo, que otra vez estamos solas. Es muy duro, Miguel, es muy duro que tú no sepas cumplir tus promesas. Si es cierto que después de esta vida nos volvemos a encontrar, entonces yo te volveré a preguntar: ¿Recuerdas? Porque yo sí, seguro que lo recuerdo todo.

Irving

La madre de Irving se había empeñado en que su hijo fuera un concertista, así que desde pequeño, éste hubo de dedicar muchas horas de su existencia al estudio del piano. La primera maestra que tuvo, descubrió que Irving no tenía talento ni interés por la música, así se lo hizo saber a su madre pero ella no entendió o no quiso entender, por lo que, como respuesta a la opinión de la maestra, llevó con otra.

Cuando Irving completó sus quince años, resintió la falta de libertad que constituía el dedicar su tiempo al estudio del piano y contar con momentos para la diversión y su desarrollo social. La juventud pedía la frescura de la novedad y la aventura, mas su madre le seguía exigiendo que estudiara piano.

Un día que se hallaba solo y muy deprimido, Irving pensó que no sabía el motivo pero sus oídos permanecían cerrados para la música y que nunca podría convertirse en un concertista. Repentinamente cerró los ojos y recordando a su tía Maricarmen que creía en milagros, pidió a Dios con todo su corazón que le concediera poseer aptitud para la música, prometiendo a cambio volver a pedir otro milagro, pues sabía de antemano que sólo sucedería de vez en cuando. Primero sintió algo parecido a un vértigo, seguida un abundante sudor resbalaba por sus dedos que temblaban sin su voluntad y después, un súbito estirón en el cuello que lo obligó a entreabrir los ojos y deslizar sus dedos sobre el teclado; poco a poco recobró la calma, comenzó a escuchar lo que tocaba, no sabía el nombre pero se oía bien; presentía que las manos que veía acariciar más que tocar, el piano, no eran de él, parecían tener vida propia; extasiado se dejó llevar por una sublime emoción y sólo pudo murmurar un ¡Gracias!, cargado de sincera vehemencia.

Al día siguiente cuando despertó, pensó que todo debía haber sido un sueño, no obstante, le entró la duda y para anular su incertidumbre, se dirigió a la sala, abrió el piano, se sentó en el banco y temerosamente, comenzó a tocar; desde la cocina su madre lo escuchaba asombrada por dos razones: primera, porque los domingos, Irving no acostumbraba levantarse temprano; y la segunda, porque él, tampoco tocaba el piano en domingo. Dejó de prepararse el desayuno para poner más atención en la música y se dijo a sí misma: Cuánto ha mejorado. Qué ejercicio tan bien ejecutado. Irving pasaba de un ritmo suave a otro violento, las notas fluían con la rapidez de un río embravecido, los adagios armoniosos daban paso a las notas difusas y semifusas para volver a tomar el cauce sereno de la armonía; su madre se dejó venir asombrada a querer confirmar con sus ojos, lo que le informaba el oído, y mayor fue su asombro cuando observó que su hijo no leía partitura alguna, entre lágrimas lo abrazó, Irving lloraba también.

En uno de los conciertos que ofreció para beneficio de los niños de un hospicio de Campeche, le presentaron a las educadoras, entre ellas estaba una que se parecía a su tía Maricarmen no sólo en lo físico, sino también en el trato afable y hasta en el nombre: María del Carmen; las relaciones se dieron de manera natural y sin contratiempos, los viajes de Irving a Campeche motivaron que ambos quisieran casarse cuanto antes para evitar las constantes separaciones. Ahora, Irving prefería dar pocos conciertos fuera de la capital, con el fin de estar cerca de su esposa y del pequeño Iván, su primer hijo.

A insistencia de su madre, Irving se vio obligado a aceptar una gira por algunos lugares de Sudamérica; ella estaba muy orgullosa de su hijo desde que aprendió a tocar el piano sin necesidad de leer la nota, por arte de magia, como ella decía. Cuando Irving regresó de

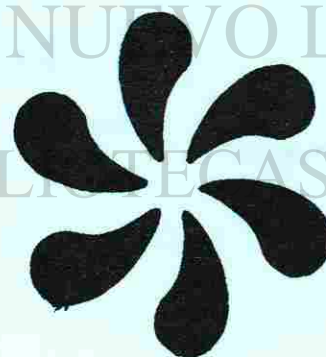
Perú, último país que le tocó visitar encontró a Carmen muy afligida su hijo había sido atropellado por un automovilista que se dio a fuga; Iván se encontraba a punto de ser intervenido quirúrgicamente y del éxito de esa operación dependía su salvación.

El hospital se había llenado de silencio, al fondo del pasillo a un lado del quirófano estaba un pequeño saloncito que hacía veces de capilla, sobre el reclinatorio central estaba un hombre arrodillado y bañado en lágrimas, era Irving que musitaba en plegaria: Padre, hace años te pedí el milagro de que yo, torpe como pudiera tocar el piano con facilidad, Tú abriste mis oídos y pude escuchar lo que Tú me dictabas que tocara; en ese entonces pensé que nunca tendría -¡Pobre iluso!- necesidad de otro milagro; yo hice Señor, para darle gusto a mi madre y Tú me escuchaste, hoy pido que le des gusto a un padre y una madre angustiados, si es necesario, vuelve a cerrar mis oídos, corta mis manos, quemame el piano, toma mi vida a cambio de la de Iván, Señor. Irving calló, lágrimas resbalaron por sus mejillas como por caminos conocidos así estuvo mucho tiempo, no supo cuánto.

Cuando María del Carmen fue a buscar a su esposo encontró todavía arrodillado y con los ojos húmedos, ella lo tomó de la mano y le dijo que el niño se había salvado, su rostro pretendía mostrar un gesto de alegría pero la angustia pasada lo impedía; los dos se abrazaron y sus lágrimas se mezclaron; Irving agradeció en su corazón el segundo milagro recibido. Pasado el periodo postoperatorio, ya recuperado totalmente el niño, Irving evitaba sentarse a tocar el piano, temía ya no contar con sus dones musicales no le importaba haberlos perdido, mas se sentía mejor si lo ignoraba.

Se aproximaba el Día de las Madres y Carmen le pidió a su esposo que tocara en el festival que ofrecería la escuela donde Iván iniciaba sus estudios, él iba a negarse, pero ella se lo pidió con tal vehemencia que Irving le contestó con un Ya veremos- sólo para ganar tiempo.

Esa tarde, en un momento en que Carmen había salido de compras e Iván hacía sus tareas en su cuarto, Irving se encerró en la sala y sentándose en el banquillo, abrió el piano que por vario tiempo había permanecido cerrado y comenzó a tocar; al principio lo hizo torpemente, los nervios lo dominaban, casi no escuchaba sonido alguno, su respiración era agitada, luego, lentamente se fue dando cuenta que sí, que tocaba como antes, y comenzó a verter lágrimas dulces de felicidad. Los armoniosos sonidos salían a la calle, irrumpían los ventanales de las casas vecinas y cuando Carmen guardó el automóvil en la cochera, bajó con prisa y alegría, su esposo había vuelto a tocar el piano; entró a la sala y se colgó del cuello de Irving, ambos estaban embelesados. Irving le confesó lo de los milagros, ella escuchaba fascinada y después comentó: -Dios no se retracta; Irving hubo de reconocer que eso era una gran verdad.





RECOMPENSA Y OTROS POEMAS 1996

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN[®]
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Recompensa

... para gozar y deleitarse
... la dulce inocencia del peligro
... volverse en los juegos y la risa
... deber del infante bien nacido.

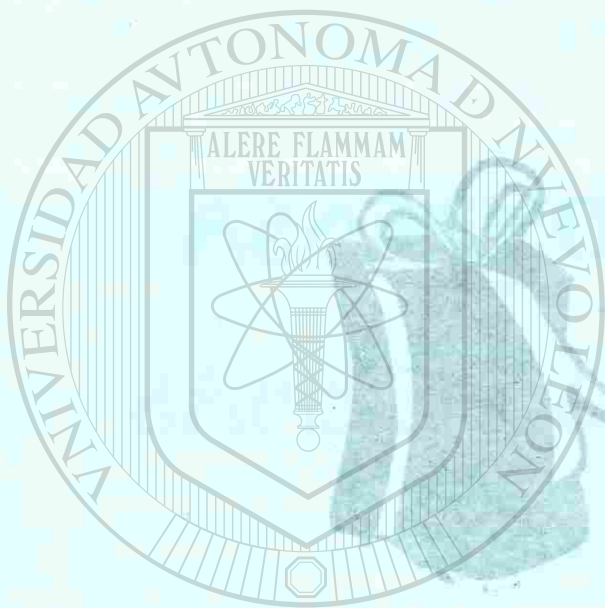
... para ver pasar con apatía
... que otros con afán dismesuran
... mizan con no pocos sacrificios
... la sinrazón del jovencito.

... para rehacer y modernar
... la razón del hombre civilizado
... lo incita por el afán
... compaña lo que el mundo

... para analizar y sopesar
... nodos para que corren
... se le puse encima la razón
... el espejo que se mira el ser humano

... para tenerlo con alegría
... la recompensa del amor
... el mundo que el mundo
... rancia de los valores humanos.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Recompensa

Vivir para gozar y deleitarse
en la dulce inocencia del peligro
envolverse en los juegos y la risa
es deber del infante bien nacido.

Vivir para ver pasar con apatía
lo que otros con afán desmesurado
realizan con no pocos sacrificios
es la sinrazón del jovencito.

Vivir para rehacer y moderar
es la razón del hombre adulto
que lo incita, porque aún hay tiempo
a componer lo que de joven no compuso.

Vivir para analizar y sopesar
si todo lo pasado fue correcto
si se impuso la moral a la razón
es el espejo en que se mira el ser maduro.

Vivir para recordar con alegría
es la recompensa del anciano
que ha sabido encontrar en el perdón
la esencia de los valores cristianos.

Recuérdame

Hijo que pasaste por mis manos sin ser mío
que supiste de mi celo, mi carácter y mis fines
porque siempre en la tarea puse buenas intenciones:
Recuérdame.

Fruto de mis anhelos y desvelos académicos
tú que a mi lado aprendiste un poco más de
lenguaje,
un poquito a filosofar y una pizca de moral:
Recuérdame.

Colegial que me prestaste un mucho de tu alegría
caminaste de mi lado y después te despediste
porque te quise y te quiero, pese a que no lo notaste:
Recuérdame.

Suma de mis esfuerzos dedicados a la docencia
resta de mis horas de diversión y descanso
multiplicación de mi dicha y división de mis penas:
Recuérdame.

Producto de mis afanes en cursos y seminarios
resultado de mi ahínco puesto siempre en la jornada
porque quise más tu superación que la mía:
Recuérdame.

Hijo que ahora te toca emprender vuelos más altos
déjame estrechar tu mano y desearte buena suerte
esta vez no te acompaño, mas te repito de nuevo:
Recuérdame.

Si la flores hablaran...

Si las flores hablaran, nos dirían
que ellas por bellas saben producir halago
que son pequeñas porque así es la esencia
de las cosas y de los seres grandes.
También hablarían de la suavidad de sus pétalos
que son una imitación de la caricia
de la alegría contagiosa de sus vivos colores
y, del perfume que esconden sus corolas.
No callarían con fingida modestia
que son bellas por fuera y por dentro
y, quizá, pecando de indiscretas
contarían que mediaron en los lances amorosos.
A la vez, harían memoria de su grata presencia
en cumpleaños, graduaciones, y desposorios
así como, en los tristes funerales
en donde denotan el colorido de la vida
y connotan la dulce brevedad de la existencia.
Mas sólo una, guardará un abismal silencio
con el tiempo ha perdido lucidez y aroma
se ha dejado abandonada entre las hojas
de un triste y amarillento libro
que ha servido de sarcófago y de tumba
para un amor fugaz de adolescentes.

Soledad

Otra vez has tocado a mi puerta
y al no abrirte, por la rendija inferior
entraste en silencio y sin alardes.
Bienvenida, te dije presurosa,
sólo tú faltabas a mi vera.

Como antaño te conté mis cuitas
una a una, brotaron tiernamente
a medida que pasaba el lento tiempo
las penas comienzan a pesar menos
y ya no causan tanto desaliento.

Tan entretenida estaba en mi relato
que no supe cuando te marchaste
creí que como amiga esperarías
al término de mi sincero desahogo
mas no, tú abandonaste mi presencia.

Yo quedé más sola desde ahora
no tengo a quién contar mis sutilezas
a mí misma, para qué, ya las conozco
y siendo ya tú mi grata compañía
me traicionas como Bruto a Marco Antonio.

La lucha

Se instaló en una mesa redonda
un debate singular
era un duelo de pasiones:
la verdad y la mentira.

Aquella llegó sencilla a la hora establecida
ésta llegó retardada y con lujoso atavío;
el murmullo de la gente enaltecido brotó
algunos desearon ver triunfadora a la mentira.

Ésta habló de los primeros y los segundos impulsos
sosteniendo que era en éstos
donde el hombre es positivo
ya que puede pensar y evitar de equivocarse.

¡Falso! Gritó la verdad; en los primeros
radica la base de la nobleza genuina
el primer impulso es recto, el segundo
es movido por la fría conveniencia.

Todos hicieron memoria y los ejemplos lucieron
ciertamente comprobaron que la mentira mintió
y ésta, enojosa, abandonó tal recinto
para no seguir viendo a su famosa enemiga.

Los inocentes

¿Qué culpa tienen vosotros
de que haya sido mujer
arrogante siendo débil
y con el candor de niña?

Culpa será del destino
que en mí se cumplió justo
viene a levantar un grito
que poco será escuchado.

Para mí será velado
que se cuenten mis virtudes
que por haber sido hembra
se contarán con los dedos.

Haga lo que haga está mal
y, si la faena freno
qué pereza, señor mío
algo me funciona mal.

El arte por mí suspira
la ciencia me cerrará un ojo
mas ya sabemos, amigos
que todo eso es de señores.

Para mí está el coser,
lavar, planchar, cocinar
el cuidar de los pequeños
que mañana me verán corta.

Y así la Tierra dará
su rotación y traslado
mientras ustedes, señores
no se den por enterados.

Que esta mujer tan pequeña
ha servido de creadora
porque Dios la ha semejado
a la divina María.

Y así la Tierra dará
su rotación y traslado
mientras ustedes, señores
no se den por enterados.
Que esta mujer tan pequeña
ha servido de creadora
porque Dios la ha semejado
a la divina María.

Adiós

Creíste que tu adiós me mataría
y, por no herirme
decidiste retardar la última hora,
truco inútil
ya vez que seguí viva y muy entera
soporté tu último golpe.

Para ser honesta he de confesarte
que ya lo sospechaba
en tus ojos veía indiferencia
y ellos no mienten,
recuerda que cual ventanas del alma
suelen reflejarlo todo.

Tú no tienes la culpa, querido mío
el cambiar de opinión
y hasta de gustos
no es singular en el humano
más bien yo sostendría
que es uno de sus rasgos más comunes.

Mañana me tocará a mí decir un triste adiós
a otro, acaso un adiós poco esperado
y quizás no tenga más razón, que poseer
por corazón una veleta
la cual dominada por el viento
se deja conducir sin voluntad.

Y el otro, lo mismo que yo ahora
sabrás continuar por su camino
menos alegre quizá, o más amargo
pero más maduro al comprender
que nada es para siempre en esta vida.

Olvido

¿Qué si me acuerdo de usted?
Es difícil, sabe usted, el tiempo transcurre
y un leve viento, que apenas sentimos
se lleva las alegría y con ellas, nuestras penas
no sé a dónde pero así es como nos dice
que nada para siempre es.
Soy mal fisonomista, quizá si me da su nombre
éste me traiga algún recuerdo de su aroma o de cierto
sabor que se haya ligado a su persona.
Quizá alguien le haya mencionado
o lo haya leído en algún libro
todo cansa en esta vida
y aunque se dice que el hombre
vive de sus recuerdos y recordar es vivir
llega un día inesperado, en que las experiencias viejas
dejan su lugar a otras, más o menos similares
pero que por ser nuevas, resultan menos ingratas.
Vaya usted, amigo mío, por la vida sin cuidado
que si yo lo conocí, está archivado en mi historia
y como mujer levemente organizada, los expedientes
carecen de pestañas, folio y orden
por lo cual yo le aseguro, que ya reina en el olvido.

Tómalo o Déjalo

De qué te quejas, amor
 qué quieres conseguir con tus reclamos
 ya te había contado de mis cuitas
 antes de amante, mi confidente fuiste
 de antemano supiste mis fracasos,
 derrotas y traiciones, nada callé,
 porque en ti puse mi confianza entera.

Hoy te alteras, te sulfuras,
 querías hallarme inocente y pura,
 por favor, si hay quien esto pierde
 en la primera etapa de la infancia,
 y yo podría decir, que antes de ésta
 supe de todo y todo lo sufrí.

Yo no entiendo, amor, tu desenfado.

Tus bravatas si no fueran ridículas
 provocarían en mí la carcajada;
 no malgastes el tiempo en futilidades
 si quieres que sigamos de la mano

ya no busques si fui víctima o verdugo
 mi corazón, como el de tantos, ha sufrido
 de nuevo tiene poco, tú decide: Lo tomas o lo dejas.

Un crimen intrascendente

El amor nació con alegría desbordante
 llenó mi cuerpo entero y el vacío de mi alma
 escuché de cerca el flechazo de Cupido
 y como loca, callé en tu boca mi suspiro.

Fueron días de embeleso y corto gozo
 oírte pronunciar mi nombre era mi dicha
 el tuyo musitado por mis labios
 representaba la mitad de mi locura.

Olvidé deberes, ritos, compromisos
 primero eras tú, y después tú,
 los amigos ofuscados se alejaron
 era otra, cabal y total desconocida.

Después, reinó el silencio y el hastío
 yo reclamé y exigía explicaciones,
 todo fue vano, tu mudez triunfaba
 y te vi, cual otros te veían: un simple fatuo.

Me alejé presurosa, no quería que miraras
 complacido, la tristeza de mi llanto
 por la agonía de un corazón asesinado
 por quien nunca mereció ser admirado.

Será...

Será... que yo llegué tarde a tu vida
ya todo lo tenías y de todo te sobraba;
qué podría importarte una mujer dolida
cuya amarga tristeza, toda la invadía.

Mas yo quise provocar y retener tu atención,
quería explicarte que no siempre fue así
que yo también guardaba recuerdos gratos
aunque hoy por lejanos parecieran falsos.

Mas tú te opusiste, sonriendo asombrado
eras todo un hombre, cómo contrariarte
si siempre ibas de prisa, adusto y veloz,
devorando el minuto, concretando el provecho.

En tu loca carrera arrastrabas a otros
los demás eran sombras que tú transformabas
en figuras radiantes de diversos colores
declinantes títeres, cuyos hilos movías.

Comprendí tu pericia para manipular gente
y me alejé convencida de que fue necesario
hombres como tú, los hay por doquiera
no tienes el agua de la fuente que busco.

Nuestro México

México ha sido llamado
el cuerno de la abundancia
que queda bien a su forma
pero no a su contenido.

México tiene sus ríos,
valles, lagunas, montañas
pero lo de mayor valía:
su gente buena y bravía.

Claro que no todo es Jauja
mas la belleza de sus singulares playas
que no las tiene el extranjero
aunque tenga más dinero.

¿Qué decir de sus puertos, cabos
islas y cañaverales
como México, no hay dos
que lo dice la canción.

su comida tiene fama
de las de mayor sazón
que se chupan los dedos
de los propios y los ajenos.

la inteligencia del mexicano
que también la pone en tela de juicio
que es alta, aunque a veces, la pierda
por la ira o el alcohol.

Nuestro México, hoy más que nunca
requiere de nuestra adhesión
por eso es que te pido, paisano
que de todos nos demos la mano.

Naturaleza

Hoy has sido nombrada dueña y señora
de todos los pueblos y la tierra entera
porque tú dominas a la criatura humana.

La criatura humana domeña a las fieras
manipula iguales y hasta los extingue
y cuando no puede, los encierra en celdas.

En celdas que antes encerraban pájaros
donde éstos perdieron sus lindos gorjeos
y hasta el dominio de su frágil vuelo.

Frágil vuelo emprenden los audaces hombres
en cuerpos de acero muy proporcionados
poniendo en peligro su apreciada vida.

Vida tan valiosa que no siempre cuidan
pues se oponen a ti, que eres quien los manda
ellos dicen qué, más tú dices el cómo y el cuándo.

Tu cómo y tu cuándo, lo dices latente
y entonces el hombre mide su potencia
para darte siempre, el lugar que mereces.

Lugar que mereces por ser siempre fuerte y porque
tus mares, montañas, desiertos, y bosques
no son transitorios, sino permanecen.

Oscilación

La vida es una constante oscilación
tan pronto te acerca a la bondad y al bien
cuando ya te aleja con rumbo contrario.

Entre luz y sombra, caminando vas
teniendo por meta siempre la primera
y sin querer pisando siempre la segunda.

En cada caída te levantas presto
aun cuando quisieras ya no levantarte
lo haces con frecuencia y luego caes de nuevo.

La fuerza te cubre cada amanecer
y durante el día se te va agotando
hasta que en la noche te sientes vencido.

Buscando mejorar tu presente, te preparas para tu futuro
tu error ha sido cargar con tu pasado
cuando debieras vivir intensamente hoy.

De la enfermedad se pasa a la salud
estado que se abandona con tal brevedad
que se pierde el sentido de la normalidad.

Qué difícil es conservar el éxito
porque pronto nos alcanza el fracaso
y entre uno y otro, nos hacen pedazos.

Lo que queda, amigo mío, es reconocer los polos
para poder conservar una dulce medianía
que nos permita menguar tan sobrada oscilación.

Fiesta

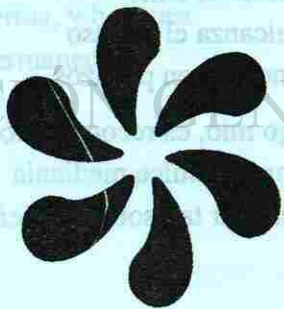
Fiesta porque el amor tocó a mi puerta
y le abrí con oportunidad y sin recelo
ya sabía de su paso apresurado
que no sabe de espera ni de excusas.

Fiesta porque duró un lapso prolongado
en el cual fui feliz, por qué negarlo
la entrega de caricias y promesas
fue recíproca y la creí sincera.

Fiesta porque pude aprender casi sin llanto
que ama más el que más da, no quien recibe
y que siendo los humanos tan iguales
diferimos por el grado de amar y su tardanza.

Fiesta porque cuando de mí te alejaste
creí que perdería el sentido de mi vida
mas pronto me enteré que con tu ausencia
la calma volvió a mí para mi dicha.

Fiesta porque volví a sentir la libertad
que da el sentirse independiente
porque de nuevo contemplo el horizonte
de los días tranquilos, tan cerca de mi mano.

**POEMAS****Y****NARRACIONES II****1997**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Fiesta

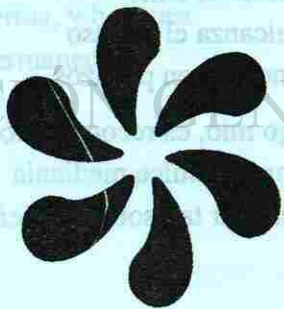
Fiesta porque el amor tocó a mi puerta
y le abrí con oportunidad y sin recelo
ya sabía de su paso apresurado
que no sabe de espera ni de excusas.

Fiesta porque duró un lapso prolongado
en el cual fui feliz, por qué negarlo
la entrega de caricias y promesas
fue recíproca y la creí sincera.

Fiesta porque pude aprender casi sin llanto
que ama más el que más da, no quien recibe
y que siendo los humanos tan iguales
diferimos por el grado de amar y su tardanza.

Fiesta porque cuando de mí te alejaste
creí que perdería el sentido de mi vida
mas pronto me enteré que con tu ausencia
la calma volvió a mí para mi dicha.

Fiesta porque volví a sentir la libertad
que da el sentirse independiente
porque de nuevo contemplo el horizonte
de los días tranquilos, tan cerca de mi mano.

**POEMAS****Y****NARRACIONES II****1997**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Fiesta

Fiesta porque el amor me abrió a mi puerta
y le abrió sus oportunidades y sus riesgos
yo me abrí de un paso apasionado
que no sabe de encera ni de momentos



Fiesta porque me dio la libertad
que da al espíritu independiente

porque de nuevo contemplo al horizonte

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

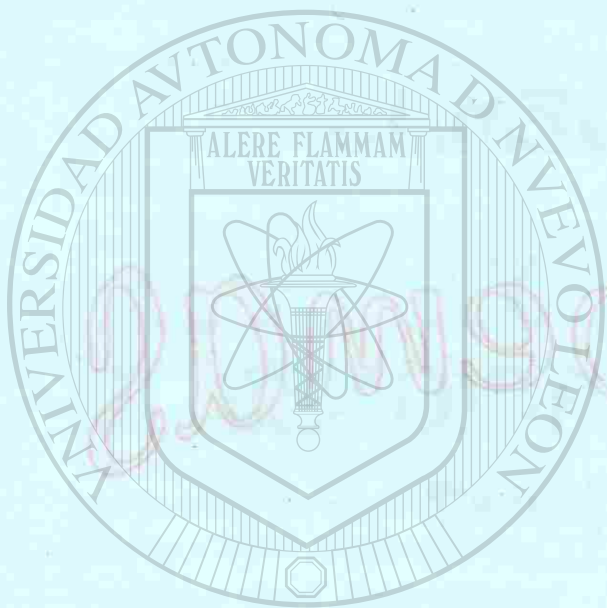
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Poemas

UANE

CAPILLA ALFONSO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tu voz

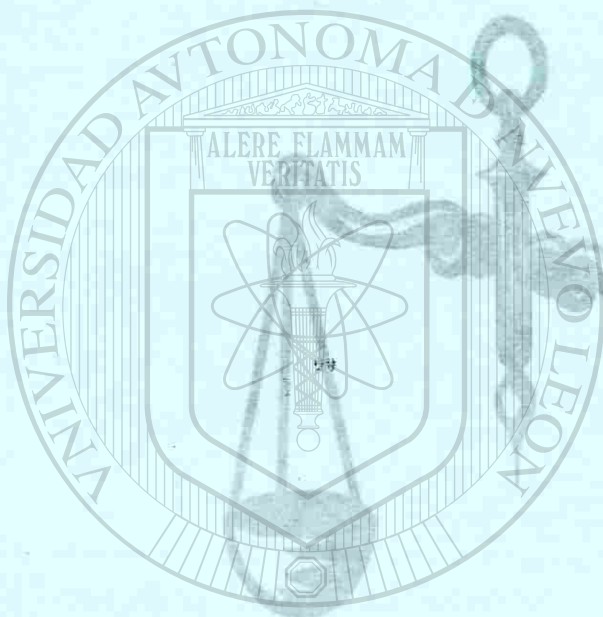
Tu voz...
El canto de ruidosos trinos
no plateada que cantando pasa
armonía vestida de multicolor
siente cocinar que se interna en un bosque
trabaja ardiente que no tiene
risa que acaricia con tal s
que si se queda es felicidad
-il se aleja, ella se perdió.

Tu voz...
Colompio que mece
ob juego
ción que cubre las viejas
transío de una toda vari
elijo de que las líneas
yo te...
cruza mi
turbas mi mente
al redición



Tu voz...
que mece
a complicidad
rompedis y las
ando que encamina la libertad
que traspasa paredes y puertas
E Me...
que mucho tiempo lo aprecio

CAPILLA ALFONSO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tu voz

Tu voz...

Recinto de ruidosos trinos
río plateado que cantando pasa
armonía vestida de multicolor
noche oscura que se interna en un bosque
melodía ardiente que no tiene fin
viento que acaricia con tal suavidad
que si se queda es felicidad
y si se aleja, ella se perdió.

Tu voz...

Columpio que mece tan bellos recuerdos
ola juguetona que viene y se va
mantón que recubre las viejas heridas
remanso que llena toda vaciedad
reflejo de tu alma tan limpia y sufrida
rayo repentino que cruza mi oído
trastorna mi ánimo y turba mi mente
para terminar en total rendición.

Tu voz...

Queja convertida en un gran suspiro
confesión que invita a complicidad
deseo que rompe las viejas cadenas
dardo que encamina la libertad
grito que traspasa paredes y puertas
que sale de un pecho abatido y triste
por que mucho tiempo lo apretó el silencio.

Poco y Mucho

Tú y yo fuimos perlas en el mar
 frutos de un huerto nuevo
 dedos de una misma mano
 cifras sumadas pero no multiplicadas
 hojas que el viento elevó al cielo
 y otro mal viento las aterrizó
 notas temblorosas de una dulce sonata
 huellas que no marcaron camino
 páginas de un libro nunca leído
 vértice de un ángulo no dibujado
 piedrecillas sin lavar ni pulir
 facetas de unos lentes sin usar
 par de sombras buscando la luz
 naufragos que no encontraron puerto
 cuerpos que se cansaron de amar
 almas que no supieron salvarse;
 mas tú sin mí, hubieras sido menos
 y yo sin ti, hubiera sido nada.

¿Sabes por qué sonríe un niño?

¿Sabes por qué sonríe un niño?
 Supongo que no, ni yo tampoco.
 Le he visto esbozar una sonrisa
 cuando embelesado contempla sus juguetes.

También se la he descubierto
 cuando parece que va a pedir algo
 lo mismo que al momento en que
 cansado llega su padre del trabajo.

Y, acaso, tú también la has encontrado
 en el fugaz instante en que parece
 que con sus tiernas manitas
 trata de romper algún objeto.

O tal vez, lo pescaste entretenido
 observando su entorno cabizbajo
 y en un segundo sin motivo aparente
 dibujó una enigmática sonrisa.

Y, dormido. ¡Cuántas veces no sonríe!
 Despertando así, la emoción de los adultos.
 Qué dulzura no habrá en su hermoso sueño
 que lo hace sonreír y así llenar su alma.

La Ciudad

Con la mirada clavada en ti
 en tus ojos apenas sí cerrados
 en tu rostro bañado de sudor de sangre
 me pregunto acerca de tu azarosa vida.

Cómo fue, Señor, que no supieron
 de tu amor, decoro, y castidad;
 cómo fue, Señor, que castigaron
 lo que sólo premiar se merecía.

Tu silencio, Señor, cómo me duele
 lo mismo tu regreso que no llega
 y los hombres alejados de tu mano
 dando tumbos y olvidando tu Palabra.

Pobrecitos, Señor, se inventan mitos,
 van de prisa y se llaman invencibles
 ya no buscan tu rostro sacrosanto
 porque pierden el tiempo ante el espejo.

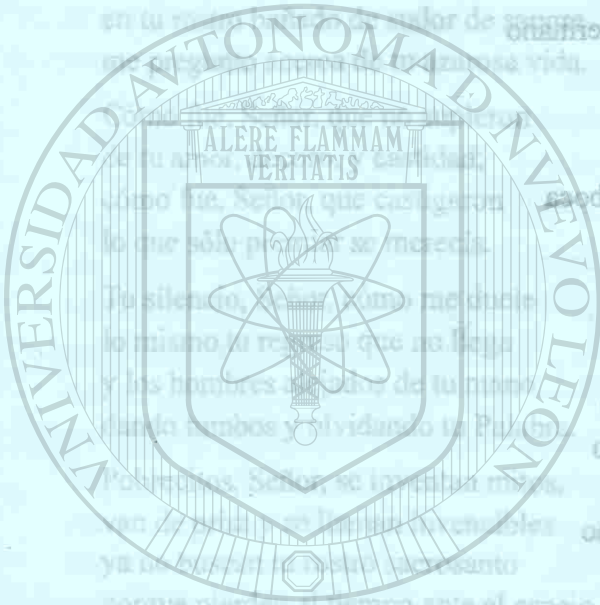
Son muy pocos los que hoy viven
 pendientes de tu Ley y tus promesas,
 mas viven en santa calma porque saben
 que la ciudad se salva por diez justos.

Abecedario

A Jesús yo me someto
 Bendiciendo su dominio
 Caro es a mis entrañas
 Dado que es Maestro y hermano
 En Él quiero reflejarme
 Feliz persigo su huella
 Garantía de mi fe.
 Habla mi corazón no mi boca
 Impecable es su palabra
 Jesús es resurrección
 Luz y paz brotan de ella.
 Llama nunca fatigable
 Mansedumbre inagotable
 Numen para todo humano
 Ópera siempre aclamada
 Partitura con olor a estreno
 Quimera hecha realidad
 Rosario nítido y fresco
 Susurro vuelto caricia
 Torre jamás quebrantada
 Uva nunca saboreada
 Vino rojo, sangre nueva
 Yo me adhiero siempre a Ti.
 Zócalo y soporte de todo vendaval.

Abecedario La Ciudad

Con la mirada clavada en ti
 en tus ojos aprinas el oxígeno
 en tu voz el calor de un
 día que se va en una vida.
 como fue, Señor que castigaron
 lo que sólo por ti se merecía.
 Tu silencio, Señor, me duele
 lo mismo al respirar que se llega
 y los hombres de tu mundo
 dando nombres al viduado te
 Pástor, Señor, se imanta más,
 van a buscar la luz en los
 ya no se ve el mundo sacrosanto
 porque pierden el tiempo ante el espejo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Historia de un saco gris

En su principio sólo fue un pedazo de tela, sin forma ni figura. Como buen casimir de color gris oscuro, esa que llamaban gris, don Sebastián se la mostraba a cuanto cliente lo visitaba. Pero en general, escogían otro de color más claro o incluso blanco. La tela estaba ubicada en el centro de la ciudad y como en ésta se daban muy pocos gastos, don Sebastián como le decían a don Sebastián era muy buscado.

El pedazo de tela se fue quedando por que era un pedazo que se usaba en la elaboración de un traje completo; después de un tiempo que estuvo guardado en la vitrina, don Sebastián decidió hacer un hermoso saco en talla mediana a fin de que si le gustaba a alguno de sus clientes, podérselo vender a un precio que sustentara el estilo conservado. Para garantizar su venta, eligió para el forro una tela de un tono más claro para que contrastara con el delgado y colocó un bolsillo interior cuya abertura fue cubierta con una botaneta, una simulaba adorno y la otra servía de tapa para el bolsillo.

Cuando terminó la hechura del saco gris, don Sebastián se lo mostró a don Sebastián, estaba muy gustado, como costumbre y costumbre, el cliente como costumbre y costumbre los botones discretos que invitaban al cruzamiento. El cliente también abierto y en fin, la calidad del casimir y el precio, don Sebastián le encantó el gusto, varonil.

El pedazo de tela se fue quedando en el aparador que daba a la calle, un letrero muy atractivo: Autorregálese una disonancia.

CAPILLA ALONSO

Historia de un saco gris

En un principio sólo fue un pedazo de tela, sin forma ni figura; eso sí, muy buen casimir de color gris oscuro, ese que llamaban gris oxford. Don Sebastián se lo mostraba a cuanto cliente lo visitaba, pero por lo general, escogían otro de color más claro o menos caro. La sastrería estaba ubicada en el centro de la ciudad y como en ésta ya quedaban muy pocos sastres, don Sebas como le decían a don Sebastián- era muy buscado.

Ese pedazo de tela se fue quedando por que era un retazo que no daba para la elaboración de un traje completo; después de un buen tiempo que estuvo guardado en la vitrina, don Sebastián decidió confeccionar un hermoso saco en talla mediana a fin de que si le quedaba y gustaba a alguno de sus clientes, podérselo vender a un buen precio.

Muchas horas le llevó realizar su tarea ya que deseaba hacer una obra de arte que fusionara el estilo conservador con algunos detalles modernistas para garantizar su venta. Eligió para el forro una tela suave de un tono más claro para que contrastara con el del saco y se le ocurrió colocar un bolsillo interior cuya abertura fue cubierta con doble lengüeta, una simulaba adorno y la otra servía de tapa para el bolsillo. Cuando terminó la hechura del saco gris, don Sebastián contempló con satisfacción su obra: estaba bien planchado, impecablemente cortado y cosido, el estilo entre tradicional y novedoso por los botones discretos que invitaban al cruzamiento pero que se veía elegante también abierto y en fin, la calidad del casimir y la del forro lo hacían totalmente deseable para el gusto varonil más exigente.

De inmediato el saco fue colgado en el aparador que daba a la calle con un letrero muy atractivo: Autorregálese este diseño exclusivo.

No obstante, el tiempo pasaba y el saco no se vendía; a veces porque el cliente regateaba y don Sebastián no quería bajar el precio y en otras, porque el comprador también deseaba el pantalón que hiciera el juego, cosa que como el pobre sastre no pudo conseguir material del mismo género, resultaba totalmente imposible.

Después de varios meses don Sebastián hubo de quitar el saco del aparador ya que el sol maltrataba el color, así fue como su hermosa creación fue a dar al perchero donde se colgaban otras prendas que le llevaban para composturas.

En la parte oriente del centro de la ciudad, justo donde residían don Sebastián y su esposa se pusieron de moda los robos a mano armada con motivo del desempleo, la crisis económica también, habremos de reconocer, que por ese instinto y mal deseo que tienen algunos seres de querer vivir a expensas de otro. Don Sebastián había conseguido reunir cierto dinero que juntaba para su vejez y la de su esposa, dinero que guardaba en su casa por su desconfiado de los bancos.

Un día, después de una charla que sobre este triste y lamentable asunto sostuvo con uno de sus clientes, se le ocurrió guardar sus ahorros en el saco gris, dentro de aquel bolsillo oculto que había cosido en el forro.

Esta precaución no tuvo tan buen éxito ya que a los tres días de haberla tomado, dos ladrones hicieron su entrada a la sastrería después de amagar a don Sebastián, se introdujeron al domicilio.

Cuando los delincuentes confirmaron que no había dinero en casa les entró tal indignación que empezaron a tirar al suelo todas las prendas junto con las prendas colgadas, fue entonces cuando uno de ellos tomó el saco gris y dijo que le gustaba. Don Sebastián intempestivamente gritó: -¡No, ese no! El ladrón le preguntó: -¿Por qué no? A lo que el pobre sastre, tartamudeando, respondió: -Es que mañana viene el dueño por él. El ladrón soltó una carcajada y dijo al otro: -Vámonos. No faltará quien nos de cincuenta pesos por él; está nuevo y parece fino. Don Sebastián cubrió su rostro con las manos para evitar delatarse.

Los ladrones salieron rápidamente y alguien de la calle gritó: ¡Policía! ¡Policía! Mas la voz fue ahogada por la pisadas de los transeúntes, silbatazos de agentes de tránsito, pitazos de automovilistas y demás ruidos callejeros. Don Sebastián se volvió triste y desconfiado; su esposa trataba de ayudarlo para que saliera de su depresión pero él no contribuía. Dos cosas le dolían y él mismo no sabía cuál más que otra: que se hubieran llevado sus ahorros o la obra que había realizado con tanto esmero. En efecto, ese saco le había llegado a gustar tanto que pensó estrenarlo en Año Nuevo si para entonces no se había vendido, sólo que nunca le pasó por la mente que al ser víctima de un robo, el ladrón o ladrones se pudieran interesar por ese saco.

El ladrón que se llevó el saco le dijo a su compañero que en cuanto lo vendiera le daría la mitad de lo que obtuviera. Se fue a La Lagunilla pero ahí sólo le ofrecieron como máximo quince pesos, decepcionado volvió a su casa y lo mantuvo colgado mientras pensaba qué hacer con él.

Después de varias semanas comenzó a cavilar sobre quién podría dar más dinero por ese saco gris y no tardó mucho en suponer acertadamente que el propio sastre victimado, ya que éste podría cobrar la hechura a su cliente además de complacerlo. Esa noche antes de quedarse dormido, se dijo: -Tengo que madurar bien esta idea, corro el riesgo de que me reconozca y llame a la policía.

Uno de los días en que abrió la sastrería don Sebastián -a parte del robo lo hacía con menor frecuencia- llegó un joven que deseaba mandarse hacer un pantalón. El sastre lo atendió sin mucho interés, mostró telas, dio plazo y precio, tomó medidas y anotó los datos en un pequeño diario de notas. Al momento de irse el joven y despedirse del sastre, éste le recordó que recogiera un envoltorio que dejó en el mostrador cuando le tomó las medidas. El joven al tomarlo dio paso a desenvolverlo al tiempo que decía: -Mire señor, hace poco compré este saco en cien pesos pero como me queda un poco grande no me he puesto... No sé si usted me lo quisiera comprar... Don Sebastián permaneció mudo por un rato. No podía creer lo que estaba viendo. En las manos de ese joven estaba el saco que había hecho con tanto esmero donde había guardado su dinero.

El ladronzuelo no hallaba que agregar; temía que aquel buen hombre lo reconociera; optó por salir de la situación con un aire desinteresado: -Si cree que no puede venderlo, entonces me lo llevo, no hay problema. El sastre reaccionó enseguida: -No, no; permítame enseñarlo a mi mujer y si a ella le gusta, verá si le completo la cantidad que me pide por él. Don Sebastián entró al domicilio y abrió la doble lengüeta del forro para buscar febrilmente su dinero, un vuelco dio al corazón al parparlo. ¡Está aquí! ¡Está aquí! Repitió su pensamiento varias veces. Del cajoncito de su buró sacó los cien pesos en feria

volvió al negocio para celebrar la compra. El fingido cliente le dio las gracias y prometió volver por el pantalón. Jamás lo hizo por lo cual no pudo enterarse de las bendiciones que le enviaba el sastre porque recobró no sólo dos cosas perdidas, sino también su salud y con ésta la alegría de su esposa.

De más está decir que don Sebastián estrenó el saco en Año Nuevo, un saco que le costó muchas horas de trabajo y creatividad, angustia y cien pesos.

CAPILLA ALFONSO

El Mexicano

Mientras que la aguja prensaba la órbita del disco que giraba dentro de la vistosa sinfonola y entonces brotaba una voz sensual susurrante que cantaba insistentemente: Bésame, bésame mucho como si fuera esta noche la última vez; una pareja bailaba demasiado junto y al parecer forcejeaba. Él decía: -Ándale, Catita, esta es nuestra noche; dime que sí a lo que te pido mira que te quiero bien, ¿acaso no tienes mi palabra de que regresando de los Estados Unidos nos casamos. Ella trataba de zafarse de aquel abrazo prolongado, pero no seguían los compases de la melodía, simplemente circulaban en un cuadrado de un mosaico celeste que hacía rato había perdido su novedad. La mujer permanecía callada mas en sus ojos se denotaba la angustia que implicaba desear hacer lo que no debía.

El hombre insistió de nuevo apretándola con mayor vehemencia: -En serio, te necesito Catita. Tú sabes que yo nunca ruego a nadie, además a qué le temes; tres años se pasan pronto, ¿sabes que ya me gané la beca, ahora no voy a salir con que no puedo ir. Qué dirá la maestra Aurora que tanto me ayudó. Ella callaba pero se defendía del abrazo con los codos y bajaba la cabeza de vergüenza. Nunca sospechó que él se pudiera ir al extranjero y menos becador; pero que se quisiera ir no lo dudaba pero de que se pudiera ir al extranjero siguiente, no, eso nunca se lo hubiera imaginado.

-¿Entonces? dijo él- ¿Pasamos esta noche juntos? ¿Sí o sí? La canción ahogó un sí apenas audible: Piensa que tal vez mañana y estaré lejos, muy lejos de ti; él lo leyó en sus labios y los cerró con los suyos. Subieron abrazados al cuarto de la azotea que permanecía solo desde que el anciano que vivía allí, hacía más de un año había sido trasladado a un asilo municipal.

Todo fue lento y angustioso; él pensaba en el otro país que tendría que conquistar para volver vencedor; ella en la incertidumbre que la estrangulaba al no saber lo que podría pasar en tres largos años. Casi al alba se escuchó un ¡Gracias, Catita! y un Tú lo quisiste, Víctor. Ambos salieron de prisa y con un sabor de amor prohibido que les iba a durar por mucho tiempo.

Una a una se arrancaron las hojas del calendario y la vida lastimó a Catita. Ella esperó a Víctor los tres años pero él no volvió; escaseó el trabajo y ella hubo de servir las mesas en el tendajón-depósito-restaurant con pista de baile, donde una noche le dio el sí a Víctor. Y allí fue donde otro hombre -don Gabriel- también iba a servirse de su jovial belleza. Primero se mostró gentil, luego le habló de matrimonio, después exigió la prueba de amor y Catita por sincera y leal, le contó su frágil experiencia. Él se mostró comprensivo y también una noche, bajo el compás de la canción de Velásquez hubo de decir que sí. Este sí cuánta amargura cobraría. Cuando satisfizo los deseos de aquel hombre, éste no se portó como tal. Le hizo ver que él no podría casarse con una mujer capaz de cometer el mismo error dos veces; además le echó en cara que la responsabilidad para darle su nombre, sólo cabía en el primero que la sedujo. Catita comprendió que en esto él tenía razón y también en haber utilizado la palabra seducción.

A los cinco años, cinco meses, y cinco días regresó Víctor de los Estados Unidos; vino muy cambiado, parecía que en vez de ese tiempo hubieran transcurrido más de diez años. Cuando buscó a Catita, ésta ya sabía de su regreso y no quería verlo; por eso faltó al trabajo reportándose enferma. Víctor no se creyó lo de la enfermedad y se encaminó hacia su casa. Tocó al tiempo que entraba, la puerta no

estaba entrancada y ahí estaba ella con los ojos hinchados de llorar el pañuelo escurriendo en gotitas de cristal. Él se cohibió y por entrar en confianza comenzó a contar de sus penas en el extranjero de la falta que le hizo ella para poder respirar con gusto, de cómo fue que perdió la beca.

Lo contó a su manera; era víctima de sistemas educativos inoperantes; se calló lo que había transado aquí cuando comenzó a destacar en la clase de inglés: Tenía un libro como el de la maestra, lecciones traducidas en la página de enfrente; por eso sus tareas eran impecables; la maestra achacó su falta de verbalización a su carácter introvertido y lo empezó a ayudar con altas calificaciones e incluso en el momento de escoger entre cinco candidatos no tuvo empacho para preferir a Víctor, el alumno que la llamaba "su maestro inolvidable". Por supuesto que más de una vez dudó de si él tendría el éxito esperado, pero apoyaba su elección en que dentro de una sociedad en que la comunicación es en inglés, todo hablante aprende necesariamente.

Catita parecía no escucharle; no le importaba lo que hubiera pasado allá sino lo que ella tuvo que pasar aquí. En ese momento ella odiaba a don Gabriel y en él a Víctor y a todos los hombres. Él continuaba: allá las maestras querían pura perfección cuanto trabajo presentaba que sus compañeros decían que estaba bien, ellas le ponían menos de ochenta que era el pase o menos de noventa que era el mínimo para la conservación de la beca. Él que querían embromarlas como lo hacía aquí pero allá eran más duras; decían ensayo, analiza el ensayo, redacta un ensayo, critica este ensayo y palabra ensayo le cansó y lo llevó a la pérdida de la beca.

Fue entonces cuando Catita reaccionó y le preguntó: -Y, ¿Por qué no te veniste? Él le contestó con otra pregunta: -Y, ¿Mi orgullo? Todos sabían que volvería en tres años, qué hubieran dicho si regreso antes; no, pues me quedé y viví las de Caín; la hice de lavaventanas, lavacoches, lavatrastes y hasta de mesero, de esto me pude sostener gracias a las propinas. Pero tú de qué te quejas, yo te veo igual que siempre y ya ves, apenas ayer llegué y ya te vine a buscar.

Catita no quería decirle ahora la verdad que amenazaba con salirse del pecho y le dijo: -Mañana ve al tendajo, ahí nos vemos y te cuento todo. Otro día por la noche Catita se arregló lo mejor que pudo, se soltó el cabello, se puso su mejor vestido aquel que lució en la noche que Víctor se despidió; mas lo que no pudo arreglar fue el nudo que se le formó en la garganta desde que supo que él había regresado.

Cuando Víctor llegó al lugar de la cita se dirigió a la sinfonola y echó unas monedas eligiendo su canción. En seguida preguntó por Catita y ésta salió. Él le dijo: -Me lo cuentas bailando.

En la pequeña pista sólo estaban ellos y Catita en voz baja le dijo que ya no era la misa. Él protestó: -Cómo que no Catita, si podemos hacer de cuenta que el tiempo no pasó; oye nuestra canción y la comenzó a besar. De la sinfonola la misma voz sensual y susurrante de aquella noche lejana volvía a repetir: Bésame, Bésame mucho, que tengo miedo perderte, perderte después. La mujer quiso herirlo y le dijo: -Después de ti, ha habido otros -enfaticó otros para que más le doliera-; no escribías, no volvías y no te pude esperar. Él la

fue soltando poco a poco, se separó algunos metros y dejando billete en la mesa que ocupaban se encaminó a la puerta de entrada y salida. Fue entonces cuando Catita, armándose de valor, le gritó a sorna: -Si podemos hacer de cuenta que el tiempo no pasó. Él bajó la cabeza y se detuvo. Recordó en ese instante las aventurillas, filtros y romancillos que tuvo en el extranjero; en ninguno había empeñado su corazón porque ya tenía un nombre: Catita. Repentinamente dio media vuelta y le dijo: Así es. Así lo quiero. Si tú quieres casarnos pero si no, aún es tiempo de marcar nuestros caminos. En ese momento ella fue ella la que se acercó y lo besó en la boca con pasión incontenible, como si fuera esa noche la última vez.

Con los pies limpios

Tenía tres días de haber llegado a ese pueblo y ese mismo tiempo sin comer. Caminaba lentamente por la fatiga y la debilidad acumuladas. Su aspecto era de descuido y no era para menos; lo único que sabía hacer era lavar carros y desde que llegó la lluvia no paraba por lo cual nadie daba sus autos a lavar.

Además del hambre, el frío y la lluvia también mermaban sus fuerzas. Nunca había robado pero meditando en su situación, llegó a comprender que esa opción no sería tan imposible. Recordó algunos latrocinios publicados que le había tocado leer. Podría entrar en algún comercio y gritar: -¡Esto es un asalto! Empuñando una falsa pistola dentro del bolsillo de su pantalón; después de cometido el delito salir corriendo y... detuvo su pensamiento. El verbo correr no le satisfizo, no en sus condiciones, llevaría las de perder.

La lluvia comenzó a menguar y principió el movimiento de gente. Se sentó en una de las mojadadas, por lo mismo desocupadas, bancas de la plazuela que rodeaba el atrio de la iglesia. Era Jueves Santo y los fieles esperaban la hora de la misa. Sonó el aviso de la primera llamada. Las campanas se oyeron tristes, melancólicas y lentas, significaban el augurio de la muerte del Señor en Viernes Santo.

Andrés las sintió más dolorosas, el gruñir de tripas sirvió de acompañamiento a esos delicados sonidos y casi estuvo a tiempo de absorberlos. Determinó que su situación era insostenible por más tiempo y levantándose, caminó hacia el lado oriente de la plaza. Justo a una cuadra y al voltear se encontraba una tiendita que él ya había observado.

Camino sigilosamente; no desconocía los riesgos que correría al cometer un atraco; mas empezó a sentir rencor por los que pasaban en auto o por los que transitaban por la acera revestidos de comodidad y placer que causa llevar limpias y caras prendas y estómago bien saciado.

Refunfuñando dio la vuelta a la esquina y metió su diestro bolsillo; la resolución había sido tomada. Pese a la humedad y al viento que comenzó a soplar, su rostro mostraba gruesas gotas de sudor que él no se preocupó en secar.

Parado en el dintel de la puerta dio una ojeada tanto al interior de la tienda como al exterior; suspiró aliviado, la calle estaba vacía y en la tienda sólo estaba el comerciante quien leía el periódico. En esa ocasión hace al ladrón, se dijo para tranquilizarse y entró decidido que violento. Ya frente al lector le espetó: -Deme lo que tenga o aquí se muere. El comerciante lo miró con estupor; avertió el periódico sobre el mostrador y abrió el cajón donde guardaba el dinero fue un solo acto. Nervioso entregó la venta del día, Andrés guardó bruscamente en uno de sus bolsillos y salió corriendo como si lo persiguiera el diablo.

Pasado el susto, el comerciante salió a la esquina y sopló el silbato que guardaba para emergencias como la que acababa de pasar. A una cuadra más atrás venía la unidad policíaca que hacía rondas por ese rumbo; el comerciante esperó a sus ocupantes para que lo auxiliaran. Él les dio santo y seña del malhechor y les dijo que huyó hacia la iglesia. Los patrulleros se dirigieron allá y después de buscar al sospechoso por los alrededores de la iglesia, optaron por no entrar a ésta.

El lugar estaba abarrotado. La gente -después de una lenta procesión- aguardaba el lavatorio de pies de los modernos apóstoles que ya estaban sentados en los lugares predispuestos. Todos vestían atuendos sencillos y lucían un rostro sereno y limpio, todos con excepción de uno: el primero de la fila izquierda; ése lucía una profunda tristeza y una palidez de muerto. Sus labios temblaban como si musitaran una oración.

El sacerdote inició la ceremonia anual con toda devoción y respeto; su ayudante corría la tinaja a medida que el ministro de Dios avanzaba en su humilde tarea. No levantaba la vista, sólo cuidaba de realizar el lavado con esmero y lentitud. Al llegar al primero de la fila izquierda notó el temblor del fingido apóstol y lavó sus pies con mayor cuidado. Los patrulleros habían recorrido el templo sin encontrar a nadie con las señas dadas por el comerciante. Uno de ellos recorrió con la vista la fila derecha de los hombres sentados paralelamente junto al altar y cuando se disponía a recorrer la fila izquierda casi convencido de que allí no podría encontrarse el ladronzuelo- lanzó un grito a su compañero, grito que fue escuchado por muchos de los asistentes: -Allí está, rápido Tomás.

El sacerdote apenas se dio cuenta de lo que pasaba, concentrado en su labor no notó cuando Andrés se levantó y corrió hacia la salida del templo. El compañero de Tomás corrió detrás del que huía al mismo tiempo que iba sacando su pistola para quitarle el seguro. Afuera, temiendo que se le escapara, le gritó: - Párate o disparo. Andrés no hizo caso a la amenaza y el patrullero -quizá por falta de experiencia o por prepotencia- disparó.

El cuerpo de Andrés se desplomó justo en la puerta de acceso al atrio, la bala entró en el pulmón y salió por la tetilla izquierda. Fue una muerte tan instantánea como inexplicable.

Tomás llegó unos segundos después y preguntó a su compañero: -¿Qué has hecho? No obtuvo respuesta pero por su mirada perdida del policía comprendió que éste ya se había dado cuenta de su error. La gente que escuchó el disparo salió con prisa y temor, quería enterarse de lo que pasaba y de primera mano.

Andrés parecía dormido. De no ser por el hilillo de sangre que brotaba de su pecho y se extendía por su brazo izquierdo, nadie diría que era un muerto. Alguien gritó: -Hay que llamar a la policía. Otro dijo: -Si ya está aquí. Uno de ellos es el asesino.

El cuerpo de Andrés yacía inmutable; sus pies habían perdido el calzado en la carrera; eran los de un hombre no agraciado, hambriento, falto de moral por un momento, que se encontró desafortunadamente, con otro parecido. Ahora ya no padece hambre y aunque se fue con las manos sucias, nadie podrá negar que abandonó este mundo con los pies limpios.

Peregrina

Caminas triste y lentamente, pareces zombie. Ni siquiera fuiste al estacionamiento a recoger tu auto; sólo sabes que a partir de lo que te dijo el médico comenzaste a sentir un sofocamiento extraordinario que por hoy te ha tomado de compañera. Los segundos que te llevó bajar por el ascensor te parecieron siglos; veías que todo se movía a tu alrededor y tú misma sentías la necesidad de moverte para sentirte viva.

La calle está concurrida. Ignoras si vas al norte o en otro sentido. Te dices: -Es igual. Alguien que pasa junto a ti te da un golpe con su bolso; oyes un ¡Disculpe! pero no lo escuchas. Vas embobada- lo malo es que no se debe a que hayas encontrado la felicidad, sino todo lo contrario.

Es una cuadra larga, interminable; como autómatas avanzas cabizbaja, sin rumbo ni brújula. Ahora eres tú quien ha pegado a otro, no te molestas en disculparte, no en este momento en que es la vida la que debe disculparse contigo.

Apenas tengo veinticuatro años, repites en todos los tonos aunque sólo en tus oídos se registren. Te niegas a decir adiós a los hermanos, a las amigas, a las flores, a la música, a la pintura, a las nubes, al cielo y al mar. El no es justo, yace agazapado en el subconsciente, aún no se atreve a salir.

Cruzas la primera avenida en medio de otros que te llevan, te empujan; ignoras si tienen conciencia de su empuje, de su influencia.

Calculas cómo van a quedar tus soñados proyectos; buscas la palabra idónea, batallas, tu agitación se ha duplicado. Sabes que el calificativo comienza con t pero no lo hallas en tu vocabulario ni siquiera en el de reserva. Para no fastidiarte más te dices: -Nada, pero que en eso van a quedar, en proyectos. Mas tu subconsciente traiciona y elige por ti la palabra: Truncados. Como eco te la repite varias veces. Te duele, no sólo la vida está contra ti, sino también el mundo, este mundo que te ha enseñado todos los sustantivos y todos los adjetivos con los que podrías vencer a muchos pero no a todos, a ti misma pero no siempre.

Alguien te pide ayuda, ni siquiera lo ves; cómo se atreve a pedirte a ti. Hoy, cómo hoy, que recibes una noticia que te hace detener tus proyectos para revestirlos de utopías. Recuerdas la escena bíblica donde una mujer por voltear a ver la ciudad pecadora y llamar fue convertida en estatua de sal. Sí eso eres ahora, una estatua viviente por ocho semanas.

Cruzas otra avenida. Piensas en la navidad que ya no te toca vivir, en el bazar navideño que ya no visitarás, en la cena que ya no prepararás, en el vestido que no estrenarás, en el viaje que queda en suspenso como ahora te sientes. Sí, es como si te hubiese dicho: Queda usted suspendida. Así has quedado: interrumpida, pausada, engarrotada, estatualizada, empedrada, encadenada, truncada. Cómo te duele esto último.

¡El Año Nuevo en Europa! Qué anuncio. Ésta no sufrirá porque tú abandones este mundo sin conocerla, como tampoco Sudamérica ni África. Así que, así son las cosas- te dices con sarcasmo. Prepara esto, prepara lo otro, inicia aquello, principia estotro, para después: cataplúm, tu plazo llegó al término. El dolor

de cabeza se volvió más agudo; quieres cerrar los ojos pero eso te provoca mareo y puedes caerte, además no deseas detenerte, intuyes que mientras camines todo estará bien.

Cruzas otra avenida. Ni siquiera notas que hay menos movimiento de gente y de tráfico. Las palabras del médico que sirvieron de respuesta a tu pregunta: -¿Cuánto me queda? fueron muy claras: -Ocho semanas. Te preguntas que son ocho semanas, dos meses o sesenta días. No, no sirven para lo que tienes pendiente. Unas indiscretas gotas transparentes salen de tus ojos, las secas con la punta del chaleco, te niegas a sacar un desechable de tu bolso.

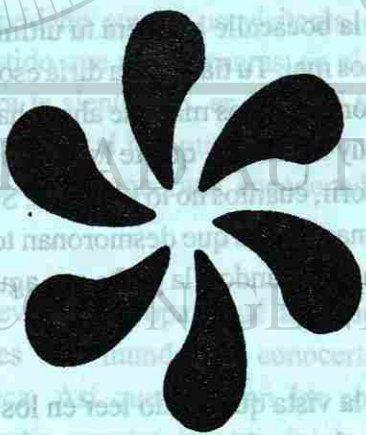
Una pequeñita luz se infiltró en tu cerebro y encendió la esperanza. Si el médico se hubiese equivocado y en lugar de ocho semanas pudieran ser ocho meses. Y, si las radiografías fuesen de otro paciente y no tuyas, se han dado casos. Claro que desconoces las estadísticas, pero es que un ahogado le da a todo.

Llegas a la bocacalle que será tu última avenida. Estás en la etapa de los menos mal. Tu tía Rufina diría eso con muy buena fe. Ya la oyes desde ahora: -Menos mal que ahora hay tratamientos, que la medicina está muy avanzada, que te lo dijeron a tiempo, que sabes de lo que vas a morir, cuántos no lo sabemos. Sientes las punzadas en la cabeza como martillazos que desmoronan todo tu cerebro. Por un instante te detienes imitando a la gente que aguarda la luz roja de los automovilistas.

Levantas la vista queriendo leer en los rostros ajenos lo que esconden debajo de sus líneas, mas la bajas en seguida, en esto siempre fuiste analfabeta. De pronto los demás atraviesan y en su

Marcha te arrastran; te sientes bien, tu instinto gregario se complace. Sin saber porqué dejas de apretar el paso; quizás por cansancio, no lo sabes. Los demás avanzan a la banqueta mientras tú te has quedado a mitad del crucero.

Alguien grita: -¡Cuidado! Grito que fue todo inútil. Tú lo oíste pero no lo escuchaste. Tu pensamiento como serpiente venenosa levantaba su testa para ensartar su ponzoña y sientes un suave viento que te levanta y luego te deja caer en un pavimento que para ti ya no es frío ni caliente. El médico te dijo ocho semanas de vida y Dios te concedió sólo ocho minutos para evitarte los sufrimientos y la humillación de los tratamientos hospitalarios. Descansa en paz, peregrina. Ni siquiera tuviste tiempo para que aflorara la pregunta de rigor: -¿Por qué a mí?



POEMAS Y NARRACIONES III 1998

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



Miraba te arrastran; te sientes bien, tu instinto gregario se cumple. Sin saber porqué dejas de apretar el paso; quizás por cansancio, no sabes. Los demás avanzan a la ligera mientras tú te has quedado a mitad del cruce.



POEMAS

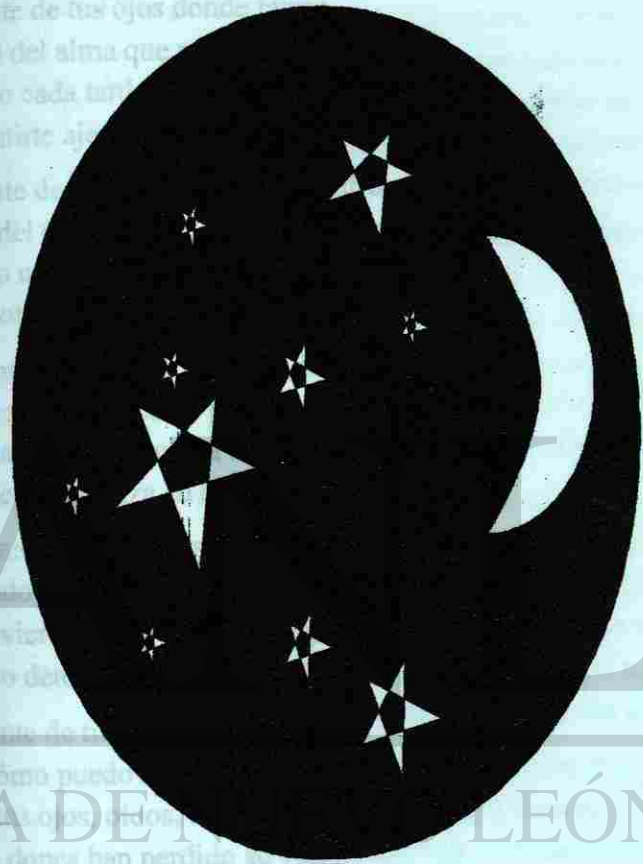
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Desvivir

Pendiente de tus ojos donde busco
la mitad del alma que me falta
te saludo cada tarde con arrojo
para sentirte ajeno como el viento.

Pendiente de tu oído, donde encuentro
la casa del escucha más atento
te arrojo mis palabras, una a una
que rebotan como globo en el asfalto.

Pendiente de tu boca, presto oído
por ver si ya te importo poco o algo
mas tu aliento me quema dulcemente
y mi mente paraliza su quehacer.

Pendiente de tus manos, yo me veo
siguiéndolas cual imán a los metales
las convierto en palomas, flores, canto
y quiero detenerlas en las mías.

Pendiente de tu vida, ya no vivo
pues cómo puedo hacerlo vida mía
si por tus ojos, oídos, boca y manos
ya mis dones han perdido su valor.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La calle

La calle estaba dormida
y en su sueño, paso a paso, recordaba
que en otros años más activos y reactivos
la gente se movía con aplomo
en la mano la pancarta bien alzada
y en su boca la defensa de su anhelo.

Cada pisada de adulto, viejo o infante
la dañaba sutil y dulcemente
se pensaba útil, se sentía viva
y, sin que otros lo supieran
escondía con rubor algunos baches
para hacer menos fea su presencia.

De pronto se escuchaban grandes voces
comenzaba la lluvia de pedradas
hombres con máscaras interrumpían en las filas
los gases cumplían su faena
y el orden silencioso de la marcha
se rompía en una bocanada.

Después ella quiso dejar de ser testigo
pensó en colaborar y abrió su cuerpo
deseando defender al reprimido
pero su acto sólo pudo conseguir
que las víctimas cayeran más a fondo
y la bota se impusiera a la razón.

La calle despertóse muy cansada
en sueños realizó una proeza
sus ojos conocieron lo que es llanto
y queriendo olvidarse del mal sueño
se estiró con pereza, lentamente,
prefiriendo no meterse con humanos.

Belén

Qué hermoso día en que nació Jesús
y más aún el espacio en que apareció
en su nombre lleva la **B** de su belleza
y también las **L** y **N** de luz y de numen.

Belén es el nombre del santo lugar
tal como Jesús lleva cinco letras
si contáis vocales ambos llevan dos
y las consonantes se quedan en tres.

La **J** de júbilo la lleva Jesús
pues Él nació alegre de ver a María
quien en su nombre repite la **A**
por llevar en ella toda angelidad.

Y aquél lugarcito de poca importancia
se vuelve gigante, se transforma en miel
porque quién que sabe lo que fue Jesús
no quisiera amarlo en el buen Belén.

Desafío

Te reto a no entender lo que tú lees
a pensar sometiéndote tu sensibilidad
a no asombrarte con el sol de cada día
a enmudecer ante la risa del infante
y a sacudir la voz de mi presencia.

Te reto a no pasmarte ante el abismo
a no bajar tu vista ante el misterio
a romper el silencio de los dioses
a salir de la tierra mentalmente
y a no verte en mis ojos reflejado.

Te reto a caminar tan lentamente
que parezca que arrastras tu existencia
con un peso invisible y tormentoso
que te obliga a ser paciente y sosegado
y a separar tu mano de mi mano.

Te reto a descansar serenamente
olvidando los ruidos y el desorden
tu cuerpo ausente de deseos
tu alma nueva como flor en brote
y a mirar el horizonte juntos.

Te reto a que me quieras hondamente
con todos mis errores y defectos
olvidados los dos de desengaños
pagadas totalmente nuestras culpas
y bañados por la brisa nocturna.

Días robados

Ensayo de ausencias son los días de viaje
dejar de ser uno para ser el otro
reversión del tiempo y también del espacio
se sueña distinto, se piensa diverso.

Durante ellos renacen ideas creadoras
el mundo se expande, se vuelve variado
la rutina huye, se olvida el trabajo
que es sustituido por grato descanso.

Las horas se esfuman con cara risueña
entre actividades de mayor placer;
el movimiento genera nuevas energías
entre dulces brindis, paseos y tiendas.

Después comprendemos que todo termina
se llegó el momento de empacar todo
lo nuevo y lo viejo se va a la maleta
y nos asombramos de desear la vuelta.

Cundo recobramos la calma al regreso
estamos felices de encontrar aquello
que alegres dejamos en manos divinas
mientras que cortábamos a la vida un gajo.

Vacante

Si porque te quise tanto
te has atrevido a pensar
que dentro de mi corazón
no hay cabida para otro
te equivocas cien veces, pobre iluso
porque en él aún existen recodos
que tú jamás advertiste.

En uno de ellos ya existe
un rótulo de vacante

para que otro más valioso
mañana ocupe tu lugar
ven a ver que estoy de fiesta
pues mi hermana ya volvió
cuyo nombre es Libertad.

De verdad quiero que vuelvas
porque en mi morada dejaste
libros, fotos y recuerdos
que no quiero que otro encuentre
cuando ocupe tu lugar
no sea que por torpes celos
quiera herir tu vanidad.

Vuelve pronto y vete igual
que ya siento las pisadas
de alguien que promete ser
más veraz y diferente
por eso tu adiós me dejó
un grato sabor de boca.

La pedrada

No era para ti, fue un mal azar;
escuchaste el enojo de tus hijos
corriste a poner paz, tu noble anhelo
y la piedra con tu frente se topó.

No era para ti, fue un mal instante
en que una mano extraña a los hermanos
misteriosa, diabólica y traidora
desvió la ruta del puñal de piedra.

No era para ti, y sin embargo
después de un breve nublado de tu mente
te levantaste y con ánimo sonriente
juntaste entre lágrimas y sangre las manos infantiles.

No era para ti, pero supiste reaccionar
con el amor que siempre te inspiraron
los hijos conformados en tu vientre
que ese día te marcaron en la frente.

Si no volvieras

Si no volvieras el sol seguirá brindando
su derroche de luz en borbotones
inundará de energía a gente y Tierra
mas yo no lo veré porque no estás.

Si no volvieras el ave cruzará el firmamento
lucirá su plumaje de colores
entonará con dulzura algunos trinos
mas yo no escucharé porque no estás.

Si no volvieras la rosa sonreirá a cada aurora
orgullosa mostrará su recio tono
soltará con premura el suave aroma
mas a mí no llegará porque no estás.

Si no volvieras la lluvia azotará los ventanales
donde juntos pusimos nuestros nombres
envueltos en capullo cual coraza
mas no me tocará porque no estás.

Si no volvieras la vejez presurosa llegará
a entorpecer con coraje mi memoria
querrá borrar tu sabor de mi existencia
mas no consentiré, pues sé esperar.

Mi tesoro

Las mañanas son hermosas
porque me acompañas tú
por las noches hay tristeza
porque me abandonas tú.

Yo no sé por qué razón
de mis manos te me vas
si conmigo tienes todo
si te regalo mi yo.

Mira si te quiero bien
que mis lágrimas enjugo
siempre muy lejos de ti
para tu amor no matar.

Y hasta al ángel de mi guardia
le he pedido yo por ti
que acompañe siempre al tuyo
para que el mal no te llegue.

Dime si te quiero mal
dime si bien no te quiero
que sólo por ti deseo
apostar lo que poseo.

La amistad

La amistad es una nube
cuyo presagio es lluvia
pero lluvia de amor.

La amistad es un río
que corriendo pasa
pero se detiene a escuchar.

La amistad es un lazo
que une con libertad
pero ata fuertemente.

La amistad barreras supera
de edades y de espacios
pero ella es atemporal.

La amistad bien nos sostiene
en el llanto y en la risa
porque sabe a eternidad.

La amistad no puede ser artificial
ni tampoco secreto a voces
porque diáfana brilla como el sol.

La amistad es un remedo de amor
pero perdura más que éste
por su sello fraternal.

La amistad es para siempre
un amigo borra toda soledad
y es el ancla que nos hace descansar.

¡Me porto bien!

Niño gigante, te miro y me provocas llanto.

¿Quién te colmó de pájaros la cabeza?

¿Por qué dice tan poco tu sonrisa,
y tu mirada perdida me conmueve?

Acaso yo puse mi mirada triste en tu pupila.

Tal vez tu titubeo nació en mí.

Quizás sea yo la que me ofusco
por algo que tú apenas advertiste.

Miro tus manos cual palomas agitadas
en busca de cariño y de sosiego
y quisiera aquietarlas con las mías
mas yo he quedado fuera de tu mundo.

Y el torrente de mis dudas golpea.

Si yo no soy feliz. ¿Lo eres tú?

La respuesta se escapa de mi mente
y no puedo calcular los porcentajes.

Ayer me diste la paz en una misa
solicitaste un cambio de monedas.

No sé qué temor leíste en mi rostro
que te llevó a exclamar: ¡Me porto bien!

A la luna

Meina de la noche, sustituto solar
cuántas veces te busqué para contarte
cómo es la vida aquí en nuestro planeta
pero tú me escuchabas silenciosa.

Tu silencio me calaba como espina
que se clava un poco más en cada día
entonces suspiraba melindroso
verte hermética y enigmática.

pero el hombre supo llegar hasta tu trono
desnudó la superficie de tu cara
retornó, según él conquistador
porque el orgullo ocultó lo que perdió.

Sobre satélite de mi pobre planeta
tú ya ha salido devaluado y despreciado
el foco se dirige ahora a Marte
me da tanto de que hablar de sus marcianos.

Una vez Alunizar fue nombre nuevo
lo mismo que aterrizar y amarizar
seguro que después del nuevo siglo
urgirán Saturnizar y Plutonizar.

No obstante, Luna querida, yo te admiro
porque sé que por mucho que te ofendan
con sus plantas mancillen tu morada
te seguirás alumbrando el amor, aquí en la Tierra.

La mujer

Se te llama débil
se te cree frágil
pero los que así te llaman y creen
no saben que Dios te ha dado
un roble por corazón, recio y maduro,
para que tú con tu ternura sola
le metas el hombro al hombre
en sus quehaceres humanos.

Por ello te esmeras en tu labor cotidiana
dialogas, cocinas y también estudias
poniendo el ejemplo con tu cara alegre
para que en el mundo tu huella se quede
en cada familia por donde transitas
en cada oficina por la que atraviesas
y por cada templo donde arrodillada
alabas a Cristo que en tu sangre llevas.

Recordatorio

Señor yo sé que tú sabes
de mis carencias y limitaciones
de mis yerros, omisiones y pecados
mas como padre amoroso tu perdón me regalas.

Señor, cada mañana te complaces
en donarnos el aire, el agua, el sol,
de los pájaros sus gorjeos armoniosos
de las flores su aromático color.

Señor cada noche nos permites admirar
el silencioso descanso de los campos
el brillante poblado de tu cielo
envías el sueño como ensayo de la muerte.

Y así, Señor nos bendices con tus dones
en contar nuestras culpas y mentiras
olvidando lo voluble del humano
nos demuestras tu cuidado paternal.

Yo quisiera, Señor, que me permitas
convertirme en un hijo agradecido
si acaso lo olvidara algún momento
instante refrescaras mi memoria.

Al Maestro

¡Oh Jesús! Dos mil años tu Palabra
nos enseña cómo vivir en armonía
y dos mil años no hemos comprendido
que la paz sólo se compra con amor.

¡Oh Jesús! Tú nos diste el camino ya marcado
el dolor nos purifica y santifica
pero la humanidad camina a ciegas
pues pretende hundirse en los placeres.

¡Oh! Jesús! Tu amor te obliga a perdonarnos
una vez y setenta veces siete
mas el hombre clama por venganza
y la avaricia es señora de la casa.

¡Oh Jesús! Tu curso vivificante, por muy pocos
puede ser tomado y aprobado
ya que el humano se pierde entre sus vicios
y muchos ni siquiera se inscribieron.

¡Oh Jesús! Si tu cátedra pudiéramos beber
cual el agua que te dio la samarita
entonces obtendríamos el pase
que sólo se consigue con amor.

No, pos sí

(Continúa)

¡Que bueno! que volvió la matriz, compadre.

No, pos sí.

¡Ah, qué mi comadre! Si yo nunca dije que volviera. Aquí
me trajeron a mi hijo y a mi compañero, Ceme, usted decía, compadre.
¡Todo lo que brilla es...!

No, pos sí.

Lo bueno fue que usted tuvo la ocurrencia de recibirlo como
un prodigo; sin rencor, por el contrario. Se entienda que lo hizo

porque ellos que culpa tienen. Ahora, que si usted fuese

un poco más duro le habría hecho pagar y nadie se lo

habría olvidado. ¡Estaré en el mundo por muchos años!

¡Estaré en el mundo, sólo para algunos cuantos y ya se sabe que

los peregrinos que se tienen que pasar. Usted se lo hizo ver a la

matriz, ¿verdad? ¡Usted parió un hombre de los que si no son

de los que se ahogan en un vaso de agua, y

¡mucho puso de su parte con haberme llevado a la

matriz, recuerdo que yo le dije: -Está que no lo calienta ni el sol.

¡mucho puso de su parte con haberme llevado a la

matriz, recuerdo que yo le dije: -Está que no lo calienta ni el sol.

¡mucho puso de su parte con haberme llevado a la

matriz, recuerdo que yo le dije: -Está que no lo calienta ni el sol.

¡mucho puso de su parte con haberme llevado a la

Narraciones

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Al Maestro

¡Oh Jesús! Dos mil años tu Palabra
nos enseña cómo vivir en armonía
y dos mil años no hemos comprendido
que la paz sólo se compra con amor.

¡Oh Jesús! Tú nos diste el camino ya marcado
el dolor nos purifica y santifica
pero la humanidad camina a ciegas
pues pretende hundirse en los placeres.

¡Oh! Jesús! Tu amor te obliga a perdonarnos
una vez y setenta veces siete
mas el hombre clama por venganza
y la avaricia es señora de la casa.

¡Oh Jesús! Tu curso vivificante, por muy pocos
puede ser tomado y aprobado
ya que el humano se pierde entre sus vicios
y muchos ni siquiera se inscribieron.

¡Oh Jesús! Si tu cátedra pudiéramos beber
cual el agua que te dio la samarita
entonces obtendríamos el pase
que sólo se consigue con amor.

No, pos sí

(Continúa)

¡Que bueno! que volvió la matriz, compadre.

No, pos sí.

¡Ah, qué mi comadre! Si yo nunca dije que volviera. Aquí
me trajeron a mi hijo y a mi compañero, Ceme, usted decía, compadre.
¡Todo lo que brilla es...!

No, pos sí.

Lo bueno fue que usted tuvo la ocurrencia de recibirlo como
un prodigo; sin rencor, por el contrario. Se entienda que lo hizo

porque ellos que culpa tienen. Ahora, que si usted fuese

un poco más duro le habría hecho pagar y nadie se lo

habría perdonado. Pero para algunos cuantos y ya se sabe

que se tienen que pagar. Usted se lo hizo ver a la

matrícula estaba muy chismosa y como Ceme...

usted parca se hubiese ido, que si no...

¡No, pos sí!

¡Vaya! que usted se aguantó... que le voy a

contarle que yo le dije: -Está que no lo calienta ni el sol.

¡Usted no es de los que se ahogan en un vaso de agua, y

¡mucho puso de su parte con haberle frente a la

consolidación del doble papel con los cricos.

Narraciones

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Al Maestro

¡Oh Jesús! Dos mil años tú Palabra
nos enseña cómo vivir en armonía
y dos mil años tú comprendido



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No, pos sí

(Contraparte)

¡Qué bueno!, que volvió la actriz, compadre.

-No, pos sí.

- ¡Ah, qué mi comadre! Si yo nunca dudé que volviera. Aquí
venía a sus hijos y a su compañero. Como usted decía, compadre,
creyó que todo lo que brilla es...

-No, pos sí.

-Lo bueno fue que usted tuvo la ocurrencia de recibirla como
el hijo pródigo: sin rencor, por el contrario. Se entiende que lo hizo
por los pequeños, ellos qué culpa tienen. Ahora, que si usted fuese
otro de corazón más duro, la podría haber corrido y nadie se lo
hubiera tomado a mal.

-No, pos sí.

-Pero estuvo bien su actitud. Hacer cine no produce mucho
dinero ni mucha felicidad, sólo para algunos cuantos y ya se sabe por
todas las peripecias que se tienen que pasar. Usted se lo hizo ver a la
comadre pero ella estaba muy encandilada y como Gabino Barrera no
escuchaba razones. Usted porque es hombre de ley, que si no, se
busca otra de reemplazo y con decirle ahora: la que se fue a la villa,
perdió...

-No, pos sí.

Y, vamos que usted se aguantó la depresión que le causó su
abandono; recuerdo que yo le dije: -Está que no lo calienta ni el sol.
Pero eso sí, usted no es de los que se ahogan en un vaso de agua, y
además, mucho puso de su parte con hacerle frente a la
responsabilidad del doble papel con los críos.

¡Qué bueno!, que usted siempre ha seguido eso de Ándeme caliente y ríase...

-No, pos sí.

-Ahora, que usted se mantuvo arrogante y digno como somos los hombres cabales, ni quién lo niegue; se aguantó el deseo de ir a buscarla; porque de que lo tuvo, lo tuvo.

-No, pos sí.

-Pa' mí, que la comadre hizo bien en volver. Allá en la capital qué le esperaba; la competencia es dura y ella no es ninguna quinceañera. Como luego dicen más vale pájaro en mano que ciento...

-No, pos sí.

-Eso sí, que los chavales la extrañaban mucho, pa' qué vamos a negarlo; si luego luego que la divisaron, corrieron a su encuentro y hasta el semblante se les iluminó; después de los apapachos, de la mano la llevaron a su presencia para que usted, compadre, la perdonara.

-No, pos sí.

Y usted, se puso muy serio; se mantuvo callado por mucho tiempo. A mí me tocó estar presente y, se lo confieso, su silencio me puso nervioso y empecé a creer que la comadre se tendría que marchar e imaginaba escuchar el llanto y los gritos de los chamacos. Ella se mantenía de pie; su mano apretaba la de mi ahijado y su rostro había desfigurado sus facciones por un llanto silencioso que no dejaba de rodar, hasta parecía que la habían puesto a parir chayotes.

-No, pos sí.

-Pero triunfó el sentimiento porque donde hubo fuego, cenizas... cuando salió su voz, se escuchó serena pero pesado el tono; su palabra sonó recia pero lenta, y cuando le espetó: -¡Basta de lloriqueos, con lágrimas no se come!, se acabó la incertidumbre; ella comprendió el significado, quién mejor que mi comadre para hacerlo, y corrió hacia la cocina, iba limpiándose la cara y los niños pegados a sus faldas como diciendo: -la unión hace la fuerza. Yo por mi parte me despedí, orgulloso de su acción, y recuerdo que le dije: Agua pasada no mueve molino.

-No, pos sí.

Tres vidas: tres roles

La Mujer

Eran las nueve cuando la mujer terminó de desayunar y preparar unas gorditas para llevar al hombre con el que vivía y que por ahora se encontraba tras las rejas. Levantó la vista y al darse cuenta de la hora se apresuró a tomar su paraguas, el saco, las llaves y su bolso. Antes de irse revisó las llaves del agua y del gas, cuando vio que todo estaba bien cerrado, sin perder más tiempo salió de la casa pensando en que a lo mejor no alcanzaba los horarios de visita; por las mañanas sólo se permitía ver a los presos de nueve a once y por las tardes de cuatro a seis. El penal estaba muy retirado de donde vivía, mediaban dos camiones y diez cuerdas de peatón. Había adelgazado mucho desde que su hombre por una bravata de cantina había sido encarcelado.

A medida que se acercaba al lugar le inquietó su apariencia y sacó un espejo para revisar su maquillaje; también frotó unas gotitas de perfume barato en sus muñecas y detrás de las orejas. Se corrió el cintillo un ojillo pues le gustaba resaltar la estrechez de su cintura. Todo esto lo hizo como de manera habitual pero esta vez tenía un propósito especial. Ya había notado la insistente mirada del guardia sobre su persona y en su interior había calculado que eso era bueno para ella y su hombre.

Al llegar fue revisada por una celadora en la forma acostumbrada, ésta le dio el pase para que pudiera entrar a ver a su allegado. Él la recibió secamente. No pudo evitar el notar que ella iba recién maquillada y perfumada. Ella le entregó las gorditas: -Las hice antes de venirme, están tibias... tienen bastante chile como a ti te gustan. El esbozó un gesto parecido a la sonrisa, las tomó pero no las abrió para probarlas.

A cinco metros, el guardia parecía no perder de vista a la pareja, pero en realidad sólo veía a la mujer. De vez en vez ella volteaba a verlo con cierto descaro que su hombre tuvo que percibir; no obstante, el hombre no hizo ninguna referencia al hecho y sólo mostraba su desaprobación dando algunos estirones a su largo y curvo bigote.

Ella se quejó del frío, de la lluvia, de lo caro que estaba todo en el mercado, de que la canasta básica ya no tenía precios rebajados ni niños, de que pasaba hambre, de lo pesado de la soledad y de muchas cosas que el hombre oyó sin escuchar, como quien ve llover y no se moja. Cuando ella terminó su retahíla, él le preguntó si no volvería el jueves sólo iba los martes y los jueves- y ella respondió que sí. El la amonestó: A ver si vienes con menos pintura. Ella contestó: -Pero, si lo hago por ti; lo dijo en voz alta, sonora y contundente, mientras sus ojos buscaban los del guardia.

Se despidió con una sonrisa y se marchó con la creencia de que su hombre había quedado encantado por su visita, sobre todo, por la noticia que le había llevado: ya estaba a punto de reunir el dinero necesario para pagar un abogado. Del penal se dirigió al mercado donde le tocaba ayudar a doña Julia en la venta de coronas para el Día de Difuntos. Faltaba una semana y doña Julia le daba comisión por cada corona vendida. Ahí estuvo hasta cerca de las seis de la tarde y logró vender doce coronas.

Regresó a su casa y después de hacerse de cenar, encendió la radio y un cigarrillo sin filtro. Pensó en que si su hombre estuviera en esos momentos con ella lo primero que haría sería quitarle el cigarrillo y se alegró de su ausencia.

Fue un insensato instante de prepotencia del cual se arrepintió de inmediato. El hombre había sido bueno con ella; claro, tenía sus defectos como todo el mundo, pero ninguno que no fuera perdonable. De vez en cuando tomaba y entonces decía verdades como los niños. Luego, no era raro que se topara con gente que se incomodara y, fácilmente, se pasa del debate a la trifulca al calor de las copas.

Ya eran varias las veces que por ello había ido a parar a la comisaría, pero por lo regular, salía esa misma noche o a lo sumo, por la mañana siguiente. Ahora era la primera vez que ya había transcurrido semanas y meses sin que saliera. Es que en esta ocasión pasó de la raya se dijo la mujer como para justificar el encierro. El radio empezó a transmitir un programa de Lara y ella maquinalmente se puso a bailar como hipnotizada no antes de subir el volumen.

Cuando terminó el programa y el resto de los cigarrillos, apagó el aparato y se dispuso a contar el dinero que llevaba ahorrado; agregó lo de ese día y sonrió satisfecha. Pronto mi hombre saldrá libre se dijo. Al día siguiente se fue muy temprano al mercado como había quedado con doña Julia. Limpió el puesto, acomodó las coronas, anotó en el diario lo que había en venta y para cuando llegó la dueña, ella ya había vendido ocho coronas. La dueña se mostró tan complacida que le dio que si seguía así de cumplida y buena vendedora, le iba a subir la comisión. La mujer sonrió satisfecha.

El jueves la mujer llegó más temprano al puesto. Se presentó con la cara lavada, no quería dar celos a su hombre; el proyecto era contar con el guardia para tener un aliado que los pudiera favorecer. Quizás -pensaba- este hombre pueda hacernos un favor en caso de necesitarlo.

Durante la conversación con su hombre no dirigió la mirada hacia el guardia. Éste, en cambio, no la apartó de ella. El hombre se dio cuenta y comenzó a sentir una molestia que fue creciendo como un mano de fuego que subía desde su vientre quemando su esófago y llenaba su boca de un sabor insoportablemente amargo. Ella captó ese coraje -no de balde había vivido a su lado por un buen tiempo- y trató de suavizar la situación. Le contó de la falta que le hacía, de lo sola que se sentía, del dinero que iba aumentando gracias a sus economías y trabajos, mas él no la escuchaba. Ahora era él el que buscaba los ojos del guardia de vez en vez, sólo para encontrarlos puestos en su mujer; en esa mujer sin afeites y con ropa menos ajustada porque había hecho caso a su sugerencia; que en ese momento, hubo de aceptar, no rebajaba un gramo la belleza y gracia de ella.

La mujer se despidió, argumentando que doña Julia le había pedido que fuera más temprano y optó por irse al notar en los ojos de su hombre, ese sentimiento que ya le conocía: los celos. Se fue rápido, sin mirar al guardia; salió tensa y no pudo relajarse hasta que se instaló en el puesto de doña Julia. Ésta la notó nerviosa y le preguntó -¿Cómo va lo de su hombre, acaso va mal? No, respondió ella, es que aún no tengo el dinero que cobra el abogado. Doña Julia la miró compasivamente y exclamó: -¡Sea por Dios!

La mujer comenzó su cantilena: Coronas, pase por sus coronas: Buenas, bonitas y baratas. El muchacho del puesto de enfrente le gritó: -Así como tú mi reina; el de a lado coreó: Yo las quiero bien heladas. La mujer sonrió con fastidio ante la broma rutinaria. Estaba sacudiendo una corona cuando sintió que a su espalda había alguien. Volteó bruscamente y se encontró con el guardia, quien indudablemente la había seguido.

Ella le preguntó si quería comprar una corona y él respondió con sarcasmo: -Todo lo que usted me venda. Ella entendió la intención y expresó con claridad: -Aquí sólo se venden coronas, dígame cuál le gusta. El guardia escogió al azar, pagó y se fue. Doña Julia le dijo: -Usted conoce a ese hombre. Ella se quedó callada sin saber qué contestar.

Apenas se acercó al dintel de la puerta de su casa cuando hubo de volverse, ya con las llaves en la mano, porque percibió los pasos de alguien. En seguida reconoció al guardia. Ella le preguntó que hacía allí, él le respondió que necesitaba hablar con ella de parte de su hombre. La mujer le creyó y por eso lo dejó entrar detrás de ella. No le temía; siempre había pensado que cuando una mujer era admirada por un hombre, éste sería incapaz de dañarla, y en sus ojos había leído admiración. El guardia se sentó frente a ella y le comentó que posiblemente su hombre sería trasladado al penal de otro estado y por ello urgía que tuvieran el dinero que cobraba el abogado por sacarlo bajo libertad condicional. Ella maquinalmente miró hacia el asador de la estufa, gesto del cual se arrepintió al instante. El guardia abrió su oferta: Si complacía a algunos de sus amigos, éstos la pagarían muy bien. La mujer quiso mostrar un falso pudor pero le fue imposible ya que le idea no le parecía tan mala. Después de un prolongado silencio, ella le preguntó: -¿Es mi hombre quien le sugirió la idea o usted viene por cuenta propia? El guardia sonrió a decir: -Por ahí va la cosa, digamos que mitad y mitad. Ella le cuestionó osadamente: -Usted sería el primero. El esbozó una sonrisa por toda respuesta.

Esa noche la mujer y el guardia la pasaron juntos. Él se fue temprano dejando un billete debajo de la almohada; ella lo recogió al despertar. Cuando acabó de arreglarse para irse al puesto de doña Julia se dirigió a la estufa, abrió el asador y sin saber el porqué, su mano obedeció con un ligero temblor, éste se transformó en angustia cuando recibió la más fatal de las sorpresas: la vasija donde guardaba sus ahorros estaba abierta y vacía.

El guardia

Ahí está otra vez esa mujer que cada martes y jueves viene a ver a este hombre. Qué le vería ella, joven y bonita, a este infeliz borracho. No sé si se habrá dado cuenta que me gusta, pero ni modo que se lo diga aquí delante de él. Hoy vino más maquillada y perfumada; a lo mejor me está coqueteando. Sí, eso debe ser; ni modo que por este pobre preso se arregle tanto. Se ve lista y está chula, pero para mí que la vanidad pierde a las mujeres. ¡Cómo se aprieta la cintura! Hoy me ha mirado varias veces; sí, no cabe duda, quiere algo conmigo. Lo bueno es que no me conoce y entonces puedo gustarle. Si supiera que yo no me tomo el día de descanso para coincidir con sus visitas y verla a mi antojo, al fin que este hombre ni modo que pueda hacer algo en mi contra; yo represento la autoridad y él no es más que un reo. Ya le dije al "jefe" que lo deje más tiempo porque me gusta su mujer y él me va hacer la balona, total ya le he hecho otros favores.

¡Cuidado! Parece que se despide. Ya volteó a verme y me sonríe. Hasta acá oigo que le dice: -Pero si lo hago por ti. Se refiere a la pintura, ella me buscó con la mirada. Sí, debe ser una buscona y yo le sacaré provecho o dejo de llamarme como me pusieron.

El guardia le dijo adiós con una mirada penetrante y ella sonrió enigmáticamente. Ya había pasado un buen tiempo y él seguía percibiendo su perfume. Era una fragancia grata que olía a limpio, flores y a baño, pensó que preguntarle por el nombre podría ser el inicio para entablar contacto con ella. Ya habían transcurrido varias semanas y el guardia no se atrevía a abordarla; era difícil en su turno de trabajo y, por lo demás, desconocía su nombre y el lugar donde vivía. De repente se le ocurrió que en la semana entrante él podría fingirse enfermo y pedir que lo sustituyeran para ir al médico, así cuando ella saliera la podría seguir hasta su casa. Al martes siguiente llevó a cabo su plan; la siguió con discreción no quería asustarla ahora en la posibilidad de abordarla ya no le parecía tan apropiado preguntarle por el nombre del perfume.

La mujer se dirigió a un mercado. El guardia la siguió a distancia y vio como ella entraba a un puesto de coronas, se colocaba un humilde delantal y comenzaba a sacudirlas con delicadeza para no maltratarlas. El se detuvo en un puesto de hierbas, fingió interesarse en unas piedras de cuarzo; el joven dependiente insistió en que comprara algunas de diferente color para la buena suerte; ahí se enteró que las de color blanco atraían buenas vibraciones, el cuarzo amarillo servía para que nunca falte el dinero y el rosa, para el éxito en los amores. El guardia cobró interés en las piedras, solicitó tres de color rosa, pero el vendedor logró convencerlo de que era mejor que se llevara una de cada una; pagó más resuelto se acercó al puesto de coronas.

La mujer estaba sacudiendo aún las coronas cuando él se aproximó. La trató con ironía; saber que su hombre estaba en la cárcel, le daba cierto ascendente sobre ella. La mujer se portó decorosamente; él se imaginó que fingía por la presencia de la dueña del puesto; como buen observador de inmediato supuso que la dueña no podría pagarle mucho por las ventas y que, pasado el Día de los Difuntos, éstas bajarían enormemente.

Eligió una corona cualquiera, sólo quería que ella lo viera para leer en sus ojos si él podría ser candidato de su aceptación. No, no pudo encontrar eco en su mirada y se fue rumiando su fracaso. Así que no te gusto, pensó; pues de todas maneras lograré lo que busco se dijo- apretando las piedras que guardaba en el bolsillo. Entró en un café ubicado a las puertas del mercado; desde ahí se divisaba sin mucha dificultad el puesto de coronas. Esperó horas, pero al fin vio con alivio que la mujer se dirigía a la salida. Pagó su consumo y la siguió hasta su casa. Durante el trayecto dedujo que si ella vivía con un hombre, entonces podría vivir con cualquiera, esto le produjo coraje al presentirla libre para aceptar a otro y rechazarlo a él, lo cual le llevó a maquinarse un embuste que la hiciera ceder a sus pretensiones.

La abordó de golpe cuando ella abría la puerta de su casa. Le dijo que necesitaba hablarle de su hombre y la frase funcionó como pasaporte vigente y visado. Mientras hablaban ella delató con su mirada donde guardaba sus ahorros y él pensó en llevárselos, no tanto por su valor material, sino por lo que implicaba: su hombre no tendría abogado y pasaría mayor tiempo en la cárcel.

En realidad -se dijo- ese hombre tiene mala suerte, a lo mejor necesita de los cuarzos más que yo. La mujer se portó bien con él seguramente para sacar al otro de la prisión. Maldito el otro -se dijo- borracho que no mide consecuencias; en la trifulca lesionó la cabeza de un parroquiano con una botella de tequila. No, no tiene suerte. El herido aún está en el hospital y ha tenido el infortunio de toparse conmigo que sé de trafiques por debajo del agua, de la debilidad y corrupción de los jefes y que para colmo, me he prendado de su mujer.

Se fue sin decir nada; era mentira que el hombre lo hubiese enviado, también era falso lo de los otros amigos; al marcharse le dejó un billete de cien pesos para que supiera que sí tenía con que pagar su compañía, pero se llevó los billetes de a veinte que sumaban seiscientos, más de la mitad del cobro del abogado- y con ellos la esperanza de que el hombre recuperara su libertad. Se portó como lo que era, un canalla, mas se autojustificó al recordar una frase que hacía mucho tiempo había leído en un libro cuyo título escapaba a su memoria: Nadie es totalmente malo, ni nadie es totalmente bueno.

Hasta que no llegó el siguiente día de visitas hubo de meditar cual sería su postura ante la mujer; si ella le comunicaba al hombre lo sucedido, seguro que éste iba, de alguna manera, a buscar venganza. Pero también ella podría callar por vergüenza o por miedo a que su hombre, arrepentido de su supuesta sugerencia, la llamara a cuentas. Soltó un poco la tensión al reflexionar sobre que los dos eran culpables: él por mentir y ella por creer la mentira en vez de verificarla primero. Decidió que debía portarse como siempre, mostrando un falso desenfado.

Ella llegó como la última vez, sin maquillaje y sin cinto. La notó demacrada, seguro que le había dolido el robo; si se le ocurría abrir la boca podría sufrir la agresividad del hombre. Empezó a sudar frío, inútilmente trataba de conservar la serenidad. Para tranquilizarse, se dijo que el hombre en realidad no podía hacer nada, no era más que uno de tantos reos que por inercia y lentitud o ineficiencia de los encargados de los trámites -aunado a la falta de recursos económicos- permanecían más tiempo del debido en el encierro, eso sin contar con la mala voluntad de los carceleros. La voz de ella no llegaba a sus oídos como otras veces por dos razones: una, porque había otra pareja que hablaba más alto; otra, porque ella, liberadamente, había disminuido el volumen de su voz. El oído del hombre estaba pegado al alambrado que dividía en dos el mostrador que mediaba entre la visitante y el recluta. Quiso acercarse pero reprimió su deseo, si quería actuar como siempre un cambio como ese delataría su nerviosismo e impaciencia.

Repentinamente, la mujer se levantó y se encaminó hacia la salida. Él apenas tuvo tiempo de buscar su rostro para saber qué sentimientos revelaba; la sangre se le heló en sus venas, la mujer traía el rostro bañado en sangre y, al momento de mirarla, descubrió que en la mano izquierda portaba una navaja. La sujetó fuertemente de esa mano, quedando de espaldas ante la mujer, hasta que con rapidez le hizo tirar el arma; en eso se oyeron dos detonaciones que nadie supo de donde provenían, ni a quién iban dirigidas. El guardia fue soltando a la mujer y se dejó caer al suelo, tambaleándose y bañado en sangre. La mujer se limpió el rostro embadurnado de salsa de tomate y en pocos segundos ya todo era confusión y caos. La otra pareja lloraba y se abrazaba en un febril intento de sentirse vivos. Acudieron otros guardias, uno de ellos exclamó: Llamen un médico. Otro gritó: Ya no hace falta.

El preso

Mañana es día de visitas, viene mi mujer; ojalá me traiga buenas noticias. A veces creo que no está haciendo mucho por ayudarme; no la culpo; cada vez que me emborracho entro en bronca y parece que ésta ha sido la más grave; no me han dicho si el muchacho que está en el hospital ha mejorado, pero tampoco si ha empeorado. Con lo que me dijo el guardia estoy tamañito; dicen que si se muere me refunden aquí por varios años. ¡No lo quiera Dios! No puedo acordarme quién comenzó, ni por qué.

Estábamos los cuatro brindando; contando chistes como todos los días de pago. El dominó es el pretexto para ir a la cantina; en realidad casi ni lo jugamos. Nomás nos abren el apetito con la botana y luego luego nos entra la sed; y ahí vienen las copas, unas tras otras, y después: -Venga, déjenos la botella. ¿No? A mí sí me gusta el trago, nomás que ella quiere que me retire y creo que la voy a complacer. Es linda, muy limpia; nunca exige nada; como quiera yo le doy lo que necesita, sólo le pido que se cuide para evitar el problema de los hijos; pero eso sí, los domingos salimos juntos como lo hacen los casados y como ya va para tres años que vivimos bajo el mismo techo, pues no sé los domingos que tiene un año, pero deben de ser muchos.

Lo único que me molesta cuando viene a verme es este maldito guardia. Siempre es el mismo y cómo la mira. Me irrita esa mirada, es sucia, le gusta lo ajeno; cuánto siento estar del lado de donde no puedo darle su merecido. Ya lo hemos hablado; ella me dice que lo deje mirar, que al fin con eso no daña la fruta; pero cuánto me cuesta hacerme el desentendido; uno es hombre y de pocas palabras. En fin, ella me quiere y me va a ayudar a salir de aquí. Ahora estoy yendo al puesto de doña Julia todos los días y el turno completo; quiere juntar dinero para pagar el abogado. Por qué será que cobra tanto, mil doscientos pesos es mucho dinero; si casi los billetes de mil, sólo los he visto en el banco y por la tele.

Hoy es jueves. A lo mejor no viene mi mujer; la vez pasada la regañé porque venía muy maquillada y con el cinto muy apretado. Ella me dijo: -Así me conociste. Yo le respondí: -Entiende, chiquita, cuando vas conmigo es una cosa, cuando vas sola, es otra. Crees que yo me he dado cuenta de cómo te mira ese guardia; si creo que hasta le roqueteas. Ella puso su boca torcida como cuando se enoja y yo cambié la conversación; de verdad, en esta vida, sólo ella me ha querido bien.

Para mí sólo hay dos clases de personas: las que nacen con todo y las que nacen sin nada. El padre Benito dice que Dios le da a cada quien lo que necesita, pero yo creo que sólo da a manos llenas a unos cuantos. Aquí estoy yo encerrado por un pleito de cantina y, en cambio, otros que se dedican al fraude, a la venta de drogas, al lavado de dinero e incluso, al asalto a mano armada o son asesinos a sueldo, están en su casa gozando de la impunidad que da la posesión de recursos o el contar con influencias.

Sí, sí vino mi mujer. Por poco ni la conozco: cara limpia, vestido holgado y no traía cinto. Aún así se ve linda; como es joven todo le queda. Me trajo una buena noticia: ya pronto completa lo que cobra el abogado, lleva más de la mitad. No entiendo por qué cada recluso no puede defenderse a sí mismo, siendo que es el más interesado.

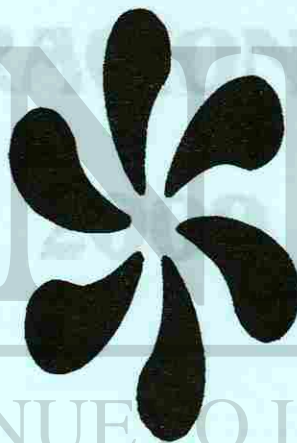
Qué bueno que mi mujer me hizo caso y vino como Dios manda: sin tanto afeite ni apretamiento que sólo sirve para que cualquier hombre voltee a verla; cuando venía así me daba tanto coraje que un día, ni quise comer unas gorditas que me trajo. Entonces dudé si ella las había hecho, de dónde sacaba tiempo para tanto arreglo y cocinar. Ahora cuento otra semana más de estar encerrado, sin ver a mis cuates, con la garganta reseca, sin noticia del herido, sin un periódico; de tenerlo podría leerlo de cabo a rabo, total tengo tiempo de sobra.

Estoy algo intranquilo; cuando se fue mi mujer, el guardia salió y dejó a otro en su lugar; esto nunca había sucedido desde que estoy aquí. ¡Qué raro!, eso me huele mal. Ella es buena pero el diablo nunca duerme. Lo bueno es que sé leer en sus ojos lo que piensa y lo que se siente, si pasara algo, no podría ocultármelo.

Ya estoy frente a ella. La veo demacrada. Sus ojos han llorado y veo en ellos una furia incontenible. Me habla sin voz, la escucho leyendo sus labios. Me dice que el guardia la engañó, le dijo que iba de mi parte, entró a la casa, la violó y le robó los ahorros. Me enseñó una navaja con la cual va a matarlo; yo le digo: -No, no chiquita, déjalo así, ahí muere; yo soy el ofendido y ya ves, lo perdono, al menos mientras salgo. Pero ella insiste, saca de su monedero un sobre con salsa roja y se lo unta en la cara; no alcanzo a entender su plan pero huelo a tragedia. Le digo: -Espera, chiquita, deja que yo lo arregle después. No me escucha, está furibunda parece drogada; se levanta y va hacia el guardia; me he quedado tieso, maniatado e impotente.

Aún no digiero lo que pasó. El guardia yacía en el suelo en un charco de sangre; mi mujer estaba de pie, se había limpiado la cara y gritaba incoherencias: -Quiso matarme con una navaja... Saqué una pistola para defenderme. No sé quién es... Ni por qué lo hizo. A lo mejor me confundió, no sé, todo fue tan rápido, tan absurdo. Esta pareja es testigo y mi hombre también. ¿Verdad? La pareja permanecía callada; yo decía repetidamente: -Así fue... Así fue...

Ahora las cosas se han invertido. El lesionado ya salió del hospital y con ello gané mi libertad; yo estoy trabajando doble turno para juntar la fianza que me piden para soltar a mi mujer. Ya pasó el día de Difuntos, descanse en guerra el maldito guardia. Por las noches, cuando la fatiga no me deja encontrar el sueño, me pongo a pensar en las agallas de mi mujer; porque hay que tenerlas para hacer lo que hizo; y entonces siento cómo va creciendo mi amor y admiración por ella, día tras día.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
 DE BIBLIOTECAS



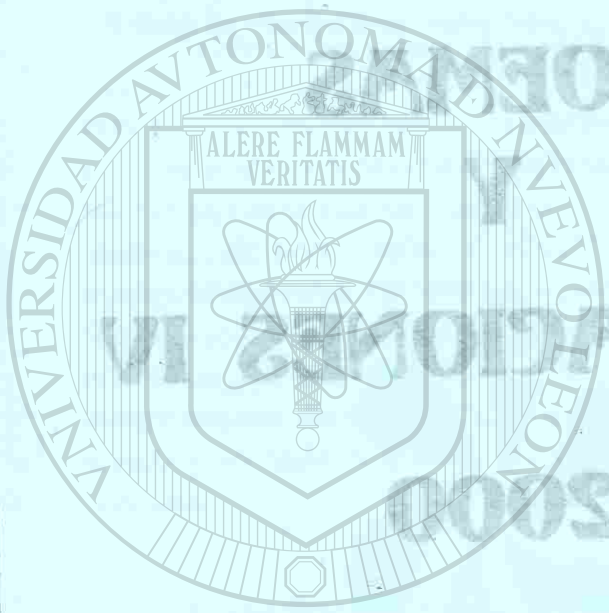


**POEMAS
Y
NARRACIONES IV
2000**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPILLA ALFONSO X



Poemas

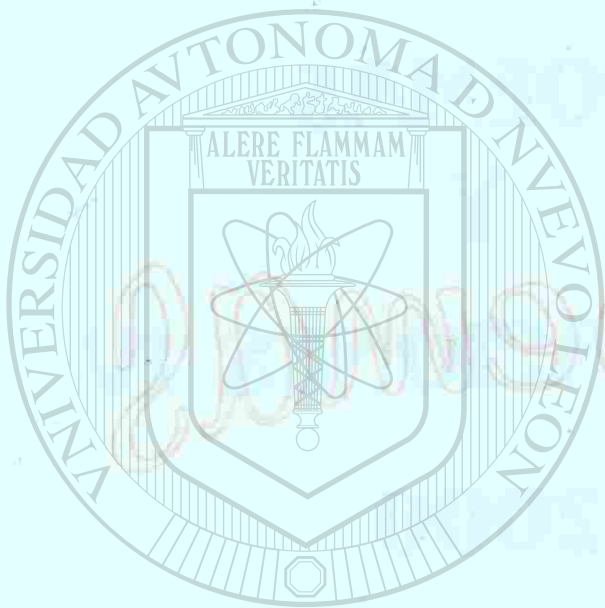


UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





CAPILLA ALFONSO

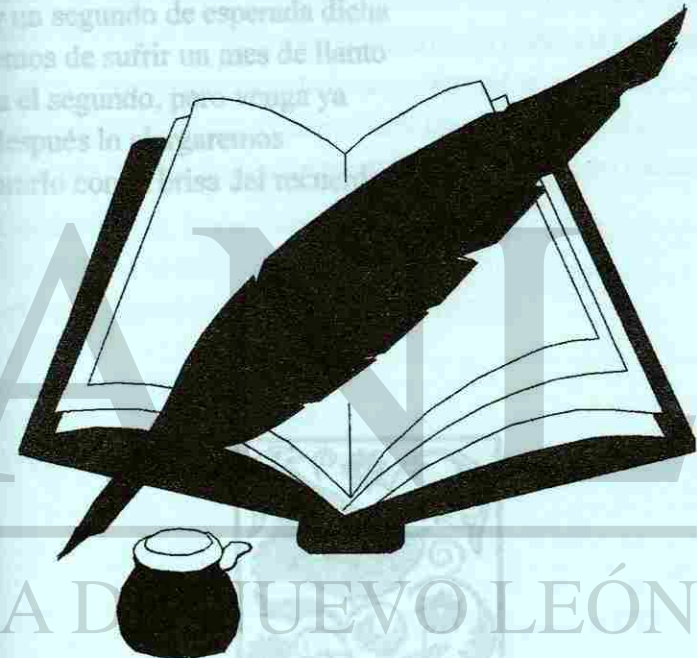
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

AL VIENTI

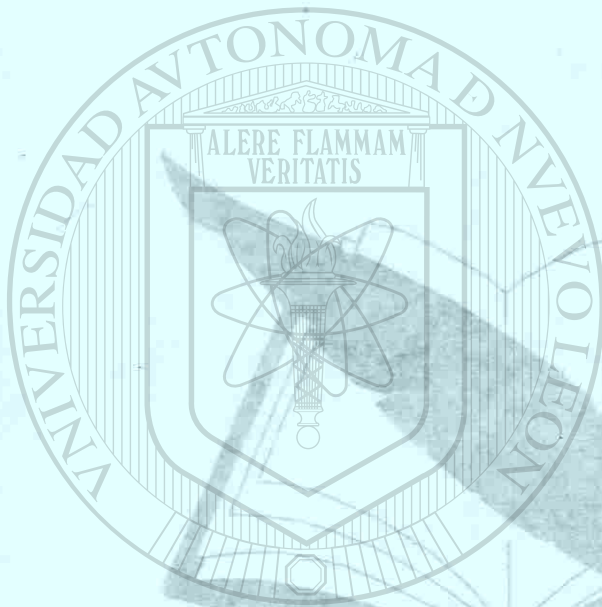
Invitación

Sube a mi barco, navegaremos juntos
somos en paz de nuestros suelos
la libertad nos gusta, qué importa el precio
por un segundo de esperada dicha
preferimos de sufrir un mes de llanto
cuando el segundo, por siempre ya
no después la vida daremos
relaciono con la vida del tecn...



Invitación

Súbete a mi barco, navegaremos juntos
 iremos en pos de nuestros sueños
 la libertad nos gusta, qué importa el precio
 si por un segundo de esperada dicha
 habremos de sufrir un mes de llanto
 venga el segundo, pero venga ya
 que después lo alargaremos
 al dorarlo con la brisa del recuerdo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



A mi madre (acróstico)

Antes de concebirme, como Dios, ya me querías

Manuelita te llamas, Manuelita te nombro

Imposible no amarte, después de conocerte.

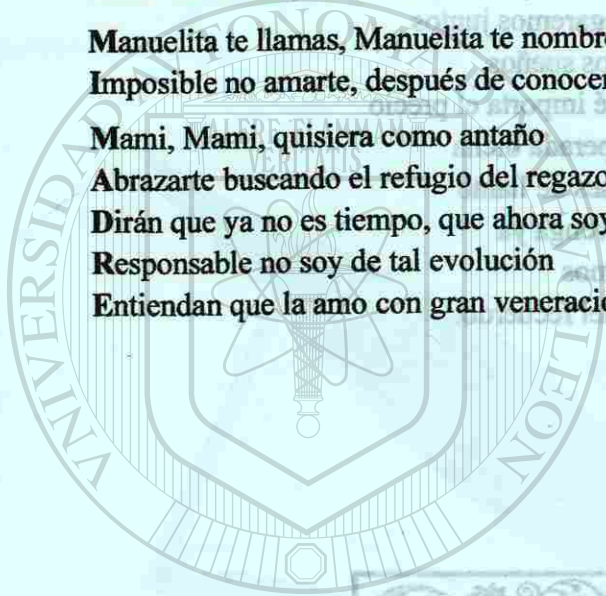
Mami, Mami, quisiera como antaño

Abrazarte buscando el refugio del regazo

Dirán que ya no es tiempo, que ahora soy mayor

Responsable no soy de tal evolución

Entiendan que la amo con gran veneración.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

In Memoriam

a Jaime Sabines

No te vayas triste, poeta consentido
tu soledad querida no quiso acompañarte
porque se quedan mucho que aún les hace falta.

Tu adiós nos ha dolido porque se agota
el tiempo de los buenos poetas, de los grandes vates
que han cantado al amor y han sentido la muerte.

La palabra que usaste como traje sencillo
era diario de vida transparente y claro
como espejo de muchos, como espejo de todos.

El valor de tu voz, impresa para siempre
seguirá girando la rueda de los días
pues el vacío que dejas es tan sólo anatómico.

No te vayas triste, poeta consentido
de jóvenes y adultos, de hombres y mujeres
que tu estilo singular, por nadie será imitado.

Ovillejos

I

¿Quién me lleva de la mano?

-Mi hermano.

¿Quién me ayuda con mi cruz?

-Jesús.

¿Y quién del suelo me levanta?

-El que canta.

Por eso yo alabo al canario
que con sus trinos me encanta
él me devuelve la calma
y suaviza mi sudario.

II

¿Quién aleja mis tristezas?

-Teresa

¿Quién aumenta mi alegría?

-María.

¿Quién me mira de hito en hito?

-Benito.

Por eso yo le pido a Jesús que está en los cielos
que de Teresa y María nunca quiera separarme
que ya yo me encargaré si no me matan los celos
de que el bueno de Benito no deje de cortejarme.

III

¿Quién dulcifica mis ratitos?

Los gatitos.

¿Quién me llora cuando llego?

Michon y Negro

¿Quién se esconde en una bota?

Las mascotas.

¿Cansado tras la pesada jornada

dirijo pronto a casa

¿Y su ronronear me relaja

¿Y hacerlos me divierte.

IV

¿Quién suele refrescar mi risa?

La brisa.

¿Quién quisiera contar mi pena?

La arena.

¿Quién puede sacudir mi pelo?

El pelo.

¿Cansado cuando recorro las playas

¿Y siempre me sobran agallas

¿Y me gusta gozar de arena y brisa

¿Y me gusta jugar con los compañeros de Marcelo y de su risa.

Impaciencia

III

A Jesús yo lo idolatro
 ante Él sólo me postro
 bajo su amparo me acojo
 cabe su manto descanso.
 Con su nombre me levanto
 contra su imperio no puedo
 de bondad está forrado
 desde el principio del mundo.
 En Belén nació de pronto
 entre paja y poco obsequio
 hacia el cielo ya apuntaba
 hasta que sufrió el martirio,
 para vencer al demonio y
 por borrar nuestras culpas
 según dicen evangelios.
 Sin medida yo lo amo
 so pena cobró triunfo
 sobre todo yo lo amo
 tras Su amor quiero partir.

Teoistat aim soñidib mli

.soñito

Yogell obnaua suoll un an

tion y Negro

Yatod anr ne abnnoe se m

masoclas

abemot abseseq si zati ca

ssao a oñara oñio

sijeri em rasomnoe m

streivib ear soñitob

VI

Yair im rasosita oleas

Yaseq im rasosita oleas

Yoleq im rasosita oleas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Impaciencia

III

A Jesús yo lo idolatro
 ante Él sólo me postro
 bajo su amparo me acojo
 cabe su manto descanso.
 Con su nombre me levanto
 contra su imperio no puedo
 de bondad está forrado
 desde el principio del mundo.
 En Belén nació de pronto
 entre paja y poco obsequio
 hacia el cielo ya apuntaba
 hasta que sufrió el martirio,
 para vencer al demonio y
 por borrar nuestras culpas
 según dicen evangelios.
 Sin medida yo lo amo
 so pena cobró triunfo
 sobre todo yo lo amo
 tras Su amor quiero partir.

Teoistat aim soñidib mli

.soñito

?ogell obnauo suoll un an

tion y Negro

?atod anr ne abnnoe se m

.masoclas

abemot abseseq si zati ca

saso a oisat oñio

sijlet anr inoñome m

streivib ear soñitob

VI

?eait im rasesit olest

?ansq im raitnoe greisitup

?olq im riteucez obnq

?olq im riteucez obnq

?olq im riteucez obnq

?olq im riteucez obnq

?olq im riteucez obnq

?olq im riteucez obnq

?olq im riteucez obnq

?olq im riteucez obnq

Detasosiego

Sonaron las campanas. Fue a por el cuerpo de
 El sacerdote trajo la misa y su ayudante le acompañó
 nombre del difunto. Lo leyó en un apuntes y quedando
 bañaron su frente. La seccó con un pañuelo y dejó de
 tener la calma. Hubiém querido no estar ahí, seguramente habríam
 cuerpo que una vez más; pero no podía, los demás me miraban
 a conocer su pasado, a pesar de que él conocía el de todos. Él
 profesionalmente. Sólo su ayudante percibió el temblor de sus
 y el cambio de su voz. Rogó a Dios terminar pronto y cuando
 partía, no pudo resistir la tentación de mirar aquél rostro tan
 que creía olvidado; al acercarse, el estapor lo envolvió
 el pasado oscurecía el presente. Se sintió sólo, sólo
 la mirada de María, mas no la encontró porque ella
 hacia cabizbaja. Levantó el rostro húmedo y el silencio de
 dio consuelo; a su memoria llegaron las palabras de María:
 ¿y yo aquí, que soy tu madre? Fue entonces cuando la calma

U Narraciones

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

Impaciencia

A Jesús ya lo ideé
ante él sólo me puse
bajo su amparo me acobijo



Con mi amor quiero partir.

Desasosiego

¡Sonaron las campanas! Poco a poco el templo se fue llenando. El sacerdote inició la misa y su ayudante le alcanzó el papel con el nombre del difunto. Lo leyó en un segundo y grandes gotas de sudor frío bañaron su frente. La secó minuciosamente y trató de mantener la calma. Hubiera querido no estar ahí; negarse a bendecir un cuerpo que una vez amó; pero no podía; los demás no tenían derecho a conocer su pasado, a pesar de que él conocía el de todos. Sé portó profesionalmente. Sólo su ayudante percibió el temblor de sus manos y el cambio de su voz. Rogó a Dios terminar pronto y cuando el cortejo partía, no pudo resistir la tentación de mirar aquél rostro tan querido que creía olvidado; al acercarse, el estupor lo envolvió súbitamente. No era ella, esa mujer de parecida edad era su homónima. Se sintió cohibido, una leve sensación de asco lo obligó a buscar con la mirada a un colega para confesarse. El daño estaba hecho. El pasado oscurecía su presente. Se sintió niño, buscó entonces la mirada de María, mas no la encontró porque ella permanecía cabizbaja. Levantó el rostro húmedo y el silencio de Jesús le dio consuelo; a su memoria llegaron las palabras de María: "¿No estoy yo aquí, que soy tu madre? Fue entonces cuando la calma penetró en su alma

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Un camino

Leyó el aviso en el periódico y decidió arriesgarse. El sueldo era atractivo para tan poco tiempo. Sabía de antemano el peligro de los trabajos nocturnos, pero de las partes donde dejó solicitudes no había tenido respuesta alguna. Se arregló lo mejor que pudo, fue generosa en los empalmes del rostro, la fragancia y accesorio; al verse en el espejo, sonrió satisfecha porque le gustó su imagen. Abordó el camión, localizó un lugar vacío y se sentó. Casi en el acto se sintió observada, buscó al caballero que posaba su mirada en ella, no encontró a ninguno, sólo se topó con los ojos de una mujer que portaba un uniforme de empleada bancaria. La empleada la siguió observando con insistencia, y, al bajarse, también bajó con ella. Sobre la acera se miraron y sonrientes se tomaron de la mano. Hubo química, yo no lo sé, lo supongo, como diría Sábines, pero ellas muy creídas encontraron su camino.

Un instante

Iban tomados de la mano, estrenaban su amor; la vista al piso y después la mirada perdida. El enamoramiento hizo presa de ellos y se adueñó de sus vidas. Cada tarde callaban, y el silencio más los unía. Una tarde, repentinamente, un viento helado azotó sus rostros, ella tembló pero no de frío; algo flotaba en el ambiente que él no alcanzaba a percibir. Ella no pudo responder al rostro amado que la miraba embelesado, su corazón latía con inusitado ritmo. Un grito la sacó de su embeleso: ¡Agárrenlo! Un hombre corría como liebre y detrás de él, dos mujeres angustiadas. El enamorado no lo pensó dos veces, soltándose de la mano de su amada, corrió tras el fugitivo; ella quiso gritar que no lo hiciera, mas el instante fue tan fugaz, que antes de abrir los labios, ambos perseguidor y perseguido- habían desaparecido. El impacto de una bala resonó a la vuelta de la esquina; ella lloraba, no hubo necesidad de que la enteraran, ella lo supo desde antes, desde siempre: el amor no es duradero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El intruso

Doña Leonor se dispuso a combinar sus tareas: la ropa a la lavadora, el puchero a la olla, la basura a la calle en respuesta al campanazo escuchado, y desde luego, el tendido de camas.

En el momento destinado al baño, con prisa escogió sus prendas y de un vuelo tomó su toalla preferida. De pronto pensó que esa semana sería diferente. Sonrió enigmática. Su marido, de paso al trabajo, dejaba al niño en el colegio y ambos no regresarían hasta cerca de las dos.

Mientras se enjabonaba sintió un estremecimiento al sospechar que no cerró la reja con candado, abrió más la llave para terminar cuanto antes e ir a cerciorarse. Salió con rumbo de la sala envuelta en la toalla y de golpe tropezó con el intruso.

- ¿Por dónde ha entrado? preguntó titubeante.
- Pues por la puerta, estaba abierta. -contestó el desconocido.
- Váyase o llamaré a la policía. -Ordenó con una voz entrecortada.
- Deme algo de valor y me iré sin hacerle daño, -propuso el malhechor.

Doña Leonor sacó un papel y le ofreció una pluma pidiéndole que le firmara lo que acababa de decir. Él sonriente lo hizo. Cuando tomó lo de valor la comenzó a golpear con desenfado y ante el reclamo de ella por no cumplir con lo pactado, el sujeto respondió con sarcasmo: -Le firmé con otro nombre.

La fiesta

Era el día del cumpleaños de Lolita. Todo estaba preparado porque era doble festejo: Pedro pediría su mano y fijarían la fecha de su tan esperado enlace. De boca en boca se supo que él tenía otro amorío, pero sus queridos padres dieron la espalda a tal chisme que nacía de la envidia. De todo el pueblito, sólo Pedro había cursado carrera, porque un tío de la capital lo llevó a estudiar allá.

Los meseros contratados no dejaban de limpiar y acomodar la vajilla, los cubiertos, los blancos centros de mesa, e incluso de amenazar a dos tres canes que asomaban sus cabezas queriendo participar. Lolita se pasó el día en el salón de belleza, "La esmerada", un salón que arreglaba a las novias, quinceañeras y concursantes de belleza, que por cierto siempre perdían, según el "alcalde" porque había trafiques, pero su esposa decía que porque les faltaba porte.

Comenzaba a atardecer y Lolita no aparecía. Llegó el novio con sus padres como el caso lo pedía y después de la petición, se brindó con vino dulce que era el recomendado para tales ocasiones. Cuando el padre llamó a su esposa y pidió ver a Lolita, se quedó inquieto al saber que no había vuelto. Algo refunfuñó, claro está que en voz baja, luego carraspeó y les dijo en son de broma a sus futuros parientes: -¡Mujeres! Siempre les gusta estar guapas en vez de estar al natural.

Nadie podría imaginar que la pobre Lolita, cuando se arreglaba el pelo en el salón "La esmerada", escuchó como sin querer que su Pedro tenía novia en la capital y que era ilustrada, buena moza y con dinero. La decisión no fue fácil, pues ella quería a Pedro, pero no hubo más remedio que dejarlo en libertad; ella apenas estudió hasta tercero, de quehacer sabía mucho, pero ya iba para dos años que había perdido la esperanza de ganar el concurso de belleza, porque a sus diecisiete años ya había pasado la edad.

Por eso después de arreglarse, se encaminó hacia el río y sin pensarlo dos veces se lanzó a su lecho; el resultado fue triste, mientras ella perdía la conciencia de la vida, sus padres contemplaban mudos, cómo las moscas danzaban sobre el betún del pastel que el calor desbarataba al compás de un triste vals: "Sobre las olas", y el fingido enamorado, sin imaginar porqué, de pronto sintió un gran alivio, húmedo y cristalino, como las aguas del río.

No lo sé...

De pronto me encontraba caminando hacia la escuela; era de noche, había llovido; iba temerosa pensando que iba a llegar tarde a la entrega de calificaciones; al acercarme noté gran cantidad de alumnos y de padres de familia, unos salían con cara de contentos, otros llegaban angustiados al ignorar cómo les había ido a sus muchachos; entré, cumplí con lo que debía, y a partir de entonces, tuve la sensación de que los que me rodeaban eran fantasmas, peor aún, que yo era un fantasma.

Al final del pasillo estaba el lugar donde nos daban de cenar después del acto, pero no acudí al convivio, por el contrario, me dirigí a la salida y caminé calles y calles como hipnotizada, me sentía ajena, autómatas. Me pasmé cuando noté que otra vez veía colegas, comían de pie con un apetito envidiable; advertí que había caminado en círculos, había vuelto a la escuela.

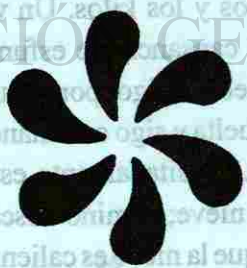
Desesperada me devuelvo y camino en sentido contrario; una agitación hace presa de mí y me invita a reflexionar, pero no quiero hacerlo; camino ahora despacio, no quiero cansarme; una pregunta se queda a flor de labio: ¿Y mi carro? Me niego a dialogar, sigo caminando como que voy a algún lado.

Ahora siento cierto cansancio, me sonrío, no son las cuerdas, más bien son los años y los kilos. Un viento fresco me acaricia el rostro, siento que el cansancio se esfuma; diviso un parque donde algunas personas celebran algo, por supuesto, ellas comen; no tengo hambre, les saco la vuelta y sigo caminando, ahora es hacia arriba, me cuesta un poco más. Inusitadamente estoy a unos metros de unos montes cubiertos de nieve; camino descalza y me brota una alegría enorme al descubrir que la nieve es caliente y no me hace resbalar.

Algo se me cae, lo sentí; me agacho y la sorpresa me causa pavor: ¡camino sobre pinos verdes espolvoreados de escarcha! Me enderezo y llega la visión: mi cita con el destino. El sol combate con las nubes y uno de sus rayos luminosos me alcanza, me hace llorar, es mucho para mí: pinos, nieve, sol y nubes, a unos pasos de mí. Como Dante bajo la vista y me siento más pequeña de lo que soy. Doy gracias al Señor; loca de contento quiero volver a casa a contarle a todos, a escribir y describirlo, no quiero que se escape ningún detalle.

La angustia me sale al paso como lobo feroz y envidioso de mi suerte; no sé como bajar del pino donde estoy parada; pido ayuda divina y como si Dios mismo estuviera al paso sólo para ayudarme, capto que un transeúnte a la izquierda de mi vera, baja por unos escalones ocultos bajo la nieve. Lo sigo y desciendo jubilosa, no quiero que nadie interrumpa mi regreso; ante la grandiosa visión asocio los Alpes, los Apeninos, nuestros Andes; pienso en Jesús de quien se dice que es el Alfa, en el Ángel de mi Guarda, y en que es mi primera noche fuera de casa.

Un hombre, mi solícito hermano, me despierta. Ahora es el disgusto el que hace presa de mí. Mi imaginación quiere ver la verdad de esa experiencia onírica: ¿es un preludio de que me esperan vivencias hermosísimas, o quizás, que me acerque más al cielo donde todo es pureza y amor, o bien, que ya se acerca la hora del adiós definitivo? Realmente, no lo sé...



POEMAS

Y

NARRACIONES V

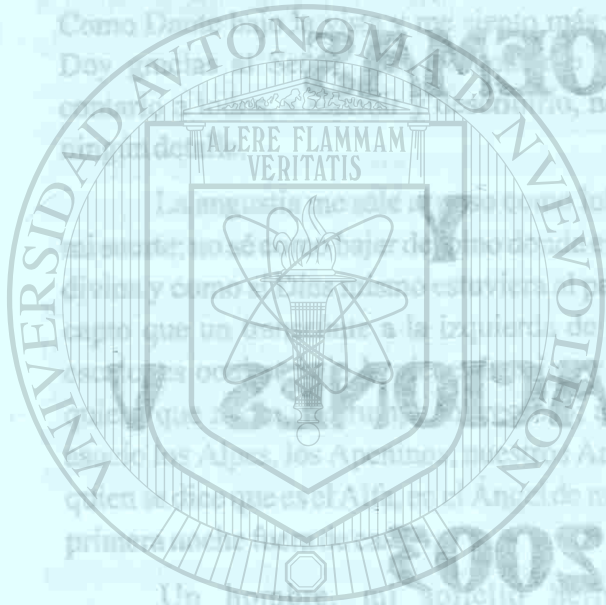
2003

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Algo se me cae, lo senti, me agacho y la sorpresa
pavor: jarrón sobre pinos verdes espolvoreados de cascadas
enderazo y llega la visión: mi cita con el destino. El sol entre
las nubes y uno de sus rayos luminosos me alcanza, me ilumina
es mucho para mí: pinos, nieve, sol y nubes, a unos pasos.
Como Dios me ilumina, me siento más pequeña de lo que soy.
Doy un paso hacia el sol y me voy volviendo hacia el viento.
Quiero decirte, viento, no quiero que me olvides.



La música no sólo es un arte, es un mundo feroz y en
el silencio; no sé cómo bajar de pronto de un árbol y estar parada; y
el viento con sus ruidos y sus susurros, esos susurros sólo para
explicar que un árbol está a la izquierda, de mi vera, baja y
se va. Los Alpes, los Andes, los Andes, piense en
quien lo dice me es el Alamo, el Andino, mi Guardia, y en
primera instancia.

Un hombre, mi pequeño hermano, me
ahora es el dismuto el que luce presa de mí. Mi imaginación
ver la verdad de esa experiencia onírica; ¿es un preludio
de un mundo que se desmorona, quizás que me acerca
al cielo donde todo es pureza y amor, o bien, que ya se acerca
del adiós definitivo? Realmente, no lo sé...

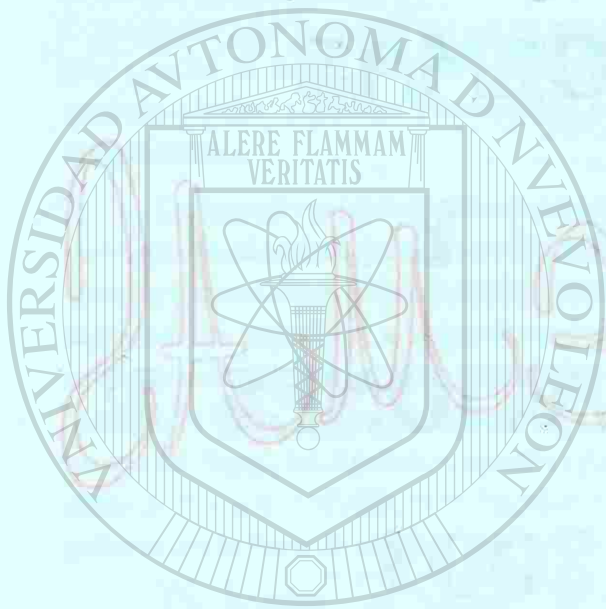


POEMAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Metamorfosis

que veló tus desvelos
que espartó tus ojos
que fui yo.

que esperó cada instante
que una palabra amable
que fui yo.

que calmó tus
que cantó buenos
que fui yo.

que calló por
que perdicade
que fui yo.

que supo car
que ando tú solien
que fui yo.

que ap
que fui yo.

que curó tus heridas
que me me desharán
que fui yo.

que no me perdonas
que dice adiós para siempre
que soy yo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Metamorfosis

La que veló tus desvelos
la que soportó tus enojos
ésa fui yo.

La que esperó cada mañana
dos o una palabra amable
ésa fui yo.

La que calmó tus abruptos
y te contó buenos cuentos
ésa fui yo.

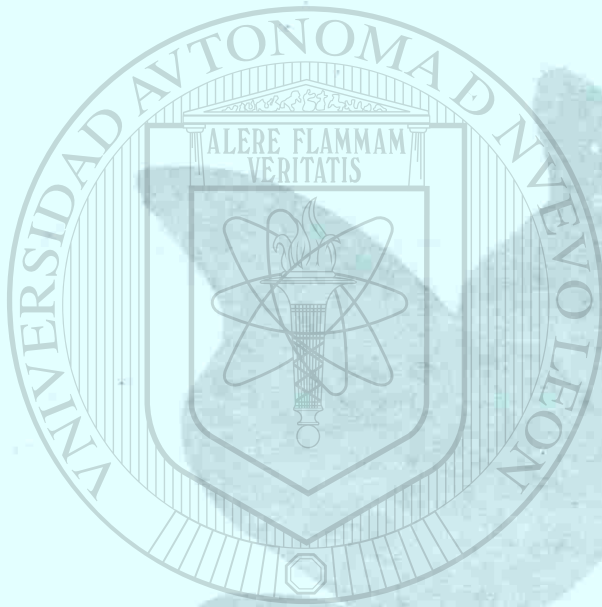
La que calló por no herirte
respondiendo a tus arranques
ésa fui yo.

La que supo complacerte
cuando tú solicitaste
ésa fui yo.

La que aprendió a ser sumisa
para conservarte cerca
ésa fui yo.

La que curó tus heridas
que otros te destinaron
ésa fui yo.

La que hoy super cansada
te dice adiós para siempre
ésa soy yo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CAPILLA ALFONSO

Ingrato amor

Mereces que yo te olvide
 porque mataste mi amor
 pero fuiste tan errado
 que todavía agoniza
 si te avisan que ya muero
 no te apures vida mía
 que las penas cobran vidas
 pero no así las de amores
 pues sirven de dulce acicate
 para no querer partir
 por ver si un amanecer
 te apareces por aquí.

Vuela paloma torcaza
 y trae la noticia esperada
 no te tardes por favor
 que ya no llevo la cuenta
 de los años de su ausencia
 sólo sé que llevo canas
 y las ganas se me acaban
 entre suspiro y suspiro
 y uno que otro
 gran gemido.
 Si me dices que hoy no viene
 hoy termino mi agonía.

Señora mía

a: M. C. D.

Ayer te contemplaba con dulzura
 tus manos con mis manos enlazadas
 tu mirada con la mía embelesadas
 deseosas de canjear simple ternura.

Cuántas veces volvía con premura
 a sentir nuestras manos subyugadas
 a fundir nuestras almas extasiadas
 y a mirar de tu rostro la frescura.

Todo pasa en el tiempo no en la vida
 todo queda en el alma bien guardado
 nada puede cerrar la abierta herida

mi presente lo llena tu pasado
 quizá muchos sintieron tu partida
 mas tu alma en la mía se ha quedado.

De cuatro en cuatro

Camino los caminos que otros han caminado
sueño los sueños que otros han soñado
la vida me lleva a donde otros han llegado
¿dónde se escondió la originalidad?

Por si volvieras mantengo libre el corazón
la luz de la esperanza brilla en el alma
la flor de tu recuerdo luce fresca como ayer
y la risa pendiente de tus conocidos pasos.

Entre deberes y placeres se consume la vida
son pocas las certezas y demasiadas las dudas
al otoño le sigue fielmente el invierno
y en el último instante, hace falta el amigo.

El poeta sabe las cosas que callamos
sabe decirlas con prontitud y aplomo
con esmero procura suavizarlas
pero el éxito escapa de su intento.

He cortado las flores de mi huerto
para ponerlas en tu tumba, madre mía
y he sentido lo inútil de este acto
porque tu sangre fluye por mis venas.

Martes santo, martes mayor,
horas de lectura y de silencio
interrumpidas acaso por un gato
o aquel viejo dolor que no se agota.

Maestro, tú que enseñas, ¿enseñas con amor?
le das a tu trabajo la pasión que se requiere
o entras al aula con la triste esperanza
que nadie se te acerque u ose cuestionarte.

Joven amigo, nunca te canses de leer
qué importa si no te sirve ahora
aumentará el caudal de tu saber
y mañana serás más útil que hoy.

Una vez un amable viejecillo
murmuró en mis oídos dulces notas
de momento lo mandé a volar
sin saber que era Cupido disfrazado.

Hoy cruzaste el jardín
y no notaste que la hortensia
se moría por mirarte.
La pobre se sintió tan sola.

Ese niño que guardas en tu vientre
no es cosa de dos como se dice
es fruto del sagrado amor divino
que quiso darte más que a los estériles.

Era primavera y se sintió joven
hizo de todo pues energía había
cuando asomó el invierno lo azotó el miedo
y no supo vivir de los recuerdos gratos.

Saben qué virtud hace falta en este mundo
algunos respondieron que el trabajo,
otros que confianza o la esperanza,
mas yo pensé en la gratitud.

Yo quisiera, como Borges, vivir con más placer
ser menos ordenado y obstinado
pero igual que el afamado argentino
sabemos que esta vida es una y nada más.

Entre la paz y la guerra está el perdón
cuán difícil es pedirlo, cuánto más darlo
si él se ostentase como bandera nacional
la paz sería la reina de la Tierra.

Nuestros Nombres

Se ha enredado tu nombre con el mío
como rayos que salen de una fuente
rescos, dulces, en un suave torrente
formando un dueto cantarino y frío.

Yo los miro charlar cerca del río
en un hablar sutil y permanente
como hermanas que rompen el silencio
como amigas venciendo cruel hastío.

Yo los miro ellos caminan amparados
de la mano y del brazo por la calle
nosotros vivimos separados;
yo con una, yo con otro, sin que halle
solución que nos salve de estos hados:
pedirle a un corazón que siempre calle.

Te extraño madre

Te extraño madre, totalmente
pero sobre todo, tus manos
propiedad de mujer generosa
activa, prudente y buena,
abiertas para prodigar cariño,
plegadas para orar con fe
suaves para acariciar
fuertes para trabajar.

Tus manos, aves morenas
que encierran cantos
enseñanzas de antaño
tiernas como de niño
reacias para el enojo
mansas como de ángel
lisas como de monja
castas como de monje.

De líneas suaves como de mapa
habilidosas en la cocina
y tanto más para la escoba
amantes del jabón y de la plancha
suspirantes para los hijos
limpias para el consejo
combativas contra la mentira
y persuasivas para la verdad.

Encuentro

Te vi y mi corazón abrió sus puertas
Te vi y mi día nublado se volvió claro
Te vi y tu mirada me llenó de gozo
Te vi y tu sonrisa ahuyentó mi paz.

Me viste y eso bastó para amanecer de nuevo
Me viste y el santo se me fue al cielo
Me viste y se borró de tajo un rencor viejo
Me viste y el cuerpo estremeció mi alma.

Nos vimos y nuestras bocas hablaron con verdad
Nos vimos y los demás dejaron de existir
Nos vimos y comprendimos al fin lo que es el amor
Quizá sea pasajero, pero lo que dure será bueno.

en
rias
nia,
ario
su
de
bro
va:
ntre
r a
nás
y

es y
se
con
y
ede
ero
el
ual,
nos

Abrázame

Abrázame, que quiero prolongar este momento
deseo yo perderme entre tus brazos
y contener tu cuerpo con los míos.

Abrázame, olvida tu pasado y tu presente
que no te importe nada sólo ahora
ni quieras más vivencia que ésta nuestra.

Abrázame, que quiero eternizar en este día
el lapso en que descanso entre tus brazos
muy cerca tu corazón del mío.

Abrázame, que quiero enredar el pensamiento
el mío con el tuyo hecho una trenza
capaz de desafiar las conveniencias.

Abrázame, que quiero yo perderme entre tus brazos
romper mi esterilidad en mil pedazos
y guardar este recuerdo de por vida.

Abrázame, que intuyo que te apartas de mi vida
cuando yo te necesito cerca mío
tú eres mi sostén y mi destino.

Abrázame, que pronto asomará el cruel hastío
la vida es gustosa de los cambios
y yo quiero morir en este abrazo.

Hablando de amor

Cuando tú te fuiste
malamente
hube de abrazar mi soledad
fuertemente
con el tiempo busqué un sustituto
ansiosamente
y con ayuda divina lo encontré
mágicamente.

Ahora resulta que quieres tú volver
tardíamente
y no encuentro tus motivos
justamente
si te fuiste en busca de aventura
tenazmente
porque he de volver a mi pasado
graciosamente.

Vive con otra como querías
felizmente
y a mí déjame serlo
cabalmente
que si pudiste dejarme
fríamente
hoy me cobro tu ofensa
firmemente.

en
arias
onia,
ario
n su
os de
libro
ctiva:
Entre
er a
más
s y

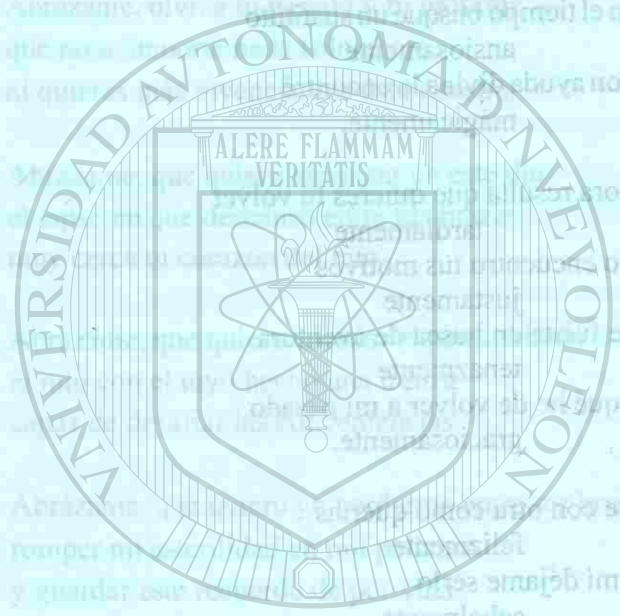
nes y
ra se
s con
o y
uede
pero
n el
cual,
amos

La confesión

La confesión

Abrazame que quiero prolongar este momento
desen ya perderte entre las brumas
y cuando en la noche me despierto
y cuando en la noche me despierto
y cuando en la noche me despierto

Todos los días a las quince y las diecisiete, ella acudía a la
misma. El momento que ahora, ese día, se atrevió a confesarle
poder compartir pero siempre pasaba lo mismo: él iba a hacerlo
y al fin del templo con el peso de su cuerpo...



UN Narraciones

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

o en
arias
fonia,
uario
en su
ros de
e libro
ctiva:
Entre
ver a
más
as y

ones y
ora se
as con
to y
uede
pero
en el
l cual,
tamos

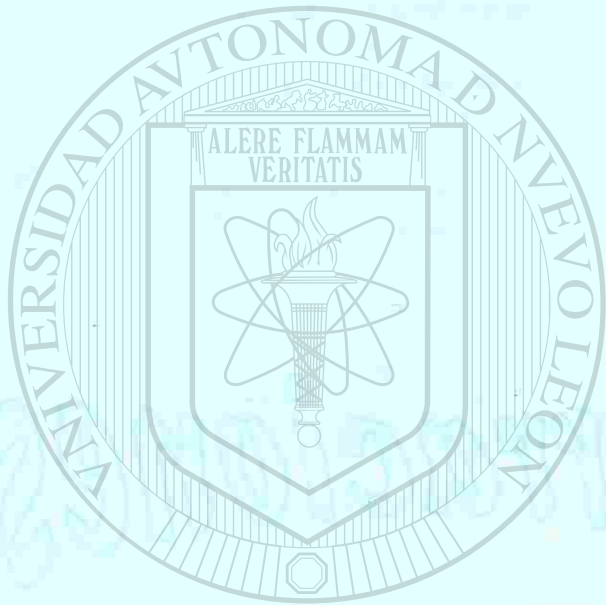
La confesión

Todos los días a los quince para las siete, ella acudía a la misa. Se prometía que ahora, ese día, se atrevería a confesarse para poder comulgar; pero siempre pasaba lo mismo, evitaba hacerlo y salía del templo con el peso de su angustia cotidiana.

Por más que hacía memoria, ella no recordaba desde cuándo comenzó esa angustia sentimental, ese necesitar escuchar su voz, ver su figura que adivinaba esbelta y sobre todo, provocar ese choque de miradas con el cual se alimentaba día tras día.

En cuanto él aparecía, el templo era otro; más iluminado, más completo y los demás ya no existían. Una a una las palabras caían en su oído como centavos de oro; las repetía en su interior y comenzaba su tormento. ¡Qué sabiduría la de ese hombre: Sí, hombre; y saboreaba la palabra.

Se trataba de un templo sencillo. Aún no tenía lugares reservados para el bautizo, confesión y meditar ante el Santísimo. Antes, a ella le había gustado deleitarse en los pocos cuadros que mostraban escenas bíblicas. Sólo los veía y envidiaba la mano de los ejecutores por sentirse sin dones para la pintura y el dibujo. Al devolverse a su infancia, se veía tomando con emoción un lápiz y sobre una hoja en blanco recorrer libremente hacia todos lados, para luego disfrutar queriendo darle nombre y encontrar formas bellas. Los demás se hicieron cargo de que se enterara que carecía de aptitudes y de que si lo volvía hacer sería una pérdida de tiempo y gasto de papel injustificable.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

o en
tarias
fonia,
nuario
en su
ros de
e libro
activa:
. Entre
lver a
J más
as y

ones y
bra se
as con
nto y
puede
o pero
en el
el cual,
stamos

Cuando estudió las figuras geométricas se dio a la tarea de englobar todos los objetos y la sombra de éstos en un círculo o en un cuadrado. Pero de todos ellas lo que más le fascinó fue el triángulo.

Después con la frescura que surge de ver el ayer como hoy, ella veía, cada vez que se detenía ante la escena de Cristo y los ladrones, que constituían un triángulo. En Navidad, María, José y el Niño Jesús, eran otro triángulo y en Cuaresma, miraba con asombro y devoción, como María con Juan y Jesús en la cruz, reflejaban otro triángulo.

En algún momento, su obsesión la lastimaba a niveles de conciencia real, y entonces bajaba la vista confundida y se decía, como cuando era niña: "¡Esto no está pasando! ¡Esto no me está pasando!"

Pero en seguida volvían esos ataques de furor con que manchaba no sólo su alma, sino también el recinto donde se encontraba "devotamente" tarde tras tarde, que contradecían los cánones morales que había conocido y practicado dentro de una familia pobre pero cristiana.

En su defensa ella se repetía que si aquí en el mundo se hace la voluntad de Dios, y él con frecuencia había traído a colación en su homilía, esa frase que a ella le gustaba escuchar para acomodársela livianamente, aquélla de que "no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad de Dios", porque así sentía menos pesada su incipiente culpa.

Su viudez temprana y el no ser madre, fueron las causas de su berrante encierro. Comenzó a retomar las amistades, el contacto con los vecinos, y poco a poco, dejó de encontrar la paz, a no ser dentro del espacio que había hecho suyo, desde antes que él llegara: el templo.

¿No sabe si hay misa de 8? La voz de la señora con un niño en brazos y otro de la mano, la sacó de su pensar y molesta le preguntó: -¿Qué me dijo?-. La señora volvió a preguntar: -¿Qué si va a haber misa de 8. Ella le dijo: -No, va a empezar la de 7, a las 8 no hay. Ella no escuchó el "gracias" porque ella consultó el reloj que marcó 7:50 y sacando fuerzas de donde pudo se acercó a la silla de los acusados. Él dijo el ceremonial y ella respondió mímicamente y sólo empezó a hablar cuando él preguntó, con esa voz que tanto quería escuchar: -¿Cuáles son tus pecados? Como pudo empezó a alburcear, entre sollozos e interrupciones, el problema cuyo peso la asfixiaba. Al principio él no entendió lo que ella le contaba; comenzó a darle una confesión en que a él le pareció que del enamoramiento que ella hablaba era hacia Cristo y le dijo que no era pecado, que todos somos ovejas queridas por Él y que es natural que como ovejas amemos y sigamos a Cristo.

Ella sacó el pañuelito de su bolsa y se limpió con coraje parte del rostro; así que él se hacía el desentendido, claro, así le resultaba más fácil todo; comprendió que sólo le quedaban dos opciones: seguirle la corriente y quedarse todo como si nada aunque se autotraicionara, o aclararlo todo para que él comprendiera que la vida humana es muy compleja y que el corazón nos juega rudo y sin compasión.

do en
itarias
ifonia,
nuario
en su
oros de
te libro
activa:
s. Entre
olver a
u más
as y

iones y
obra se
las con
ento y
puede
o pero
en el
el cual,
estamos

Después de un minuto de silencio, largo e insostenible para él, ella optó por lo segundo, y se encontró con la sana resistencia de él.

-No, padre, usted me está entendiendo mal.

-Por qué, hija.

-Porque yo amo al Señor, sé que El es mi creador y salvador, pero hay otro que se ha hecho dueño de mi corazón.

Amarás a Dios por sobre todas las cosas, ¿recuerdas?

-Sí, padre, pero también amo al que tengo enfrente.

Él se puso de pie ante tal irreverencia y le dijo: -Arrepiéntete y pide perdón a Cristo por esta ofensa.

Ella se puso de pie y retadoramente le increpó: - Y usted padre, ¿ya lo pidió por esas miradas amorosas que me manda cada vez que lo veo y me ve al mismo tiempo?

El no contestó el ataque, se vio el reloj y le dijo, casi irónicamente: -Voy a cambiarme, es hora de la misa. Ella no se quedó a misa, el mal estaba hecho. Su impasibilidad la desconcertó. Confesaba una verdad y la menospreciaron. Y ahora, cómo buscar la reconciliación espiritual, si había cerrado el único camino para estar bien con Dios.

Hubo de pasar mucho tiempo para que ella se atreviera a volver al lugar donde encontró la paz y donde la perdió. Por años había asistido a otro templo y como el tiempo todo lo cura, un día ella se sintió fuerte como para recuperar una parte de su pasado, que tanto le había lastimado, pero que ahora veía como una hoja del calendario tirada en los corredores de un parque cercano y limpio.

Fue una mañana de domingo, el templo estaba lleno y muy cambiado. Ahora sí había lugares destinados para cada cosa: confesionario, el baptisterio y el recinto para el Santísimo. Ella se quedó atrás, cerca de la salida; observó que se habían renovado las bancas, ahora con bases reclinatorias; las ventanas lucían brillantes colores que conformaban una cruz ancha y vacía. Se moría por preguntar quién oficiaría la misa pero se abstuvo de hacerlo. En realidad ya no importaba; la enfermedad había pasado.

Todos se pusieron de pie y el ruido general que se produjo le hizo levantarse automáticamente. Un cura, alto y afable, saludó y se dirigió a la entrada a recibir a una quinceañera. Ella sintió sin saber por qué un alivio. Por ocho años se había ido con una hermana que vivía en Veracruz, ahora volvía a su casa, que había rentado al hijo de un vecino quien se casó en ese entonces. Como habían cambiado de trabajo a otro estado al joven, le desocuparon la casa. Ella volvió para venderla o quedarse, aún no tomaba la decisión.

Trató de concretarse en el ritual de la misa y al parecer lo consiguió. Al término de ésta, una vecina la saludó y fue quien le preguntó, sin que ella le preguntara, que hacía ocho años que él ya no oficiaba y le increpó: - ¡Ah!, pues desde que tú te fuiste con tu hermana a Veracruz.

Ella se mantuvo firme y segura. Se despidió cortésmente y a la pregunta de la vecina acerca de que si se iría a Veracruz o se quedaría en su casa, ella respondió con un marcado desgano: - Aún no sé.

No quiso saber más; puso un aviso en el periódico y pronto vendió la casa que su marido le había dejado. Decidió regresar a Veracruz donde buscaría enterrar una etapa indeseable de su vida. Recién comprendía que si las guerras cuestan mucho, la tranquilidad cuesta más.

do en
sitarias
lifonia,
anuario
a en su
oros de
te libro
activa:
s. Entre
olver a
u más
nas y

iones y
obra se
las con
ento y
puede
o pero
en el
el cual,
estamos

El río

La corriente se deslizaba con fuerza rumbo al poniente. El agua turbulenta transitaba con furia, en su paso desbordante acarrea lo que encontraba: vidrios, palos, botellas de plástico, ramas y troncos de árboles; aquello era insólito porque ese lecho arenoso tenía años de estar seco y vacío.

Algunos moradores no se separaban de su lugar de alerta, si el nivel subía un poco más sería necesario avisar a los habitantes de la necesidad de evacuar. El pueblito estaba dividido por el río y el pequeño puente, mal hecho desde sus inicios, ofrecía poca seguridad para cruzarlo.

El presidente municipal, sabía que esa era una emergencia, pero se habían quedado sin línea telefónica en la presidencia del pueblo, único lugar donde la había. Pensó que si su chofer cruzaba el puente, podría avisar en el otro pueblo para que mandaran grupos de rescate y así se pudiera efectuar la evacuación, que ya parecía inminente.

No obstante, como el riesgo era demasiado no se animaba a dar la orden. El chofer era Anastasio, un joven acomedido que estudiaba por las noches la secundaria y en él había descubierto que su obediencia no tenía límites. De antemano sabía que si lo mandaba, él cumpliría el encargo, aunque le fuese en ello su propia vida.

Pensando en esto se le vino una idea que calificó de loca y por lo mismo la rechazó su mente, aunque no del todo su corazón. Al principio se le ocurrió que para no poner en riesgo a su chofer, un joven

honrado y decente, podría entonces sacar a Germán, un golpeador de mujeres y vecinos que por ahora estaba cumpliendo una condena en la cárcel, para que hiciera la dirigencia pertinente.

Por un largo momento en el que pensó, vació la cajetilla de cigarrillos, encendiendo uno tras otro, mientras la idea jugaba coquetamente en su cabeza. Si moría Germán en su fuga, el pueblo no perdía gran cosa se justificaba. En cambio, si moría Anastasio, que era útil y servicial, él se quedaba sin chofer y la familia del muchacho, si lo iba a resentir.

Como caído del cielo apareció Anastasio quien le preguntó a su jefe: - ¿No será necesario ir a buscar ayuda al otro pueblo? Él le respondió con otra cuestión: - Y, ¿quién crees que será capaz de hacerlo? El muchacho, resuelto e impulsivo, contestó: - Pues yo, ¿acaso no está la camioneta!

El presidente se quedó pensativo. No sabía si debía compartir su idea con el joven, o hacerlo él personalmente, para que si las cosas salían mal, Anastasio no tuviera vela en el entierro.

Después de un minuto de pesado silencio el joven insistía: - Pues entonces, ya voy o me espero. El funcionario frunció el ceño y le dijo: - ya veremos, hay que esperar. Si componemos la línea del teléfono, avisamos y así no corremos riesgos.

El joven salió murmurando un "con permiso" y ya no volvió. El hombre salió poco después rumbo a la cárcel; iba decidido; a Germán nadie lo quería, y cuando estaba preso, el pueblo estaba más en paz. Aparentó tranquilidad cuando saludó al guardia y al celador.

do en
sitarias
lifonia,
anuario
a en su
bros de
ste libro
activa:
s. Entre
olver a
su más
nas y

siones y
obra se
rlas con
ento y
puede
o pero
en el
el cual,
estamos

- ¿Quiubo?, muchachos.
- Cómo está, señor alcalde- cuadrándose.
- Quiero hablar con Germán, ¿se puede?
- Cómo no, alcalde. Pase usted.

La cárcel olía mal; la mujer que limpiaba hacía días que no iba y ahora con el peligro del río, menos hacía acto de presencia. Germán se sorprendió al ver al alcalde; éste lo midió con la mirada y estuvo un poco titubeante. Se le veía flaco, mal cuidado, avejentado pero un reflejo de inocencia en sus pupilas casi lo desarma.

El muchacho le dijo: - ¿A poco ya voy a salir? El alcalde no le contestó; pensó sobre su acción. El otro se sentó, decepcionado y cabizbajo.

Después de un momento de titubear, él fue soltando su idea como tratando de aparentar que la cosa tenía que hacerse de esa manera, porque no había alternativa. El muchacho primero no le puso atención pero después sí y se puso de pie. Levantó la mirada hacia la ventanilla abarrotada y le comentó:- Así que ahora sí sirvo para algo - con tono sarcástico. El alcalde no abrió la boca. El otro a los pocos minutos preguntó: - ¿Y, las llaves de la camioneta? El alcalde sin decir más, las sacó de su bolsillo y se las entregó; cuando arrancó el vehículo el alcalde tapó su rostro con las manos.

DIRECCIÓN GENERAL

Sábado de maldad

Tuvo que repetir el mensaje, pues la señora por el ruido de la secadora no podía escucharla con claridad :-Que no viene la señorita Enriqueta porque le sacaron una muela. La señora respondió: - Pobrecita, se casa en ocho días y hoy venía a la prueba. La muchacha que dio el mensaje se quedó perpleja. Porqué pobretear a una mujer que se casaba enamorada y por su gusto, en cambio yo, se decía, hube de casarme porque era conveniente, necesario, con quien me quiere pero que yo no querré nunca. Se trataba de Senia, una joven bella que ni siquiera divisaba la felicidad de tener un hijo, ya que su esposo no quería tenerlos. No le faltaba nada en lo material, su esposo le daba más de lo necesario, sin embargo, ella lo convenció de que la dejara trabajar en esa estética porque se aburría sola en la casa; además ella de cortar el cabello a sus hermanos pequeños, había adquirido la habilidad y lo hacía bien.

Ese día era sábado y por ello había más clientes. El clima no daba abasto. Senia estaba malhumorada y una de las clientes más asiduas, Margarita, la solicitó para que la atendiera. Apenas le lavó el cabello y Margarita le dijo: -¿Qué te pasa, Senia, estás de malas? Ella se mordió el labio inferior, sabía que a la señora le gustaba que se portaran amablemente con las clientes. No halló qué contestar. Margarita insistió:-¿Algún problema con tu esposo o con la señora? No, no, cómo cree; en realidad es conmigo-dijo Senia, procurando esbozar una sonrisa y moviendo con mayor agilidad sus manos, ocupada una con las tijeras y otra con el peine.

do en
sitarias
olifonia,
anuario
a en su
libros de
ste libro
y activa:
is. Entre
ólver a
su más
nas y

siones y
obra se
rlas con
ento y
puede
to pero
en el
el cual,
estamos

Margarita la observó por el espejo. Senia era joven y bonita pero algo guardaba en su interior que reflejaba cierta molestia. Pensó que a lo mejor no estaba a gusto por el bajo sueldo o poca propina que recibía; aunque casi todas las clientes sabían que no trabajaba por necesidades económicas. Ya no insistió porque comprendió que no quería dialogar. Cuando terminó, Senia fue al baño y mirándose al espejo leyó lo que pasaba por su mente: Si supieran que mi esposo me aburre y que daría cualquier cosa por una aventura. Se asustó por ese pensamiento y se lavó la cara con coraje. Tocaron en la puerta al mismo tiempo que oyó que le decían: -Senia, tienes llamada.

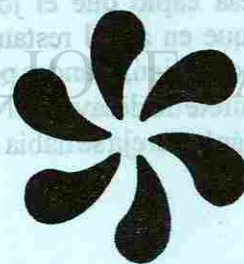
Senia salió de la estética casi volando; su esposo había sido secuestrado y pedían rescate; ella estaba casi trastornada; era él quien manejaba lo contable, ella sólo tenía una cuenta de débito con la cual satisfacía algunos caprichos femeninos. Lo primero que se le ocurrió fue dar parte a la policía pero la habían amenazado con matarlo si lo hacía. Se fue directamente a su casa; ni siquiera se había quitado la bata de trabajo; se extrañó tanto y al preguntarse por qué, se dio cuenta que su esposo sí le importaba.

Fueron horas de angustia las que hubo de esperar a que la llamaran por teléfono. Casi al oscurecer de ese día sonó el aparato, en seguida lo levantó, estaba allí sentada desde que llegó. A su ¡Bueno! respondió una voz aguardientada: -siga las instrucciones y no se quiera pasar de lista. Ella hizo todo lo que le ordenaron y para el lunes a mediodía había juntado la cantidad pedida. Acudió por la tarde a la hora y lugar indicados, dejó el portafolio en una cabina telefónica y, llorosa, esperó en la cafetería de la esquina; le habían anunciado que si todo salía como estaba planeado en media hora le devolverían a su marido.

Después de más de una hora en que la depresión la hizo su presa, en que tan presto veía regresar a Tomás golpeado, aturdido, venir hacia ella con lágrimas en su rostro, como la llamaba desde la puerta emocionado y con una sonrisa diciendo: Todo ha terminado; consultó su reloj y se lastimó con ideas de muerte. Entonces pensó dar aviso a la policía, pero no lo hizo; de él o de ellos no sabía nada, sólo la llamada hecha por un hombre, no había testigos, en la estética se reportó enferma, para acudir al banco. El sábado de maldad, así lo llamaba ella, dijo que una amiga la necesitaba con urgencia, para poder retirarse del trabajo.

Aún esperó una hora más; cada vez la incertidumbre dejaba paso a la certeza de que su esposo no volvería nunca. Sin darse cuenta invocó a los santos, ángeles y demás hasta llegar al Todopoderoso. Se obligaba a no quejarse del aburrimiento, que jamás iba a desear una aventura, pero que esta pesadilla terminara.

¿Quiere más café?, oyó que le decían, y con la mano señaló que no. No sabía cuántas tazas llevaba ya ingeridas. En eso alguien le tocó el hombro; un escalofrío recorrió su cuerpo entero; volteó enajenada y ahí estaba él: un poco demacrado, desvelado, desaseado. Lo revisó de pies a cabeza, estaba completo, se paró y lo abrazó entre sollozos. Él le dijo: -Ya, ya mujer, todo terminó.



do en
sitarias
olifonia,
anuario
a en su
bros de
ste libro
activa:
s. Entre
olver a
su más
nas y

iones y
obra se
las con
nto y
puede
o pero
en el
el cual,
stamos

El ángel sufriente

Cuando lo vio por vez primera, el impacto fue tal que dejó de escuchar a sus amigas y se puso a mirar con detenimiento aquel rostro cuya perfección sólo podía tener raíz divina. Lo comparó con los antiguos atenienses que despertaban admiración y respeto por doquiera que pasaban. Luego pensó en la arrogancia de los romanos y temeridad de los soldados, pero al hacerlo hubo de dejar esas visiones pues los ojos de aquel joven tropezaron con los suyos.

El encuentro fue suave y prodigioso, las miradas cruzadas se dijeron cosas que nadie oyó, salvo sus corazones. Ella captó la belleza de los mares, la quietud de los jardines y el gran amor que por la vida sentía aquel desconocido. Mientras tanto Luisa repetía por tercera vez: - Andrea, Martha acaba de contar un chiste y ni siquiera sonreíste. Andrea bajó la vista y volviendo a su realidad, contestó: -Discúlpenme, estaba distraída. Las amigas bromearon y Alicia comentó algo chusco, pero luego agregó: Más bien estabas absorta.

Andrea las dejó hablar pero volvió a sumergirse en el hondo mar de la observación, enfocando ahora la compañera del bello joven. También próxima a su edad, ella era menos blanca que él y sus ojos delataban un llanto reciente. A medida que pasaba el tiempo, notó que ellos no hablaban, él había encendido un cigarrillo y le echaba el humo a la joven. Nada es perfecto, pensó Andrea. Con sorpresa captó que el joven pedía la cuenta; su extrañeza venía de que en aquel restaurante, los comensales se servían de todo un poco o bien, grandes porciones de lo que más les gustaba, ya que era bufete de desayuno. Nadie iría allí por un café o sólo a platicar. Además la pareja se había mantenido en silencio.

La discreción de Andrea se esfumó en el acto; con cierto descaro siguió viendo a la pareja. Ahora observaba al joven como preguntándole el porqué de su comportamiento. Él no la miraba, ni a ella ni a su compañía. La joven mantenía la vista abajo y eso permitía que Andrea mirara al joven a sus anchas; por ello pudo descubrir el secreto que guardaba el joven: lo angelical de su rostro escondía el maleficio de su mirada. Un escalofrío recorrió su cuerpo; intuyó que la joven acompañante sufría el desdén de ese joven y la primera impresión del ángel sufrido que le vino en cuanto vio su belleza, fue corregida. Él sólo era un ángel sufriente, porque hacía sufrir a los demás. El joven abandonó la colilla en el cenicero y se puso de pie. La joven continuó sentada. El mesero trajo el cambio y les dio las gracias. Él salió con aire de superioridad y ella, más tarde se puso de pie lentamente, y de esa manera salió pero siempre con la vista baja.

Martha preguntó a las demás si ya pedían la cuenta. Cristina objetó que Andrea casi no había comido. Andrea volvió a la realidad y diciendo que se había levantado sin hambre, apoyó que pidieran la cuenta. Al salir, con cierta suspicacia, Luisa le dijo: - Así que te gustó el Adonis. Andrea le respondió: -Y ¿a quién, no?; guardando para sus adentros sus atinadas conjeturas.

Esta obra se terminó de imprimir en junio de 2004

Proceso de Captura

Yari Aceneth Rendón Salazar

María Teresa Pacheco Ayala

San Nicolás de los Garza N. L.

Escuela Preparatoria No. 7

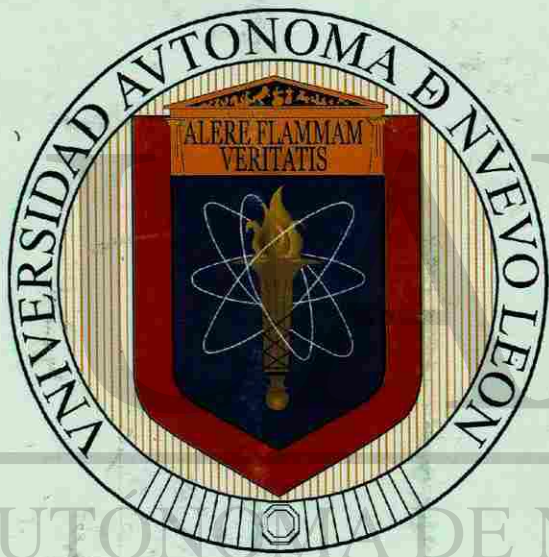
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



La autora ha colaborado en diversas revistas universitarias como son: Reforma, Polifonía, Apertura, así como en el anuario Humanitas. También cuenta en su quehacer creativo con dos libros de índole didáctica: *Compre este libro y llévese seis* y *La enseñanza activa: el reto de hoy para docentes*. Entre otras obras ha escrito, *Volver a Pellicer*, *A mi madre*, y su más reciente obra: *Poemas y Narraciones V*.

La vida está hecha de decisiones y elecciones, pero en esta obra se ofrecen recursos para tomarlas con entereza, desprendimiento y perdón. Leer esta obra puede dejarnos un sabor distinto pero cabalmente involucrados en el mundo caótico de hoy, en el cual, con voluntad o sin ella estamos inmersos.



DAD AUTÓNOMA DE NUEVO
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC